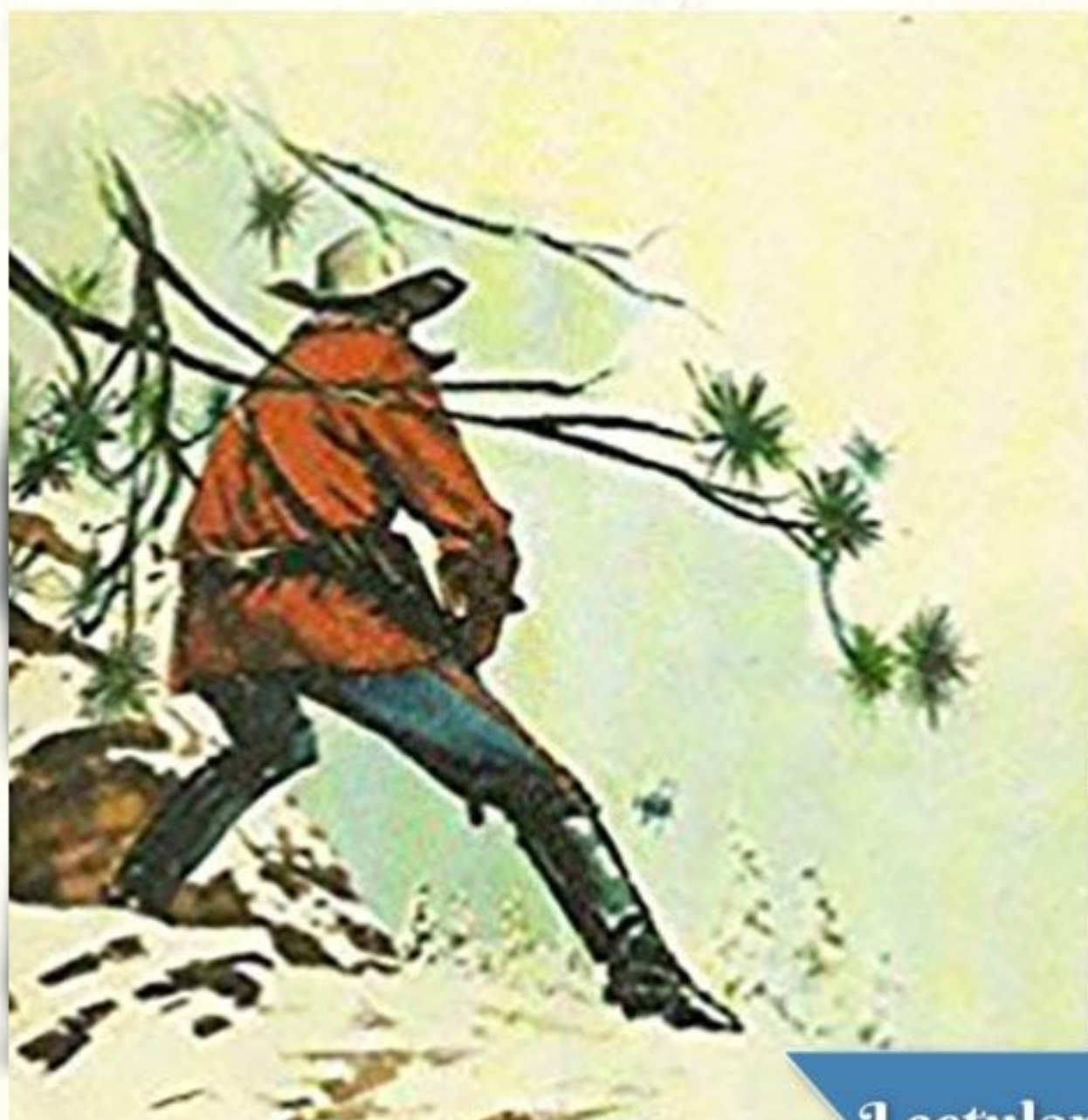


JAMIES O. CURWOOD

Felipe Steele



Lectulandia

James Oliver Curwood fue un escritor de principios del siglo xx que vivía en Michigan, donde publicaba varias novelas al año. Curwood amaba el aire libre y es conocido por sus esfuerzos por la conservación de la naturaleza. Los temas de esta historia son venganza, amor, maldad e integridad.

James Oliver Curwood

Felipe Steele

ePub r1.0

Titivillus 08.11.2019

Título original: *Steele of the Royal Mounted*
James Oliver Curwood, 1911
Traducción: José Fernández

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



Capítulo I

La carta perfumada.

El lápiz de Felipe Steele se deslizaba incansablemente sobre el papel como si el escribir una carta que nunca saldría pudiera, por sí solo, aminorar de algún modo la sensación de soledad.

Fuera sopla un viento huracanado. De la parte del lago llegan ráfagas de agua y nieve cuyo ruido semeja el estampido de un cañón, y todas las fuerzas locas de esta noche negra de la selva parecen empeñadas en descuajar los grandes troncos con que está construida mi cabaña. A fe que es una noche terrible para que uno esté alejado de los demás seres humanos, en medio de este páramo desolado, sin más compañía que la de los rugidos del temporal que se desata con furor estridente sobre la choza. A pesar de las paredes de gruesos troncos, percibo, como si sonara delante de mi puerta, el bramido de las aguas del río al estrellarse, con el ímpetu de mil arietes, contra las rocas y con la madera a la deriva. Durante los momentos de calma, los altos pinos, junto a la cabaña, al enderezar sus enmarañadas copas, parecen quejarse tristemente.

Mañana, todo este páramo estará cubierto de nieve. El albo manto se extenderá desde aquí hasta la bahía de Hudson, y desde la bahía hasta el Ártico. Y donde ahora ruge y brama el temporal de agua y nieve, todo será quietud, una quietud infinita, la quietud que ha producido a este callado pueblo del Norte. Mas esto no puede servirme hoy de consuelo. Ayer cacé un ratoncillo que se había metido en mi harina y lo maté. Ahora siento haberlo matado, pues seguramente la tempestad hubiéralo obligado a salir

del nido que tenía entre los troncos de la pared y me hubiera servido de compañía.

La soledad en que me hallo no sería tan terrible si no fuera por la calavera. Por tres veces en la última media hora he estado tentado de bajarla del anaquel que está sobre el rudimentario hogar de piedra, en el que arden algunos troncos de madera. Y las tres veces me he dejado caer, estremeciéndome, en este sillón que parece una cama y que me construí de delgadas ramas y de una piel de reno. La calavera es de un ser humano. No hace mucho que éste estaba vivo, hablaba, reía y pensaba como yo ahora. Y el recordarlo es para mí una sensación desagradable. Si se tratara de un cráneo antiguo, la cosa variarían. Pero no, es un cráneo reciente. A veces hasta se me figura que un destello de vida me espía desde las órbitas vacías en las que se refleja fantásticamente la roja luz del fuego de los troncos resinosos, y también se me antoja que en la oquedad del cráneo ha de quedar aún algo de lo que fue pasión humana, renacida a una vida espiritual por causa de esta noche de locura. Cien veces me he arrepentido de haber guardado la calavera, pero nunca tanto como ahora.

¡Cómo brama el viento! ¡Cómo gimen los pinos! El ruido que acaba de producir un montón de nieve al caer por la chimenea, me causa escalofrío, como si el diablo en persona hubiera hecho su aparición. Al contacto de la nieve con el fuego surge una nube de vapor que se eleva y envuelve el cráneo. Es absurdo pensar en acostarse, empeñarse en dormir; sé lo que serían mis sueños. Éstos se poblarían esta noche de visiones de calaveras, de esta calavera, y de un rostro, de un rostro femenino...

Llegado que hubo a este punto. Steele se echó a reír nerviosamente, se levantó de un salto de la silla, arrugó el papel con una mano y, dando un grito que en la noche tormentosa casi pareció una maldición, lo tiró sobre los troncos del fuego que poco antes describiera. —¡Maldición! ¡Esto no puede ser! —exclamó, siguiendo su costumbre de hablar a solas—. ¡No puede ser, Felipe! ¡Te estás volviendo nervioso y sentimental y añoras la casa! ¡Caramba, qué noche tan infernal!

Y se volvió hacia el hogar rudimentario sobre el que acababa de caer otro montón de nieve desde la chimenea.

—¡Ojalá hubiese encendido la estufa en lugar del hogar! —dijo, y llenó la pipa de tabaco—. Creí que así la habitación tendría un aspecto más alegre... ¡Dios nos proteja! ¡Qué noche!

Steele comenzó a pasearse de arriba abajo por la cabaña cuyo suelo estaba hecho también de troncos desbastados, con las manos en los bolsillos y

echando grandes bocanadas de humo. Era poco frecuente que el rostro de Felipe Steele tuviera tan desagradable expresión como aquella noche en que no conservaba nada de su natural buen humor. Tenía la cara delgada, de apariencia fuerte, realzada por pronunciadas mandíbulas. En sus ojos claros, del color gris del acero, brilló una insensata luz cuando su mirada se posó sobre la blanca calavera, a la que estuvo contemplando largo rato. Luego dirigió la vista a la mesa de ruda construcción, alumbrada por la luz de una mecha de tela de algodón retorcido y sumergida, en sus dos terceras partes, en un recipiente poco hondo, lleno de grasa de reno. A la pálida luz de la improvisada lámpara veíanse dos cartas, abiertas y manchadas las dos, cartas que un indio había traído el día anterior desde Nelson House. Una de ellas era breve y concisa. Tratábase de una comunicación oficial de la comandancia en la que se ordenaba a Felipe Steele que se reuniese con un tal Buck Nome en Lac Bain, a unas cien millas de distancia.

Mas no fue esta carta, sino la otra, la que Steele cogió por vigésima vez desde que la había recibido en aquella cabaña situada a más de trescientas millas en el interior de la selva. Consta la carta de media docena de páginas, escritas por mano femenina. De las hojas desprendíase un débil pero dulce perfume de jacinto. Era un perfume que emocionaba a Steele, que le tenía arrobado desde que lo percibiera el día anterior; era el perfume el que tenía la culpa de que Steele se sintiera intranquilo y lleno de cierta sensación de nostalgia. El perfume significaba para él un recuerdo, el recuerdo de días no muy lejanos en que él formaba parte de la vida social del lugar de donde procedía la carta, días en los que creyó que aquél su mundo contenía todo lo que pudiese desear.

Como un relámpago pasó ante su mente la visión de aquellos días en los que él, Felipe Steele, hijo de un banquero multimillonario, había sido uno de los pocos favorecidos de la sociedad de una gran urbe; días en los que se le abrían las puertas de los más elegantes clubs y le sonreían mujeres hermosas; días en que, entre otras, la muchacha que escribiera aquella carta perfumada le había ofrecido el tentador espejuelo de su corazón. ¿Su corazón? ¿No habría sido, por el contrario, la fortuna de él lo que tentara a la muchacha? Steele se echó a reír al ocurrírsele tal pensamiento. Y se volvió hacia el fuego mostrando sus dientes, blancos y fuertes, en desdeñosa sonrisa.

Con la carta aún en la mano, se sentó y recordó a las demás personas que había conocido y se preguntó qué habría sido de Jack Moody..., el bueno de Jack, el camarada de la universidad, el que había amado a la muchacha del perfume de jacinto con todo su gran corazón, pero que por su pobreza no

podía aspirar a la mano de ella. Y ¿dónde estaría Whittemore, el joven corredor de bolsa cuyas esperanzas de ganar el amor de la misma joven habían desaparecido con su ruina comercial? ¿Y Fordney, quien hubiera dado diez años de vida por la misma mujer..., y todos los demás? Hubiérale sido fácil nombrar a media docena más de pretendientes.

¡Su corazón! Steele rió de nuevo y levantó la carta hasta que notó más fuertemente el dulce perfume. ¡Cómo le había tentado ella! Aquella noche del baile de Hawkins por poco se rinde. Steele entornó los ojos y entre el crepitar de los troncos y el fragor del viento, volvió a verla otra vez como la viera aquella noche, maravillosamente bella; recordó como la dulzura de su voz, la sedosidad de sus cabellos y el hechizo de sus ojos le habían exaltado como si hubiera bebido vino generoso. ¡Y pensar que tanta belleza hubiera podido ser para él!..., ¡que aún podía ser suya, si quisiera! Una palabra, unas cuantas líneas que escribiese aquella noche desde aquellas selvas y...

Con repentina sacudida se incorporó Steele en la silla y, una a una, arrugó las hojas y las tiró todas, menos la última, al fuego. La última hoja, la de la firma de ella, la retuvo estudiándola un rato, como si el nombre de ella pudiera encerrar la solución de un problema, y luego puso la hoja a un lado. Por el ambiente quedó flotando durante un rato la tentadora dulzura del perfume de jacinto y, cuando hubo desaparecido el último vestigio, Steele husmeó y se levantó riendo. En su risa notábase nuevamente un asomo de su habitual buen humor. Rápidamente escondió la hoja que quedaba en el lío de su equipaje y procedió a llenar otra vez la pipa.

Más de una vez hablase dicho Felipe Steele que él había nacido con un retraso de uno o dos siglos. Así lo había confesado a algunos de sus amigos y éstos se habían echado a reír. Cierta noche abrió un poco su corazón a la muchacha del perfume y, al oírle, ella le había llamado excéntrico. En su fuero interno, Felipe sabía que él no era como otros hombres, que espiritualmente pertenecía a las generaciones casi olvidadas de aquella época en que la hombría aún consistía en tener el alma templada y una mano segura en vez de mucho dinero; de aquellos tiempos en que lo novelesco y las aventuras no habían desaparecido todavía. Y porque le pareció más adecuado a sus ansias de libertad, estudió en la universidad la carrera de ingeniero civil. Cuando terminó sus estudios, provocó el enfado de los de su casa internándose durante un año en América Central, tomando parte en una expedición de agrimensores.

Aquella expedición fue para Felipe Steele la piedra de toque. Regresó de ella hecho un joven de gran corazón, de cerebro despejado, de tez bronceada

como un azteca odiando las ciudades y las diversiones ficticias para las que había nacido y pensaba entonces tan poco en la futura posesión de los millones de su padre como si éstos no existiesen. Poseía Steele una fortuna suya, pero no había hallado todavía ninguna aplicación para los ingresos que iban acumulándose. Una segunda expedición le llevó al Brasil, y cuando volvió de ella, fue para conocer a la muchacha del perfume de jacinto, y después de haber roto la cadena que le sujetaba a Moody, Fordney y Whittemore, había vuelto a la vida aventurera.

Era el gran Norte el que le atraía. En la interminable extensión de los páramos de nieve, de bosques y de llanos, situada entre la bahía de Hudson y las regiones selváticas de Atabasca, encontró, además del misterio y lo novelesco, las pocas gentes que representaban el eslabón que le unía a las generaciones desaparecidas, entre las que hubiera querido vivir. Y un día, un joven enjuto, de continente atlético, se inscribió, en Regina, en el ser vicio de la Real Policía Montada del Noroeste. En el término de seis meses logró distinguirse repetidas veces, hasta que por fin fue destacado en servicio especial en el extremo Norte, donde la caza del hombre se convertía en un juego emocionante, de uno contra otro, en un mundo vacío y silencioso. Nadie, ni siquiera la muchacha de la carta perfumada, hubiera imaginado que el hombre que constaba en las listas del cuerpo con el nombre de «Soldado Steele, de la Real Policía Montada del Noroeste» era don Felipe Steele, millonario y caballero aventurero.

Ninguno mejor que Steele apreciaba lo humorístico de la situación. Y de nuevo se echó a reír con aquella su risa llena, cuando puso otro tronco de pino sobre el fuego, preguntándose a la vez qué dirían sus aristocráticos amigos, especialmente ella, si le viesen en aquel momento. Sonriendo levemente fijó la mirada en los calcetines de lana que había colgado, para que se secasen, cerca del fuego; miró también a las viejas polainas cubiertas de espesa capa de grasa de reno, y al único traje de ropa interior que había lavado después de cenar, y que colgaba del techo, semejando, en la penumbra del cuarto, y para quien no supiera lo que era, un hombre delgado descabezado. Lo único que en aquella penumbra se distinguía claramente por su blancura era la calavera que había en la pequeña alacena, sobre el fuego. Cuando sus ojos tropezaron nuevamente con aquel fatídico objeto, Steele apretó los labios, y su rostro adquirió un tinte oscuro. Con rápido movimiento alargó la mano y cogió el cráneo, sosteniéndolo durante un momento de modo que la luz del fuego daba de lleno en él. En la parte superior del temporal izquierdo, a la misma altura que la fosa orbitaria, se veía un agujero de tamaño regular.

—¿De manera que me ordenan que me reúna con Nome, el hombre que hizo esto? —murmuró Steele tocando el agujero de bordes desiguales—. Podría matarlo por lo que sucedió allá abajo, en Nelson House, *m'sieur* Janette. Tal vez algún día... lo haré.

Balanceó la calavera sobre la punta de los dedos, manteniéndola casi a la altura de su rostro.

—¡Vaya una personificación de Hamlet la mía! —continuó con singular entonación de voz—. Paréceme, *m'sieur* Janette, que terminaré por tirarte al fuego. Me estás poniendo nervioso.

Mas de pronto se detuvo y dejó el cráneo sobre la mesa.

—No, no te quemaré —dijo—. Te he traído hasta aquí y te llevaré también a Lac Bain conmigo. Algún día entregaré tu cráneo, a la hora del almuerzo, a Buck Nome, y entonces, *m'sieur*...

Un poco más tarde, aquella misma noche, escribió Steele algunas líneas en un trozo de papel que fijó en la parte interior de la puerta. Quienquiera que entrara en aquella cabaña, leería este aviso y consejo:

AVISO

Esta cabaña y lo que hay dentro es de mi propiedad. ¡Llena tu estómago, pero no tus bolsillos!

STEELE, de la Real Montada del N. O.

Capítulo II

Un rostro en la noche.

Una semana después del temporal llegó Steele a la estafeta que la Compañía de la bahía de Hudson tenía en Lac Bain, y Breed, el factor, le confió dos noticias importantes mientras el joven estaba calentándose ante la gran estufa que ardía en el almacén de la Compañía, el cual en aquel momento se hallaba desierto y desprovisto de provisiones. La primera noticia era la de que un cierto coronel Becker y su esposa habían salido de Fort Churchill, situado en la costa de la bahía del Hudson, para visitar Lac Bain; y la segunda noticia se refería al hecho de que Buck Nome había salido, una semana antes, hacia el Oeste y no había regresado aún. Breed estaba disgustado, no por la prolongada ausencia de Nome, sino por la próxima llegada de los visitantes. Según supo por una carta que había recibido del factor de Fort Churchill, el coronel Becker y su esposa habían llegado en el último vapor que traía provisiones de Londres, y el tal coronel era un empleado de alta categoría de la poderosa Compañía. Y también que era anciano. Oficialmente, nada tenía que hacer en Lac Bain, adonde iba tan sólo por motivo de sus vacaciones y porque deseaba ver de cerca la verdadera vida en la región selvática.

El rostro agrisado de Breed revelaba el gran pesar que sentía.

—¿Por qué no los han mandado a la factoría de York o a la de Nelson House? —preguntó a Steele—. En Nelson tienen camas muelles, disponen de tres mujeres y de un factor civilizado, cosas que nosotros no tenemos. Ni siquiera hay una mujer aquí.

Steele alzó los hombros cuando Breed mencionó a las tres mujeres que dijo había en Nelson House.

—Ahora sólo quedan dos mujeres allí —respondió—. Desde que un tal Buck Nome pasó por aquel sitio, una de ellas se marchó al Sur.

—Bien, dos, pues dijo Breed, quien no había observado el centelleo en los ojos del otro Pero le digo a usted que aquí no hay ninguna, ni siquiera una india, y ese indio sucio, Jack, hace de cocinero. ¡Dios santo! El otro día lo sorprendí preparando la masa del pan en la jofaina de lavar, y ¡yo que he estado comiendo el pan hecho por él desde el día que nuestra gente se marchó de caza! Usted, Nome, dos indios crees, un mestizo y yo, somos toda la gente que hay y habrá aquí hasta que, a mitad del invierno, vuelva la gente con las pieles. Y ahora, dígame, ¿qué ha de hacer aquí esa pobre vieja, la esposa del Coronel?

—¿Hay cama para ella?

—Una litera, tan dura como el mármol.

—Y de comida, ¿cómo está?

—Muy mal —gimió el factor Durante el otoño todos los tramperos se llevaron grandes cantidades de provisiones y no nos queda nada. Hay alubias, harina, azúcar, ciruelas secas y carne de reno, y me basta olerla para que me den náuseas. Daría el sueldo de un mes por una libra de carne de cerdo. Y ahora vea la carta. Si no es gente de distinción la que viene, que me aspen. Apuesto que la señora del Coronel la escribió para divertirse.

Breed extrajo de un bolsillo interior un gran sobre blanco en el que se veía un sello roto de lacre rojo, y del sobre sacó una hoja doblada de papel color crema. Apenas cogió Steele la hoja, un estremecimiento recorrió su cuerpo. Antes de acabar de leer la primera línea percibió nuevamente la obsesionante dulzura..., el perfume de jacinto. Y no era sólo el perfume que se desprendía de la carta lo que le conmovió, sino que también el hecho de que ésta fuera del mismo papel y contuviera la misma letra delicada de la carta que quemara una semana antes. No hizo ningún esfuerzo por reprimir la exclamación de sorpresa que brotó de sus labios. Breed le miraba fijamente cuando el joven levantó los ojos.

—¡Ésta sí que es una casualidad muy singular, Breed! —dijo Steele tratando de dominarse—. Casi juraría que conozco esta letra y, sin embargo, no es posible, no puede ser. Mas ¡es extraño! ¿Quiere dejarme la carta hasta la noche? Quisiera llevármela a mi cabaña para comprobar...

—Quédesela, no hace falta que me la devuelva —le interrumpió el factor—. Espero que hallará en ella algo interesante y me lo contará a la hora de la

cena..., que será a las cinco en punto. Sería una bendición que usted conociera a esa gente.

Diez minutos más tarde estaba Steele en la pequeña cabaña que él y Nome ocupaban mientras permanecían en Lac Bain. Jack, el indio cree, había encendido un buen fuego en la estufa, y cuando Steele abrió la puerta del horno, una ola de luz despejó la incipiente penumbra del temprano atardecer. El joven acercó una silla a la luz de la estufa y se sentó para volver a leer la carta. Línea por línea, palabra por palabra, estudió la letra. Cada vez sentía más vivamente una curiosa excitación mental que no lograba explicarse. De acuerdo con la carta, el coronel Becker y su esposa habían llegado a Churchill a bordo del vapor de Londres hacía poco más de un mes. Steele recordó entonces que la carta de la muchacha databa de seis semanas. Por lo tanto, cuando ella la escribió, el coronel Becker y su esposa se hallaban en Londres, en Liverpool o en alta mar. No importaba, pues, la mucha semejanza que para Steele había entre la letra de ambas cartas, porque se dio cuenta de que, en vista de las circunstancias, la misma persona no pudo haberlas escrito. Durante largo rato permaneció Steele sentado en la silla, los ojos casi cerrados, gozando del agradable calor del fuego. Volvió a tener la visión de antes. De un modo subconsciente luchaba otra vez con ella, como ya lo había hecho muchas veces desde que recibiera la carta de la muchacha, a fin de librarse del recuerdo. Y como las demás veces, también en aquella sus esfuerzos fueron inútiles. La mujer se le aparecía claramente y siempre tal como la había visto en el baile de Hawkins: ojos y labios sonrientes y reflejándose la luz de un modo maravilloso en el color de oro profundamente rojo de su cabellera.

Haciendo un esfuerzo, Steele se levantó y consultó su reloj. Eran las cinco menos cuarto. Se agachó para cerrar la puertecilla de la estufa y de pronto se detuvo, la mano suspendida, inclinada la cabeza. Sobre la rodilla, brillando a la luz del fuego, como un hilo de oro, había un cabello de mujer.

Con lento movimiento se levantó, sosteniendo el hilo contra la luz. Tembláronle los dedos, su respiración era jadeante. El cabello había caído sobre su rodilla al abrir la carta o al sacarla del sobre... ¡y se parecía tanto al de ella!

De la dirección de la casa del factor llegó en aquel momento el sonido grave de la bocina de Breed, hecha de un cuerno de anta, llamándole para que fuera a cenar. Antes de corresponder al aviso, Steele se enrolló la hebra sedosa de oro en un dedo, y luego la colocó cuidadosamente entre sus papeles en la cartera de piel. Cuando se reunió con el factor, Steele tenía el rostro

colorado. Desde aquella noche del baile de Hawkins, cuando sintió el contacto de la mano de aquella belleza, su cálido aliento, la dulce caricia de su cabellera al inclinarse sobre ella, rendido de amor, jamás una mujer le había emocionado tanto como en este momento. Alegrábase el joven de que Breed estuviese tan absorbido en sus preocupaciones para poder notar el cambio en él o para preguntar acerca de la carta.

—Le digo, Steele que esto puede significar mi ruina —dijo el factor tristemente—. Lac Bain es ahora la estafeta más vacía, más arruinada y menos próspera entre todas las que hay entre Atabasca y la bahía. Hemos tenido dos temporadas malísimas y todo ha ido de mal en peor. El Coronel es un personaje importante en la Compañía, de eso no hay duda, y me apuesto diez contra uno a que pensará que aquí hace falta otro hombre.

—¡Tonterías! —exclamó Steele, y al mirar fijamente a Breed, se le ocurrió de pronto una idea—. Oiga, ¿qué le parece si me fuera al encuentro de ellos? —preguntó—. Así como una especie de comisión de bienvenida, ¿sabe? Antes que llegasen aquí, podría yo darles a entender las dificultades con que usted ha tenido que luchar en Lac Bain durante las dos últimas temporadas.

El rostro de Breed se iluminó instantáneamente con nueva esperanza.

—Esto podría salvarnos, Steele. ¿De verdad que querrá hacerlo?

—Con vivo placer.

Felipe notó que aumentaba el color de sus mejillas, cuando se inclinó sobre el plato.

—¿Está usted seguro de que se trata de personas de edad? —preguntó.

—Así me lo escribió Mac Veigh desde Churchill: cuando menos, me dijo que el Coronel era viejo.

—¿Y su esposa?

—Pues... tiene tupé —gruñó Breed con irreverencia—. La cosa no importaría tanto si viniera sólo el Coronel. Pero una vieja, ¡caramba! Lo que no se le ocurra a él, ella se lo recordará, ya puede usted estar seguro. Steele pensó en su madre, la que miraba las cosas siempre con cristal de aumento, y se echó a reír sin gana.

—Bueno, Yo iré y los veré de todos modos aseguró Procure que Jack arregle mis cosas para que pueda salir por la mañana. Me marcharé después del almuerzo. Steele se alegró cuando después de terminar la cena, estuvo de nuevo en su cabaña fumando en pipa. Con una vaga sensación de vergüenza sacó el cabello de oro de la cartera y lo sostuvo de manera que brillase nuevamente ante sus ojos a la luz del fuego.

—Estás loco, Felipe —se dijo a sí mismo—. Eres un perfecto idiota, ¡qué caramba! ¿Tiene que ver algo contigo el cabello de la esposa del coronel Becker? Y soltó la hebra brillante de entre los dedos, y la corriente se la llevó hacia la parte posterior de la cabaña sumida en la penumbra.

Ya era medianoche cuando Steele se acostó por fin. Se levantó con los primeros albores de la fría mañana y todo aquel día caminó incansablemente, con las raquetas de nieve, por el sendero de la Compañía que iba hasta la bahía.

Dos horas antes de anochecer, montó su ligera tienda de campaña y recogió ramitas de bálsamo para hacerse una cama. Enfrente de la tienda, junto a una gran roca, encendió una hoguera de ramas secas de abeto. Aún había claridad cuando se envolvió en una manta y se acostó sobre el lecho improvisado, los pies en dirección a la hoguera que se reflejaba en la roca. Parecióle a Steele que en el ambiente había una quietud poco natural, mientras aumentaba la obscuridad de la noche fuera del alcance de la luz del fuego, y cuando las tinieblas lo invadieron todo con sus negruras, borrando los detalles de los alrededores, sintió el joven que la sensación de la soledad iba embargándole poco a poco. Había sido aquella misma quietud, aquel mismo misterio sin fin del páramo silente lo que le hiciera amar al Norte. Hasta aquella noche lo amó. Mas de pronto notó en ello algo agresivo, algo que le obligó a frotarse los ojos para ver más allá del fuego y de la roca, e hizo que aguzara el oído para percibir sonidos que no existían. Dábase cuenta de que en aquella hora estaba anhelando compañía..., no la de Breed, ni la de los hombres con los cuales se dedicaba a la caza de sus semejantes, sino la compañía de hombres y mujeres que antes conociera y de cuyas vidas había formado parte...; parecióle que desde entonces habían pasado siglos. Sabía Steele, que apretaba los puños y miraba fijamente, que en aquel momento lo que principalmente anhelaba era una mujer..., una mujer cuyos ojos, cuyos labios y cuyo cabello le obsesionaban ahora, después de largos meses de olvido. Y el rostro de ella le sonreía en aquel momento de un modo fascinador desde las inquietas llamas de la hoguera..., tentándole, llamándole para que acudiera a ella, de la que estaba separado por más de mil millas de distancia. Y si cediese él...

La posibilidad de que él pudiera ceder hizo que se clavara las uñas con fuerza en la palma de las manos, y se dejó caer de nuevo sobre las ramas con una maldición que tenía más de desventura que de blasfemia. Y fue más el cansancio físico que el deseo de dormir lo que le hizo cerrar los ojos, sumiéndose al fin en un estado de semiinconsciencia. Entonces aquel rostro

parecía estar más cerca de él y ser más real, hasta el punto de que semejaba hablarle. De nuevo oyó Steele la dulce risa argentina de la joven, que tanto le fascinara en aquel baile; oyó también el murmullo de una charla lejana, y luego una voz fuerte y próxima..., la de Chesbro, quien, sin saberlo, los había interrumpido y le había salvado a él justamente a tiempo.

Steele se movió inquieto y al poco se incorporó y miró hacia el luego. Al despertarse, le pareció haber oído otra vez la voz de Chesbro y súbitamente sintió como si una sacudida eléctrica le conmoviera, porque acababa de oír la riente voz de su sueño, apaciguada y baja. Sorprendido, se incorporó del todo y quedó estupefacto. ¿Estaría soñando aún? El fuego crepitaba todavía alegremente, por lo que dedujo que hacía muy poco que se había dormido.

Notó un movimiento..., oyó el crujir en la nieve de suaves pisadas..., vio que alguien se interpuso entre él y la hoguera.

Era una mujer.

Steele reprimió el grito que iba a brotar de sus labios, y permaneció inmóvil, sin hacer ruido. La mujer dio un paso hacia la tienda y escudriñó su interior sumido en la obscuridad. Steele vio el destello plateado de la luz sobre el abrigo de pieles, la blancura de una mano que se posaba suavemente sobre uno de los bordes de la abertura de entrada, y un rostro de mujer. Unos ojos azules que le sonreían, una boca que mostraba la blancura de los dientes, una suave risa apenas perceptible, y el rostro había desaparecido, mientras él miraba aún al lugar vacío donde acababa de aparecer. Tosiendo fuertemente, para dar a entender que se hallaba despierto, Steele apartó la manta y se deslizó por la abertura de la tienda. En el extremo derecho de la hoguera hallábanse un hombre y una mujer que se inclinaban sobre el fuego para calentarse. Ambos se irguieron cuando Steele apareció.

—¡Cuánto lo siento, señor Steele! —exclamó el hombre acercándose rápidamente—. Temo que hayamos cometido una incorrección al despertarle. Íbamos a acampar allá atrás, en un monte, cuando vimos la hoguera de usted, lo que nos ha inducido a venir aquí. Lamento...

—De ninguna manera quisiera que ustedes hubiesen permanecido lejos de aquí —interrumpió Steele estrechando la mano que el otro le brindaba—. Vengo de Lac Bain para ir al encuentro del coronel Becker y su esposa y...

El joven se detuvo adrede y mostró sus dientes blancos al sonreír del modo peculiar que le granjeaba las simpatías de las gentes desde el primer momento.

—Pues acaba usted de hallarlos —dijo una voz alegre desde el otro lado del fuego. Le ruego, señor Steele, que me perdone por haberle mirado y

haberle despertado. Mas sus pies tenían un aspecto tan divertido que no pude menos de hacerlo. Le aseguro que no he podido ver más que sus pies, aunque miré con mucha atención. También vi su nombre, que está impreso en el colgante de la tienda.

Steele sintió que sus mejillas eran invadidas por una oleada de sangre cuando su mirada se cruzó con la de aquellos hermosos ojos que brillaban como carbones encendidos. Aquella mujer le sonreía. Al sentir el calor del fuego había echado atrás la capucha de piel y Steele pudo ver que sus cabellos tenían el mismo tinte de oro rojo brillante que aquella hebra que descubrió en su carta, y que con sus ojos y sus labios y el maravilloso color de su rostro, se parecía de un modo notable a la muchacha con la que había soñado dormido y despierto cuando la carta perfumada le llenó de inquietud y de añoranzas. Había intuido que la mujer del Coronel era joven y que su cabello tendría el matiz del oro rojo, pero que, además, pudiese contemplar la sonriente hermosura de aquel rostro, la misteriosa profundidad de aquellos ojos...

Y se dio cuenta de que la estaba mirando fijamente.

—Yo..., yo estaba soñando —balbuceó, mas en seguida se dominó Estaba soñando, señora, en un rostro, aunque parezca mentira que estas cosas puedan suceder aquí. La persona cuyo rostro se me apareció en sueños está a mil millas de aquí y se parece de un modo maravilloso a usted.

El Coronel se echó a reír cuando Steele se volvió hacia él. Era el señor Becker de estatura pequeña y más derecho que un huso; su rostro era pálido, excepto la nariz, que se había enrojecido con el frío; su barba, recortada en punta, era del albor de la nieve. La parte del rostro que salía por encima del grueso abrigo de pieles y debajo de la gorra de castor, estaba animado de buen humor, a pesar de su palidez.

—Me alegro que lo tome usted así, Steele —exclamó cori voz que brindaba una amistad—. No nos hubiéramos aventurado a venir aquí, si no hubiese sido por Isabel. Fue ella la que insistió, amigo. Quería saber quién estaba aquí y qué aspecto tenía esto. Oye, Isabel, ¿estás satisfecha?

—Sí; mas de ningún modo esperaba yo que el ocupante de la tienda pudiera estar dormido a esta hora contestó la señora de Becker, y se echó a reír con descaro. Tan picarescamente dulce se mostraba la curva de sus bermejos labios y la luz de sus ojos, que Felipe sintió como se aceleraron los latidos de su corazón y como aumentaba el color de sus mejillas.

—No son más que las seis —dijo, consultando el reloj—. No suelo retirarme tan temprano, pero hoy estaba muy cansado... aunque ahora ya no lo estoy —añadió rápidamente—. Ahora me quedaría levantado hasta

mañana... hablando. No es frecuente que aquí nos encontremos con personas de otros países, ¿sabe usted? ¿Dónde están los otros?

—Ahí detrás —contestó el Coronel señalando con la mano hacia las tinieblas—. Isabel hizo que se sentasen allí y permaneciesen silenciosos, perros y todo, señor, mientras nosotros veníamos aquí. Hay algunos indios, dos trineos y una tonelada entre provisiones y nuestro equipo.

—Háganle el favor de llamarlos —dijo Steele—. Aquí, junto a mi tienda, hay un sitio para la de ustedes. La estancia aquí resulta muy agradable, cerca de la pared de esta roca que, con la hoguera, nos da tanto calor como un horno, mi Coronel.

El Coronel se adentró un poco en las tinieblas y a gritos dio sus órdenes a los que esperaban allí. Felipe se volvió y vio que la señora de Becker le miraba de un modo tímido a la vez que interrogante; la risa había desaparecido de su rostro. Pareció un momento que iba a hablarle, mas a poco tomó del suelo una rama corta y atizó, jugando, el fuego.

—Debe usted de estar cansada, señora —dijo Felipe Ahora que se halla cerca del fuego, me permito aconsejarle que se quite el abrigo grueso que lleva. Estará mucho mejor y yo le traeré una manta para que pueda sentarse.

Rápidamente se metió en la tienda y un momento más tarde volvió a salir con una manta que extendió junto al tronco de un gran abeto que se hallaba a seis pies de la hoguera. Cuando se volvió hacia ella, la mujer del Coronel ya se había quitado el abrigo y la capucha, y Felipe pudo admirar la esbelta figura de la joven, bella y hechicera, al darle las gracias con una sonrisa y al acurrucarse en el sitio que él había preparado para ella. Durante un momento estuvo inclinado sobre la joven para abrigo los pies y las rodillas con la capa de pieles y aspiró el perfume que se desprendía de la brillante cabellera trenzada, el perfume dulce como el de una flor, que ya le había llegado antes a lo más hondo del alma.

Cuando Steele se puso derecho, vio que el Coronel les sonreía mirando primero al uno y luego a la otra con un pequeño guiño humorístico en los ojos, y el joven sintió que su rostro revelaba sus pensamientos culpables. Alegróse, pues, de que en aquel momento apareciesen los indios con los trineos y hacia ellos se encaminó, maldiciéndose en voz baja por la extraña locura que le embargaba. Y cuando volvió al lado del fuego, se maldijo aún más en sus adentros. Desde la penumbra vio al Coronel sentado con la espalda apoyada en el abeto y a la señora acurrucada a su lado, la cabeza contra el hombro de él, hablando y riendo. Y cuando Steele vaciló aún un momento, no atreviéndose a interrumpir la escena, vio que ella atrajo hacia el

suyo el rostro de barba cana y la besó. Ante la inefable gloria y felicidad que se retrataba en aquellas dos caras iluminadas por la luz de la hoguera, comprendió Felipe Steele que contemplaba una escena que acababa de destruir para siempre la obcecadora imagen de otra mujer que había llevado en el alma. En su lugar quedaría aquella escena de amor, del amor como él lo había soñado, como lo había anhelado y que al fin había encontrado aunque no para sí mismo en el corazón de una selva.

Después, cuando se acercó pisando ruidosamente la nieve, vio algo muy infantilmente dulce y puro en el rostro de ella, la que con una sonrisa le dio la bienvenida. También notó algo en el del Coronel, un algo simpático que le conmovió llenándole de una sensación agradable que era nueva y extraña para él y casi parecía la misma felicidad de aquellos dos seres. Aquel sentimiento nuevo borró la sensación de soledad que hasta hacía poco le oprimió y, cuando por fin, después de hablar largo rato junto al fuego, la esposa del Coronel levantó con muestras de sueño la linda cabecita y preguntó si podía acostarse, Felipe se echó a reír gozosamente, porque vio con qué arrulladora ternura rozó ella su rostro de color de rosa contra la cara agrisada que se inclinaba sobre ella y cuánta bondad se reflejaba en los ojos del Coronel cuando éste la llevó casi en brazos a la tienda.

Después de haberse echado y envuelto en su manta, Steele permaneció largo rato despierto, maravillándose de lo extraño del caso que acababa de presenciar. Era el cabello de aquella otra mujer el que había visto al pie del viejo abeto, lustroso y suave, y trenzado del mismo modo sencillo y correcto, tal como lo viera aquella noche en que Chesbro le interrumpió. Era, pues, lógico imaginar que también los rostros fueran iguales. Por fin se durmió para soñar en este otro rostro, y se despertó horas más tarde con la desagradable sensación de que sus visiones no eran sino producto de los sueños y que la mujer soñada era la esposa del coronel Becker.

Capítulo III

La calavera y el «flirt».

Llegaron a Lac Bain muy avanzada la tarde del día siguiente y, tan pronto como Felipe presentó al Coronel y a su esposa a Breed, el factor, se dirigió a toda prisa a su cabaña. En la puerta de ella encontró a Buck Nome. Aunque no le había visto desde un mes antes en Nelson House, en el saludo de Steele hubo poca cordialidad al cumplir con la formalidad de estrechar la mano del compañero de servicio.

—Ahora iré a saludarlos —explicó Nome—. ¡Vaya una broma la suya, Steele! ¿Cómo se le ha ocurrido traer aquí a la mujer medio helada de un viejo Coronel, o mejor dicho, a la mujer vieja de un Coronel medio helado?

Al oír el tono zumbón en la voz de Nome, el cuerpo de Steele adquirió cierta rigidez. Rápidamente se volvió hacia Nome, el cual iba a marcharse.

—Recuerde... que usted mintió en Nelson House precisamente para obtener una ocupación como ésta —le dijo—. ¿Olvidó lo que pasó... después?

—No se amosque por eso, Steele —replicó Nome con irritante risa—. Todo vale en el amor y en la guerra. Aquello sí que fue cosa de amor, ¡palabra!, mientras que esto es todo lo contrario.

Steele apretó los labios cuando oyó la risa un tanto despectiva de Nome y entró en la cabaña. No era la primera vez que había escuchado aquella risa diabólica cuando Nome hablaba de ciertas mujeres, y esto más que otra cosa fue lo que le inspiró odio hacia aquel hombre. Físicamente, Nome era un hombre de aspecto agradable y sin duda era el mozo más apuesto del servicio

de la región del norte de Winnipeg. Tanto era así que, mientras los hombres le despreciaban por lo que de él sabían, las mujeres le admiraban y le querían..., hasta que, de cuando en cuando, y demasiado tarde, descubrían que Nome no tenía sentido alguno de moralidad. Así había sucedido también en Nelson House y, recordando la tragedia, Felipe Steele ardió en el deseo de ahogar a Nome. ¿Qué pasaría ahora? Al hacerse Felipe esta pregunta, recibió la impresión como si le hubiesen echado un jarro de agua fría encima, mas a poco sonreía pensando en la dulce visión de amor y de pureza que había descubierto en el rostro de la esposa del Coronel cuando la vio sentada al pie del abeto.

Musitando suavemente extrajo un paquete de debajo de su litera, un objeto envuelto en blanda corteza de abedul. Del envoltorio sacó la calavera que trajera del Sur. Notábase un temblor de agitación en la risa de Steele cuando paseó una mirada por la cabaña medio sumida en la obscuridad. De una viga del techo pendía una lámpara grande de aceite con un pequeño reflector, y debajo de éste colgó el cráneo.

—Haces un efecto ornamental muy bonito, *m'sieur* Janette —exclamó al apartarse un poco para contemplar el objeto blanco que pendía vacilante de la cuerda y parecía mirarle de soslayo—. *Mon Dieu*, te digo que cuando arda la lámpara, Buck Nome ha de estar ciego si no te reconoce, aunque estés así, *m'sieur*.

Después encendió una lámpara más pequeña, se afeitó y se cambió de ropa. Ya era de noche cuando estuvo listo para ir a cenar, y Nome no había regresado aún. Esperó un cuarto de hora más, y luego se puso la gorra y la capa y encendió la lámpara grande. Desde la puerta se volvió para ver el efecto. Las fosas orbitarias semejabán ojos que le mirasen fijamente. Desde el sitio en que Steele se hallaba, pudo ver claramente el agujero en el temporal izquierdo del cráneo.

—Hoy te toca a ti, *m'sieur* Janette —exclamó con suave voz, y cerró tras de sí la puerta.

Cuando llegó Felipe, los demás se hallaban reunidos en el gran salón del factor, cerca del hogar encendido. Bastó una mirada para saber por qué no había vuelto Nome a la cabaña.

Breed y el Coronel estaban fumando y estudiando un viejo libro mayor de gran tamaño colocado encima de una mesita, y se hallaban muy absortos en su tarea. La señora Becker estaba sentada cara al hogar, y, muy junto a ella, Nome se inclinaba hacia la joven hablándole en voz tan baja que Steele solamente percibía un murmullo. Cuando su compañero levantó la cabeza,

tenía el rostro encendido y sus ojos brillaban con aquel fuego que hizo que Felipe le odiara.

Al volverse la señora Becker hacia Steele para saludarle, éste sintió de pronto una punzada en el corazón, porque se había dado cuenta de que las mejillas de ella mostraban también vivo rubor y que éste aumentó aún más cuando él se limitó a corresponder a su saludo con una leve inclinación. Steele se reunió inmediatamente con el Coronel y el factor. El anciano le estrechó amablemente la mano y Felipe observó que miró luego una o dos veces con nerviosidad hacia las dos personas que estaban junto al fuego. Notó el joven también que siempre que el Coronel oía la risa apagada de su esposa y de Nome, prestaba menos atención a las cifras que Breed le enseñaba en el libro mayor. Cuando se levantaron todos para ir a cenar, advirtió Felipe con gran disgusto que Nome ofreció el brazo a la señora, que lo aceptó no sin echar antes una rápida y sonriente mirada a su marido. El rostro pálido del viejo Coronel no correspondió a su sonrisa, y Felipe, comprendiendo el alcance de aquella actitud, se hundió las uñas en las palmas de las manos. Durante la cena, la atención de Nome para con la señora de Becker fue aún más ostensible. Una vez, so pretexto de ofrecerle un plato, murmuró a su oído palabras que la hicieron sonrojar vivamente, y cuando ella miró al Coronel, los ojos de éste expresaron su disgusto. ¡Aquello era abominable! ¿Estaría Nome loco? ¿Acaso aquella mujer...?

Steele no pudo terminar sus reflexiones. Sus ojos encontraron, por encima de la mesa, la mirada de la esposa del Coronel y vio que respiraba con fatiga. Desapareció el rubor de sus mejillas, y la mujer se levantó sin dejar de mirar a Felipe.

—No me encuentro bien —dijo—. Les ruego me perdonen que me vaya.

Rápidamente se colocó Nome a su lado, mas ella se apartó de él y se dirigió a su marido, que se había levantado también.

—Llévame a mi cuarto —suplicó—. Luego... puedes volver aquí.

Antes de marcharse volvió a mirar nuevamente a Steele y éste quedó sorprendido al ver la palidez de aquel rostro. Durante un momento quedó solo en la habitación, porque Nome y Breed habían dejado también la mesa. Steele oyó como se abría y se cerraba otra puerta, después el ruido de unos pasos, y reapareció Nome.

—¡Válgame Dios! ¿Ha visto qué hermosa es? —exclamó éste—. Le digo a usted, Steele...

—Sí, es muy bella —dijo tranquilamente, hundiendo las uñas en el brazo del otro—. Coja su sombrero y la capa, Nome. Tenemos que hablar en la

cabaña.

A sus espaldas volvió a oírse el abrir y cerrar de una puerta. Steele apartó a Nome para dirigirse a Breed, que entraba en aquel momento.

—Buck y yo tenemos que atender a un pequeño asunto en la cabaña — explicó Cuando ellos..., cuando el Coronel vuelva, dígame que un poco más tarde vendremos para fumar y charlar un rato, ¿quiere? Y presente nuestros respetos a... ella.

Con sonrisa desdeñosa se fue hacia Nome. Éste le miraba sorprendido, pero le siguió afuera.

—¿Pero qué diablos significa esto? —preguntó cuando estuvieron solos—. Si tiene algo que decirme...

—Sí, tengo —le interrumpió Steele—, y se lo diré. ¿Dice usted que es hermosa? Sí, hermosa como un ángel, Buck. Y usted...

—Felipe se echó a reír duramente —usted tiene mucha suerte, Buck Nome. Lástima que se haya puesto mala precisamente en el momento psicológico, como diría usted. ¿Qué habrá pasado?

—¡Qué sé yo! —gruñó Nome, consciente de que en la voz del otro había algo que no comprendía y que tampoco pudo ver en el rostro de Steele a causa de la obscuridad.

—Naturalmente, no lo sabe —respondió Steele—. Por eso le llevo a la cabaña. Voy a decirle exactamente lo que pasó cuando la señora de Becker se sintió indispuesta, palideciendo también, si es que usted reparó en este detalle. Va a ser una broma muy buena, una broma excelente, y sé que usted sabrá apreciarla.

Cuando se aproximaron a la cabaña, Steele se quedó un poco atrás, por lo que Nome entró primero. Ya dentro de la cabaña, Felipe se volvió y cerró tranquilamente la puerta. Luego, quitándose la capa, señaló el cráneo blanco que pendía debajo de la lámpara.

—Permítame, Buck, que le presente a un viejo amigo mío... *M'sieur* Janette de Nelson House.

Nome se abalanzó con una maldición, con el rostro encendido y los puños en alto para pegarle, mas se encontró ante la boca reluciente del revólver de Steele y vio que los ojos de éste brillaban de un modo amenazador.

—¡Siéntese, Name..., allí, precisamente debajo del cráneo del hombre a quien usted mató! —le ordenó—. Siéntese o, ¡voto va!, le levanto la tapa de los sesos ahora mismo. Bien..., yo me sentaré aquí, así, con el revólver a la altura de ese corazón de cobarde. Hoy le toca el turno a *m'sieur* Janette — continuó, apoyando el revólver sobre la pequeña mesa, con las manchas de las

mejillas cada, vez más rojas y vivas, mientras Nome retrocedía ante la amenaza del arma—. Es el turno de *m'sieur* Janette y del Coronel, pero principalmente de Janette. No pienso mucho en la señora de Becker... en este momento.

Steele respiraba jadeante y sus labios se contrajeron en un extraño rictus a causa del odio que le inspiraba el hombre que tenía delante.

—¡Es una mentira! —exclamó Nome con angustia y el rostro más pálido que la cera—. ¡Usted miente si dice que yo maté a... Janette!

Felipe movió los dedos de la mano que sostenían el revólver.

—¡Con qué placer lo matarla yo ahora! —dijo casi sin aliento—. Usted le robó la mujer, Nome; usted lo convirtió en un desgraciado... y él se suicidó. Y en su informe decía usted a la Comandancia que Janette falleció a causa de un accidente. ¡Mintió usted! Fue usted quien lo mató robándole la mujer. Y yo me apoderé del cráneo porque me figuré que me serviría como prueba contra usted, para demostrar que fue una bala de pistola y no de fusil la que le causó la muerte. Y no es éste el primer hombre que ha mandado usted al infierno, ni tampoco la primera mujer. Pero su próxima víctima no será la señora de Becker.

Cuando Steele vio que Nome iba a replicar, acercó a él el revólver hasta que el cañón tocó su cara.

—¡Silencio! —exclamó—. ¡Si vuelve a abrir esa pestífera boca, cederé de fijo a la tentación de matarle aquí mismo! ¿De modo que no sabe lo que ha pasado esta noche? ¿No sabe que la señora de Becker olvidó durante un momento lo que era y que lo recordó justamente a tiempo, y que con su proceder infame hirió usted al Coronel en el corazón del mismo modo que cuando mató usted a... éste?

Y al decirlo, alzó el brazo izquierdo, rompió la cuerda que sujetaba el cráneo y puso éste encima de la mesa con la cara vuelta hacia Nome.

—¡Míralo bien, canalla! Éste fue el hombre a quien mataste, como matarías al Coronel si pudieses. ¡Este cráneo es de Janette!

La voz de Steele pareció un silbido. Lentamente empujó la calavera sobre la mesa, hacia Nome, y la dejó tan cerca de éste que hubiérale bastado un movimiento rápido para hacerla caer contra su pecho.

—Hemos decidido la cosa entre nosotros, Buck..., *m'sieur* Janette y yo dijo después y hemos llegado a la conclusión de no matarle, pero impidiéndole que siga perteneciendo a la Real Montada, ¿entiende?

—¿Acaso... quiere... echarme? —preguntó Nome deslizando la mano hacia atrás, mas Steele le apuntó con el arma.

—¡Ponga las manos sobre la mesa, Buck!... Muy bien, así estaremos mejor exclamó sonriendo.

—Sí, vamos a echarle del servicio. Ahora mismo va usted a recoger lo que le haga falta, Buck, y va a salir de aquí corriendo como alma en pena. Le aconsejo que vaya directamente a la Comandancia y presente su dimisión. Mac Gregor ya le conoce muy bien, Buck; sabe una o dos de sus fechorías, aunque ignora todas las demás. No creo que oponga dificultades a su dimisión, aunque no haya terminado todavía el tiempo por el que se alistó. Pero si el Inspector le apreciara tanto que le supiese mal prescindir de usted, entonces *m'sieur* Janette y yo vamos a relatar la historia como fue y no me importa que sepa usted que vamos a añadir algo de nuestra cosecha para aumentar el interés y que las gentes de Nelson House, sobre todo las mujeres, crean que son verdaderas nuestras afirmaciones. Tiene usted hechura de convertirse en un «fuera de la ley», Buck —esto con sonrisa maliciosa— y, si sigue sus inclinaciones, no tardará en verse perseguido por sus antiguos compañeros de servicio. Hará, pues, bien en evitarlo, tratando por una vez en su vida de ir por el camino de la honradez. *M'sieur* Janette desea darle esa oportunidad y sería conveniente que aprovechara usted la ocasión. De manera que, ¡arriba, Buck! Todo lo que necesita es una manta y algunas provisiones.

—¡Steele, es imposible que hable usted en serio! —exclamó Neme, que se había levantado.

Felipe sacó con la mano libre su reloj.

—Si dentro de quince minutos no está usted en camino, le obligaré a venir conmigo a la factoría y allí contaré a Breed y al Coronel la historia de *m'sieur* Janette, aquí presente. Luego le tendré preso hasta que reciba órdenes de la Comandancia —dijo Steele en tono rápido—. ¿Qué elige, Nome?

Como si un fuerte golpe le hubiese aturdido, se levantó Nome tambaleándose. No dijo una palabra mientras procedió a llenar su mochila con todas las cosas necesarias para un largo viaje. Ya en la puerta, abierta ésta, se volvió un momento para mirar a Steele, el cual aún tenía el revólver en la mano.

—Acuérdese, Buck advirtió Felipe con voz tranquila —de que todo es para su propio bien y del Servicio.

El miedo había desaparecido del rostro de Nome. Sus facciones ahora estaban animadas de un odio tan intenso que mostraba los dientes como si fueran las fauces de un animal dañino.

—¡Al diablo contigo —dijo y al diablo con el servicio! ¡Acuérdate, Felipe Steele, acuérdate de que algún día nos veremos!

—Algún día —repitió Felipe—. ¡Adiós, Buck Nome..., desertor!

Cerróse la puerta y el joven quedó solo.

—Ahora, *m'sieur* Janette, nos toca a nosotros —exclamó Steele sonriendo de un modo amistoso a la calavera y llenando la pipa Ahora nos toca a nosotros.

Se echó a reír a carcajadas y durante algún tiempo estuvo silencioso, arrojando grandes bocanadas de humo.

—Es la mejor faena que he hecho en mi vida dijo a poco, mirando siempre el cráneo La mejor faena, y sería perfecta, *m'sieur*, si yo pudiese enviar este recuerdo tuyo a la mujer que colaboró en tu muerte.

De pronto se detuvo y sus ojos brillaron.

—¡Por vida de...! —exclamó en voz muy baja, y se olvidó de fumar y estuvo largo rato contemplando, inmóvil, la calavera, como si ésta le hubiese hablado y como si la voz le hubiese traspasado.

Luego tiró la pipa sobre la mesa, empezó a recoger su equipo de servicio y arregló su equipaje. Después volvió a la mesa con un trozo de papel y un lápiz y se sentó. Cuando cogió la calavera, tenía Steele el rostro muy pálido.

—Lo haré y que Dios me ayude —murmuró excitado—. *M'sieur*, una mujer fue tan culpable de tu muerte como Buck Nome; sí, una mujer, y voy a enviarte a otra mujer, *m'sieur*. Aunque esto puede que sea una atrocidad, me parece que tu presencia será una lección provechosa para esa dama. Le contaré tu historia, viejo amigo, y la historia de la mujer que ayudó a que quedases tan limpio, tan blanco y tan bonito como estás ahora.

El joven escribió durante largo rato y cuando hubo terminado, lacró el escrito, metió carta y calavera en una caja y la ató con una cuerda de *babiche*^[1], En el exterior de la caja fijó una nota dirigida a Breed, el factor, en la que explicaba a éste que él y Buck Nome se habían visto obligados a salir aquella misma noche hacia el Oeste. Y subrayó las frases en las que rogaba al factor que hiciera llegar la caja a manos de la esposa dele señor Becker, procurando por todos los medios que el Coronel no se enterase de nada.

Eran las ocho cuando se adentró en la noche con el equipaje sobre la espalda. Dio un gruñido de satisfacción cuando vio que nevaba, porque así las huellas de él y de Name quedarían borradas. A través de las tinieblas parecían estrellas las pocas luces que había en la casa del factor. Una de las luces era más brillante que las demás y Felipe se dio cuenta de que pertenecía a la ventana del cuarto que Breed había cedido al Coronel y su esposa. Se detuvo un momento, mirando fascinado a aquella ventana; vio que la luz se hizo más brillante y creyó ver un rostro que escudriñaba en la noche... mirando en

dirección a su cabaña. Pronto se dio cuenta de que no veía visiones, pues era la cara de ella. Luego oyó abrirse una puerta y vio una persona que atravesó corriendo el claro. Felipe se ocultó en la oscuridad de la pared y esperó. Era el Coronel quien llegó. Por tres veces llamó fuertemente en la puerta de la cabaña.

Steele, entonces, se alejó, tomando la estrecha senda que le llevaría a la oscuridad de los bosques del Oeste.

Capítulo IV

El chal de seda.

Mientras Felipe Steele iba alejándose de Lac Bain, una sensación de soledad, un anhelo que casi era doloroso, iba invadiéndole con intensidad nunca sentida. A media milla de la factoría se detuvo al abrigo de un gran abeto y desde allí pudo oír el débil ladrido de un perro lejano. ¿Había hecho bien en hacer lo que hizo? El recuerdo de Buck Nome le provocó una risa llena de dureza; apretó los puños y se dijo que, por lo que tocaba a éste, había hecho perfectamente. Pero, ¿había tenido motivos suficientes para enviar la calavera a la señora de Becker? La pregunta hizo surgir de la obscuridad, como si un relámpago la rasgara, la escena desarrollada junto a la hoguera: la señora de Becker y el Coronel; la cabeza de dorada cabellera descansaba en el hombro del esposo, reflejándose en los dulces ojos azules, cuando ella alzó la mirada, llena de pureza y feminidad, hacia el agrisado rostro de él. Rápida como había acudido, desapareció la visión, y en su lugar recordó Felipe la otra escena, la que viera junto al hogar del salón de la factoría. Volvió a ver el rubor en las mejillas de la mujer cuando ésta escuchaba lo que Buck Nome le decía en voz baja, vio lo que le pareció destello de dulce abandono en los ojos de ella y la palidez intensa del rostro del Coronel, quien se dio cuenta del flirt. Sí, había hecho bien. La mujer había recordado a tiempo cuál era su deber, pero no sin que las alas de la tragedia rozaran la vida del Coronel y la de Felipe. Destrozado quedó el ideal de éste, el ideal que siempre buscara y nunca halló. Steele se dijo que esa mujer era igual que la muchacha de la carta perfumada, cuya belleza y cuyos ojos, puros como los de un ángel, tenían esa

falsedad por la que los hombres arruinan sus vidas. El envío del blanco y limpio cráneo de *m'sieur* Janette, junto con la historia del cómo y del porqué había muerto, no podía constituir un castigo demasiado duro para ella.

Un poco más sereno, Felipe reanudó la marcha, tratando de concentrar los pensamientos sobre cosas distintas. A unas ocho millas del Sudoeste se hallaba la cabaña de Jacques Pierrot, un mestizo que poseía un trineo y varios perros. A éste lo tomaría a su servicio para que le acompañara en lugar de Buck Nome en las rondas que era necesario efectuar; luego regresaría a Nelson House y de allí mandaría la noticia de la desertión de Buck Nome, pues Felipe Steele dedujo claramente de las últimas palabras de aquel caballero que, éste no pensaba separarse de la Real Montada en la forma debida, presentando la dimisión. Después..., Felipe alzó los hombros cuando pensó que aún le quedaban catorce meses de servicio. Hasta entonces su vida como miembro de la Real Montada no había sido monótona ni siquiera una hora. Las emociones, la acción continua, la lucha para vencer las pequeñas dificultades, todo, en fin, había contribuido a dar interés a su vida aventurera, y Felipe, recordándolo todo, hizo desesperados esfuerzos para vencer el cambio que se había operado en él a partir del momento en que abriera la carta perfumada de jacinto que la señora Becker envió al: factor.

—¡Eres tan tonto como Buck! —se dijo Felipe—. ¡Dios santo!..., ¿cómo pudiste tú..., Felipe Steele..., dejar que así turbara la paz de tu espíritu una mujer casada?

A medianoche llegó a la cabaña de Pierrot, en la que, a pesar de la hora avanzada, aún se veía luz. Felipe se quitó las raquetas de nieve y llamó a la puerta. Sin tardanza le abrió Pierrot, quien retrocedió al punto y quedóse mirando estupefacto la blanca figura que llegaba como una aparición en la noche tormentosa.

—¡*Mon Dieu* usted..., *m'sieur* Felipe!

Felipe dio la mano a Pierrot y penetró en la cabaña, cuyo interior abarcó con rápida mirada. Vio que todo estaba cambiado desde la última vez que viera a su amigo. Pierrot llevaba una mano en cabestrillo, tenía el rostro pálido y demacrado, y los negros ojos hundidos y sin brillo. En el pequeño hogar de la selva notábase un aire de abandono y de descuido. Steele se preguntó extrañado dónde estaría la gentil esposa de cabellos negros y mejillas sonrosadas y la media docena de chiquillos de Pierrot...

—¡*Mon Dieu*..., usted..., *m'sieur* Felipe! —exclamó el mestizo nuevamente, esta vez con evidentes muestras de alegría Viene muy tarde. ¿Tiene hambre?

—He cenado —respondió Felipe—. Vengo directamente de Lac Bain. Pero, ¿qué le pasa, amigo?

Steele señaló la mano de Pierrot y echó una mirada interrogativa en torno suyo.

—Es que Yola, mi mujer, está en Churchill, en la Bahía —dijo Jacques con tristeza Y los niños también. ¿Qué? ¿No le han dicho nada en Lac Bain? Yola se puso muy enferma, fue una cosa extraña, se hizo necesaria una operación y la llevé al médico de Churchill. Ahora está ya convaleciente y pronto regresará. Los niños están con ella. Dijo que teniéndolos a su lado sería más feliz. Pero para mí es muy triste estar tan solo, aquí, y eso que solamente hace dos semanas que la dejé.

—¿Estuvo usted con ella en Fort Churchill? —preguntó Felipe quitándose la capa y tirando el equipaje al suelo.

—*Oui, m'sieur* —contestó Jacques hablando en su idioma nativo Allí estuve hasta el mes de noviembre. ¿No se lo han dicho en Lac Bain?

—No, nada me han dicho, por más que sólo estuve allí horas. ¡Escúcheme, Jacques! —Felipe sacó la pipa y empezó a llenarla, de espaldas a la estufa—. ¿Vio usted a otras personas en Churchill? Forasteros, quiero decir. Debieron de llegar de Londres..., había una mujer...

El pálido rostro de Pierrot se animó con súbita llama de alegría.

—¡Ah, aquel ángel! —exclamó—. Así la llamó mi Yola, *m'sieur*. ¡Vea! —señalando la mano vendada—. Un día esa *bete*, mi perro indio, me mordió, y cuando de un salto me puse de pie, frente a los almacenes de la Compañía, y la sangre caía en la nieve, la vi a ella, blanca y asustada. Con un grito acudió a mi lado, se quitó no sé qué cosa del cuello y me vendó la mano. Luego me acompañó a la cabaña y desde entonces venía todos los días para ver a mi Yola y a los niños. Lavó al pequeño Pedrito y le cortó el pelo. Lavó también a Juanito y a Mabel. Reía y cantaba, y mecía al bebé, y mi Yola cantaba y reía también; un día deshizo la cabellera de mi Yola, que es tan larga que le llega al suelo, y la peinó de un modo maravilloso y dijo que lo daría todo por poseer tanto pelo como mi Yola. Y ésta reía porque el cabello de la forastera es como el de un ángel; parece una llama cuando el sol se refleja en él; y mi Yola se lo deshizo también y la peinó a la manera de las mujeres crees. Y cuando el «ángel» vino después con el hombre, éste se rió también y jugó con los niños y dijo que conocía al médico y que la operación no costaría nada. ¡Ella es un ángel, un verdadero ángel! Aquí está la cosa con que me vendó la mano.

Pierrot se dirigió muy animado hacia una caja tapada, clavada en una de las paredes de troncos, y un instante más tarde entregó a Felipe un chal de seda blanca, bastante largo. Al cogerlo, se halló el joven nuevamente en presencia de las emanaciones de un leve y dulce perfume de jacinto. Con un grito ahogado y de un modo irreflexivo se llevó a la cara el suave tejido, aspirando su perfume. Parecióle que en aquel momento le embargaba la dulzura de aquella mujer, obligándole, por fin, a confesarse la verdad..., la verdadera naturaleza del sentimiento contra el cual había luchado tan desesperadamente pocas horas antes en Lac Bain; y al comprender que al fin había cedido a la pasión y que, alejándose de Lac Bain, había dejado allí todo el amor que para él existía en el mundo, brotó de sus labios un leve y apagado grito de dolor.

Cuando se quitó el chal del rostro, estaba intensamente pálido.

—Esto me recuerda a los de mi casa —dijo a modo de explicación—. A veces me invade también la sensación de la soledad. Hay allá lejos una muchacha que lleva un chal igual que éste y todo lo de ella huele igualmente al perfume de una flor...

—*Oui*, comprendo —respondió Pierrot suavemente—. Lo mismo me pasa a mi cuando mi Yola está ausente.

Pierrot volvió a colocar el chal en la caja y cuando se sentó otra vez al lado del fuego, Felipe le explicó las causas de su visita. Una vez hubo obtenido la promesa del mestizo de que éste le acompañaría con sus trineos y sus perros en el servicio de ronda, se dispuso Felipe a acostarse. Como Pierrot iba también a dormir, Steele le dijo por decir algo:

—Esa mujer de Churchill, Jacques..., ¿qué diría si le dijeren que no es el ángel que parece ser, que tal vez es parecida a aquella mujer de Lac la Biche, la que se fugó con un inglés?

Pierrot se irguió como si le hubiesen clavado la punta de un cuchillo en la espalda, y contestó a la pregunta hablando furiosamente en francés.

—Pues le diría que es un vil embustero —exclamó con fiereza—. Le diría una, dos, tres veces que es un mentiroso, y si volviese a repetirlo, me pegaría con él. ¡No creo que fuera un gran pecado matar a una persona tan vil!

Felipe se inclinó sobre la litera porque se había dado cuenta de que las palabras de Jacques hicieron que una ola de sangre invadiera sus mejillas, tanto le avergonzó la profunda fe de su amigo. En silencio subió a la litera y se acostó cara a la pared. Pierrot apagó la luz y poco tardó Felipe en oír la respiración tranquila del durmiente. Mas él no pudo conciliar el sueño y permaneció largo tiempo muy despierto, entregado a sus amargas reflexiones.

A pesar de su firme resolución de no pensar más en la mujer de Lac Bain, se le iban los pensamientos irremisiblemente hacia ella. Recordó uno a uno todos los incidentes, todas las palabras que ella había dicho desde que por primera vez vio el hermoso rostro en la noche de la selva. No había visto, en él más que dulzura y pureza, hasta el momento en que pasara algunas horas en compañía de Buck Nome. Y entonces cambió... El recuerdo le hizo hervir la sangre. Mas..., con todo..., ¿no podía haber excusa para ella? Felipe pensó en todas las mujeres que había conocido y se preguntó si entre ellas habría siquiera una que en un momento u otro no hubiese incurrido en el mismo ligero error que cometió la señora de Becker. Por vez primera analizó su propio proceder. La señora de Becker había reído con Buck Nome, ruborizándose ligeramente sus mejillas, radiantes los ojos..., mas, ¿era esto un pecado? ¿No habían mirado aquellos ojos a los de él, llenos de una dulzura que le causó emoción, cuando se inclinó sobre ella junto a la hoguera, en la senda de Churchill? ¿No había entonces en el rostro de ella el mismo adorable rubor, cuando él casi rozó con sus labios el cabello de ella? ¿Y la vuelta del Coronel no les hizo ruborizar a ambos? Felipe sonrió al recuerdo y por un momento permaneció absorto. La reacción fue como un rudo golpe. Instantáneamente recordó otras escenas..., vio otros rostros..., vio de nuevo el incitante y hermoso rostro de Elieen Hawkins, que sonreía a los hombres como la señora de Becker había sonreído a Buck Nome y a él mismo.

Cansado, cerró los ojos y trató de conciliar el sueño, pero no pudo dormir. Por fin se levantó en silencio, se arregló la pipa y se sentó, en la obscuridad, junto a la estufa. La tormenta había aumentado, convirtiéndose en furioso temporal, cuyos quejidos llenaban el ambiente. Soplaba el viento con furia sobre la cabaña y los ruidos recordaron a Felipe la noche en que, en una choza lejana, en el Sur, había destruido la carta del perfume de jacinto. Al pensar en la carta se sintió invadido por una extraña intranquilidad. Escuchó la respiración de Pierrot y se convenció de que éste dormía. Luego se levantó y dejó la pipa encima de la mesa. Notó una curiosa sensación de culpabilidad cuando se acercó a la caja en la que Jacques guardó el chal de seda. Respiraba jadeante, brillábanle los ojos, y tuvo un estremecimiento de extraño placer cuando sus dedos tocaron el objeto que buscaba. Extrajo el chal de la caja y regresó con él a la estufa, arrugándolo con ambas manos. Notó otra vez un dulce perfume como si sintiese el aliento de aquella mujer y creyó ver su cabello, las trenzas doradas reflejándose en la luz del fuego, sus ojos magníficos, sus labios... No pudo dominarse; rápidamente se llevó la seda al rostro, y así estuvo, temblando en la obscuridad, mientras Jacques Pierrot

dormía y el temporal bramaba sobre la cabaña. Porque Felipe sabía ya qué él haría por aquella mujer mucho más de lo que pudiera hacer Jacques Pierrot; más quizá que pudiera hacer el Coronel, su esposo. Parecía que el corazón le iba a estallar de un nuevo y terrible dolor, cuando, sacudiéndole, se le reveló la verdad. La amaba. Él amaba a aquella mujer, la esposa de otro. La amaba como nunca soñara amar a una mujer. Y con la caricia del chal perfumado en el rostro estuvo Felipe durante largo rato, silencioso e inmóvil, arrancándose poco a poco del espantoso abismo en el que cayera sin poderlo remediar.

Dominando el dolor y la pasión, dobló el chal, y en lugar de volverlo a colocar en la caja, lo guardó en uno de los bolsillos.

—A Pierrot no le importaría perderlo —se excusó—. Y esto será lo único, mi amada, lo único tuyo que tendré.

Capítulo V

Prueba de belleza.

Pierrot tuvo que despertar a la mañana siguiente a Felipe, pues éste, al fin, se había quedado profundamente dormido.

—*Mon Dieu!* ¡Si ha dormido usted como un lirón! —exclamó el mestizo—. El temporal ha amainado y será agradable caminar. ¡Eh! ¿No oye? ¿Por qué dispararán en Lac Bain?

Felipe saltó de la cama, y lo primero que hizo fue mirar en dirección a la caja. Esperaba sinceramente que Jacques no descubriese que el chal ya no estaba en ella.

—Estarán cazando una anta —dijo—. Hace días que se vieron huellas cerca de la factoría.

Felipe Steele sentía el deseo de comenzar pronto el viaje, por lo que ayudó a Pierrot a preparar el almuerzo. El ruido de los disparos le indicó que sería posible que de Lac Bain fuese alguien a la cabaña del mestizo y él deseaba no relacionarse más con las gentes de la factoría..., cuando menos durante algún tiempo. A las nueve de la mañana cerró Pierrot la puerta de la cabaña y los dos se dirigieron hacia el Sudoeste. El tercer día se encaminaron hacia el Este para ver a los indios que vivían en las márgenes del lago Reindeer, y el sexto día fueron en línea recta, ayudándose con la brújula, hacia Nelson House, adonde llegaron una semana más tarde. Felipe encontró allí una carta de sus superiores, que le ordenaban se presentara en Prince Albert. En cierto modo, la orden fue para él motivo de alivio. Se despidió de

Pierrot y se dirigió a Le Pas en compañía de dos indios. Allí tomó el tren obrero de Etomani y llegó tres horas más tarde a Prince Albert.

—Descanse usted durante algún tiempo, Steele le dijo el inspector Mac Gregor cuando Felipe hubo relatado la historia de Buck Nome.

Durante la semana que siguió, Felipe tuvo tiempo suficiente para reflexionar sobre su situación y se dijo que era un tonto y que estaba deliberadamente despreciando lo que la buena fortuna colocara en sus manos. El aviso de Mac Gregor de que estaba propuesto para un próximo ascenso, no le emocionó como hubiese sucedido pocas semanas antes. Estando en su pequeña habitación de las barracas militares, se echó a reír irónicamente, recordando las palabras de Mac Gregor:

—Vamos a ascenderle a cabo o, tal vez, a sargento, Steele.

¡Él, Felipe Steele, millonario, socio de aristocráticos clubs, hijo de un rey de las finanzas..., convertirse en caporal o sargento! Al principio, el absurdo le divirtió, mas luego se enfureció. Se dijo que había hecho el papel de idiota y todo porque en él era congénito el amor a las aventuras y a la vida sana al aire libre. No era extraño que algunos de sus amigos del club le tildasen de incorregible y de vagabundo. Había tirado por la borda posición, riqueza, amigos y familia con tanta ligereza como se tira una colilla. ¡Y todo... para llegar a esto! Con sonrisa despectiva miró aquel cuartucho estrecho. ¡Adónde había llegado!... Vagamente oyó en aquel momento galope de caballos. El sargento Moody estaba adiestrando a los bisoños reclutas en el arte de montar a caballo. La sonrisa despectiva desapareció de sus labios, cuando sonrió muy complacido. Al fin y al cabo, la cosa no era tan mala. El servicio convertía a los hombres en hombres de verdad. Felipe pensó en aquel inglesito recién llegado, cuyo padre era un duque; el muchacho aprendía ahora a montar a caballo y a disparar tiros allí, en el patio, a las órdenes del ruidoso Moody. De nuevo se despertó en Felipe el deseo de entrar en acción, y cuando, por fin, recibió el recado de que Mac Gregor deseaba verle, se alegró de la terminación del descanso.

El Inspector, alto y grueso, paseábase agitado por la habitación cuando entró Felipe.

—Siéntese, Steele —dijo—. Póngase cómodo; hombre, y coja un cigarro.

Si Mac Gregor se hubiese vuelto loco de pronto, Felipe no hubiera experimentado mayor sorpresa que cuando oyó aquellas palabras, cuando estaba con la gorra en la mano ante la mesa del Inspector de fieros bigotes, a la vez que éste alargaba la caja de escogidos habanos. En la Real Montada la separación entre los grados es cosa seria. Felipe recordó haber oído decir un

día a un comisario del cuerpo: «Cada miembro del servicio es un rey..., mas hay muchas clases de reyes», y el que un soldado raso de la Real Montada recibiese la invitación de sentarse en la oficina del Inspector, y que además fumase, constituía una infracción sensacional de las costumbres consagradas. Pero como Felipe había oído claramente la invitación de sentarse y de fumar, decidió hacer ambas cosas y esperar en silencio que la mina explotase bajo sus pies. Y en la manera fácil y donosa con que tomó asiento y procedió a fumar, cualquiera hubiese advertido que a Felipe Steele no le venía de nuevo estar en presencia de personas de categoría.

El Inspector pareció haberlo notado, pues permaneció durante un momento frente a Felipe, las manos hundidas en los bolsillos, mostrando un gesto de sonrisa en sus ojos fríos, casi incoloros, cuya mirada temían los bisoños reclutas todavía más que a los fieros bigotes rojos. A poco se echó a reír ruidosa y francamente, de un modo amistoso, tal como se suele hacer cuando se está entre camaradas, pero cosa poco frecuente en un superior de la Real Policía Montada del Noroeste cuando se halla ante un inferior.

—¡Buenos cigarros! ¿Eh, Steele? —preguntó, volviéndose lentamente hacia la ventana—. El Comisario me los mandó desde Regina. No hay nada como un buen cigarro en días tan monótonos como el de hoy. ¡Caramba, escuche qué viento! ¡Viene directamente de Medicine Hat!

Durante algunos momentos estuvo contemplando los tejados lúgubres, parduscos de las barracas, de cuyas chimeneas se elevaban delgadas columnas de blanquecino humo hacia el cielo color de plomo; contó la docena de retorcidos y achaparrados árboles, costumbre adquirida hacía tiempo, dejó vagar la mirada sobre los negros y marchitos restos de los cuadros de flores del verano cuyos helados tallos asomaban por encima de la nieve, y, de pronto, como si hablara consigo mismo, dijo:

—Steele, ¿está usted a prueba de belleza?

El tono de su voz estaba exento de broma. Era bajo, tan bajo, que la pregunta revelaba algo más que el deseo de obtener una respuesta, y cuando el Inspector se volvió hacia él, Felipe advirtió una cosa que nunca hasta entonces había observado... El rostro de Mac Gregor se había llenado de rubor. Sus pálidos ojos centellearon. Su voz revelaba intensa seriedad cuando repitió la pregunta:

—Deseo saberlo, Steele. ¿Está usted a prueba de belleza?

A pesar suyo, Felipe sintió que una oleada de fuego le invadió el rostro. En aquel instante no había palabras que pudiesen causarle tanta emoción como las que dijera el Inspector. ¡A prueba de belleza! ¿Sabía Mac Gregor

algo? ¿Sería posible...? Avanzó un paso, iba a decir algo, mas se detuvo a tiempo.

¡A prueba de belleza!

Y se echó a reír suavemente, como el Inspector se había reído pocos momentos antes. Mas en su rostro había una extraña rigidez..., cierto gesto que Mac Gregor advirtió, pero que no pudo comprender.

—¿A prueba de belleza? —repitió Felipe mirando fijamente al otro—. Sí, creo que lo estoy.

—¿Lo cree nada más?

—Estoy bastante seguro de ello, Inspector. Mas no puedo afirmar.

El Inspector se sentó a su mesa y abrió un cajón; de él sacó una fotografía. Durante algún tiempo la contempló en silencio, echando grandes bocanadas de humo del cigarro. Luego, sin levantar los ojos de la fotografía, dijo:

—Voy a encargarle a usted de un caso muy singular, Steele, y lo más extraño de él está precisamente en su sencillez. Es un encargo para el más joven de los reclutas del servicio y, no obstante, juro que no hay otro hombre en Saskatchewan al que yo pudiera hablar como voy a hablar con usted. Es un poco paradójico, ¿verdad?

—En efecto, así lo parece —respondió Felipe.

—Sin embargo, no lo será cuando llegue usted a comprender las circunstancias —continuó el Inspector colocando la fotografía boca abajo sobre la mesa y mirando al otro a través de una nube de humo He de decirle una cosa, Steele. Yo sé quién es usted. Sé que está usted aquí, en el Norte, por amor a las aventuras y a lo novelesco y no por otra cosa que pudiera haber en la Real Montada. Sé también que usted no es ningún zafio de las praderas y que la mayor parte de su vida la pasó allí donde se ven mujeres hermosas a todas las horas del día, y donde una voz suave y una tierna sonrisa no constituyen las cosas más maravillosas del mundo, como a veces suele suceder en estas regiones. El hecho es que tenemos un procedimiento especial para obtener informes...

—Y yo digo que ese procedimiento especial ha de ser sumamente hábil, cuando con él descubrieron mi identidad —interrumpió Felipe, irrespetuoso—. ¿Tenía usted... algún motivo especial para suponer que yo estuviera «a prueba de belleza», como usted lo llama? —añadió fríamente.

—Ya le he contado el único motivo que tenía —contestó el Inspector inclinándose sobre la mesa—. Ha visto usted tantas caras bellas, Steele, y ha convivido tanto tiempo con mujeres hermosas, que una más aquí no le volvería loco. Pues bien...

Mac Gregor vaciló y se echó a reír. El rubor en sus mejillas aumentó. Nuevamente miró la fotografía.

—Voy a ser franco con usted —continuó—. Esta mujer joven vino a visitarme ayer y, en menos de un cuarto de hora (quince minutos, ¡fíjese!), ya me manejaba como se maneja a un tonto. ¿Comprende ahora? Yo no soy invulnerable, tratándose de ella, y, sin embargo, me he hecho viejo en el servicio de la policía y no he tenido ningún asunto amoroso... desde hace mucho tiempo. Voy a mandarle a usted al campamento de Wekusko, más arriba de Le Pas, para que conduzca aquí a un preso. Ése es el marido de aquella mujer. Mató casi a Hogdes, ingeniero en jefe de los ferrocarriles que están construyendo allí. El mínimo de pena que le impondrán será diez años, y aquella mujer está removiendo el cielo y la tierra para salvarle. ¡Que Dios se apiade de mí, Steele! Pero si fuese uno de los jóvenes, uno de ustedes, y ella viniera tal como vino ayer, creo que dejaría escapar al preso. Mas esto no debe suceder. ¿Comprende? Es necesario que no suceda. Es preciso traer aquí a ese hombre para aplicarle el peso de la ley. ¿Muy sencillo, verdad, eso de traer un preso aquí desde Wekusko? Cualquier recluta lo haría, ¿no es eso? Y, sin embargo...

El Inspector se paró para encender el cigarro que se le había apagado. Luego añadió:

—Si usted quiere hacerlo, Steele, y quiere cuidarse de que se haga bien, procuraré que lo asciendan.

Al terminar, tiró la fotografía delante de Felipe.

—Ahí la tiene, Y no me pregunte cómo pude obtener la fotografía.

Un curioso estremecimiento sacudió a Felipe cuando cogió el retrato. Era una cara maravillosamente dulce la que le miraba desde la cartulina, un rostro tan joven, tan lleno de belleza añorada que una exclamación de sorpresa brotó de sus labios. En otras circunstancias hubiera jurado que se trataba del retrato de una colegiala. Alzó la mirada, estuvo a punto de hablar, pero Mac Gregor había vuelto a la ventana, la cabeza rodeada de nubes de humo de tabaco. Cuando el Inspector habló, lo hizo sin volverse.

—Esa fotografía está hecha hace cosa de diez años —dijo, y Felipe se dio cuenta de que el otro estaba haciendo grandes esfuerzos para que su voz no revelara una emoción que hubiera sido poco natural en él. Con todo, poco ha cambiado desde entonces, casi nada. El marido se llama Thorpe. Esta tarde le mandaré una orden por escrito y a la noche puede usted emprender la marcha.

Felipe se levantó y aguardó.

—¿No hay nada más? —preguntó a poco—. Esa mujer.....

—No hay nada más —interrumpió el Inspector, sin desviar la mirada de la ventana—. Una cosa solamente...: es preciso que traiga usted al preso, que lo traiga pase lo que pase.

Cuando Felipe se volvió para marcharse, se imaginó haber advertido otra cosa..., algo así como un sollozo ahogado, cuyo sonido le hizo dar la vuelta, antes de atravesar la puerta. Mas el Inspector no se había movido y permanecía al lado de la ventana.

«¿Qué diablos significa esto? —se preguntó el joven al cerrar suavemente tras de sí la puerta—. Esta vez te las tienes que ver con algo extraño, Felipe Steele, me apuesto lo que quieras. ¡Ascenso por traer aquí a un preso! ¡Es particular!».

Se detuvo un momento en uno de los caminos despejados de nieve. Desde el campo de ejercicio rodeado de un muro bajo, a unos cien metros de distancia, llegaban las fuertes pisadas de los caballos y el trueno de la voz del sargento Moody, el cual estaba instruyendo a los bisoños reclutas. Moody tenía un corazón que era un pedernal, y hubiese afrontado los mayores riesgos para cumplir un feo deber. Habíase vuelto viejo y feo en el servicio y estaba tan a prueba de belleza como un monstruo de piedra. ¿Por qué Mac Gregor no había mandado a Moody?

¡A prueba, de belleza! La frase despertó en Felipe un cúmulo de pensamientos, de recuerdos, de viejas añoranzas, mientras se encaminaba hacia su alojamiento. Preguntábase qué sabría Mac Gregor acerca de él y se sentó en su habitación solitaria, para evocar por milésima vez la visión de dos rostros que formaron parte de su vida..., el de la muchacha de Chicago, tan bella como Diana de Poitiers, tan sin alma como una esfinge, la muchacha que se le ofreciera en cambio de su nombre y de sus millones, y el de la otra mujer a la que había encontrado en las estepas heladas de Lac Bain. ¡A prueba de belleza! Steele se echó a reír y preparó su pipa. Mac Gregor lo había adivinado, aun cuando no supiera lo que había pasado aquel invierno, antes de que Steele llegara al Norte en busca de aventuras, o lo de la lucha que entabló, a causa de otra mujer, con Buck Nome, el desertor.

Capítulo VI

La emboscada.

Aquella misma tarde, casi ya de noche, recibió Felipe las instrucciones del Inspector. Éstas, concebidas en términos estrictamente oficiales, le conferían toda la autoridad requerida para el caso y le obligaban a salir para Le Pas aquella misma noche. Adherida a la orden había una nota en la cual Mac Gregor repetía las palabras que pocas horas antes dijo de viva voz: «Pase lo que pase, traiga usted al preso».

Iba la nota sin firma y la primera parte estaba visiblemente subrayada. ¿Qué podía significar esta doble precaución? Por tratarse de un hombre como Mac Gregor, quien procedía en cuestión de consejos con tanta delicadeza como pudiera hacerlo un rey, Felipe comprendió que la nota tenía inusitada significación. Mas si el consejo constituía un aviso para obrar con cautela, ¿por qué no le había dado más detalles? Durante la hora que pasó en los preparativos para el viaje, Felipe hizo grandes esfuerzos mentales para hallar la clave del enigma. La tarea que iba a realizar le parecía en sí muy sencilla. Un hombre llamado Thorpe había cometido una tentativa de asesinato en Wekusko. Estaba preso ya y se trataba de traerlo a Prince Albert. El hombre más cobarde de Saskatchewan, hasta un convaleciente que saliera del hospital, podría realizar la misión. Y sin embargo...

Steele volvió a leer una y otra vez las palabras escritas por el Inspector. «Pase lo que pase», decía. A su pesar, Felipe sintió que iba emocionándose un poco. Desde aquella agitada hora en que vio cómo Buck Nome desertó del servicio, no había experimentado una emoción semejante. Debido a la

sobreexcitación mental, hízose nuevamente una pregunta que poco antes le hubiera parecido señal evidente de locura. ¿Era posible que en todo el país del Norte pudiera haber otra mujer tan bella como la esposa del coronel Becker, una mujer tan hermosa que por ella perdiera la cabeza hasta el inspector Mac Gregor, lo mismo que la señora de Becker había hecho que la perdiesen Buck Nome... y él mismo? ¿Acaso era posible que entre aquellas dos mujeres — entre esta mujer del hombre criminal y la señora Becker— hubiese algún lazo..., alguna conexión?...

Con una exclamación de disgusto interrumpió el curso que sus pensamientos habían tomado. Lo absurdo de la pregunta que se dirigiera a sí mismo le hizo sonrojarse. Mas no pudo anular las emociones que sus pensamientos habían causado. Estaba ya seguro de que algo había de suceder. La actitud del Inspector, sus palabras, su misteriosa nerviosidad, el extraño tono de su voz cuando se despidieron, todo le daba la seguridad de que debiera de haber algún fundamento para el consejo. Y sucediese lo que sucediera, la acción partiría de la mujer cuya añorada belleza había admirado en la fotografía. Felipe estaba también seguro de que si él corría algún peligro, Mac Gregor conocía la naturaleza de él, y también creía Felipe estar cierto de que algún motivo muy fuerte impedía al Inspector decir más de lo que había dicho. Steele empezaba a olfatear en la próxima aventura aquellos elementos de misterio, de agitación, y hasta de cosa novelesca, a los cuales le impelía el deseo atávico que era congénito en él. Y con el anhelo, nació en él otra sensación que le sorprendió y le inquietó. Pocos días antes había deseado vivamente alejarse del Norte, poner la mayor distancia posible entre el sitio donde había de estar él y Lac Bain. Y de pronto se vio agradablemente impresionado al pensar que su tarea le llevaría otra vez en dirección de donde estaba la mujer cuyo dulce rostro había llegado a formar parte indisoluble de su existencia. No la vería. Aun estando en Wekusko, se hallaría a muchos días de viaje de Lac Bain. Mas ella estaría más cerca de él, y fue esto lo que le aceleró el pulso.

Llegó a la estación con diez minutos de antelación a la hora de la salida del tren y aprovechó este espacio para mezclarse con la gente que estaba en el andén. Por lo poco que había comprendido de las palabras de Mac Gregor, suponía que cualquier acontecimiento anormal dependería enteramente de la aparición de la mujer, y, por lo tanto, trató de descubrirla entre los viajeros. En la estación no la vio. Y en cuanto al tren, lo recorrió dos veces sin poder descubrir un rostro de mujer que se pareciese ni siquiera vagamente al de la fotografía.

Ya era muy tarde cuando llegó, en el tren, a Etomani, donde se bifurcaba una línea de los ferrocarriles de la bahía de Hudson en una extensión de sesenta millas hacia el Norte. Al amanecer entró Felipe en el vagón del conductor del tren de obreros en el que había de atravesar las estepas hasta llegar a Le Pas. No había más pasajero que él.

—Delante de nosotros no hay ni siquiera un vagón de mano —le dijo el guardafreno en contestación a sus preguntas—. En cinco días, éste es el primer tren que sale para Le Pas.

Felipe pensó, pues, que el asunto iba a desenvolverse mansamente, a pesar de la intranquilidad del Inspector y a pesar de sus avisos. La mujer no podía haberle precedido. Dos días antes había estado en la oficina de Mac Gregor, y en las circunstancias prevalecientes era imposible que estuviese en Le Pas o en Wekusko, a no ser que hubiese viajado incansablemente en un trineo tirado por perros. Felipe, decepcionado, murmuró en voz baja, almorzó con el personal del tren, se fue a dormir y despertó cuando ya el tren atravesaba los nevados alrededores de Le Pas, avanzada de la civilización sobre el río Saskatchewan.

Antes de bajar, el guardafreno le entregó una carta.

—Llegó en el correo de Le Pas —explicó—. Yo aparté la carta en lugar de mandarla a la estafeta.

—Muchas gracias —contestó Felipe—. Una comunicación especial de la Comandancia. Pero ¿por qué diablos no me mandaron un propio en lugar de esta carta? El propio me hubiera podido ver antes de la salida del tren.

Rasgó el sobre, que era de los de oficio, y extrajo de él, una hoja pequeña de papel, doblada. No era el papel que utilizaban en la Comandancia; mas Felipe reconoció inmediatamente la letra garrapateada del Inspector, así como su firma.

Una de las pequeñas vanidades de Mac Gregor era la de sostener que no había nacido el hombre que supiese falsificar su firma.

Felipe quedó muy sorprendido al leer las pocas líneas que el papel contenía, y que decían:

Siga los dictados de su conciencia, sea lo que fuere lo que haga. Tanto Dios como el hombre le premiarán al final.

FÉLIX MAC GREGOR.

Y nada más. No había fecha alguna, ninguna explicación. Hasta el nombre de Steele había sido omitido de esta segunda orden. Felipe recogió del suelo el sobre y examinó el sello. Éste había sido inutilizado a las cuatro cuarenta.

¡Y fue después de las cinco, una hora más tarde, cuando recibiera las instrucciones oficiales de Mac Gregor! El Inspector debió de escribir la nota antes de celebrar con él la entrevista, antes de dar el repetido aviso: «Pase lo que pase, traiga el preso». Con todo, era evidente que la segunda nota que acababa de recibir había servido como última instrucción, ya que le fue mandada de modo que la recibiera a aquella hora. ¿Qué podía significar? La pregunta zumbó en el cerebro de Felipe, repitiéndose diez, veinte, cincuenta veces, mientras éste avanzaba en la creciente obscuridad de la noche semipolar, hacia el rústico hotel de Le Pas. Steele estaba convencido de que había algún motivo oculto en el proceder del Inspector. ¿Cómo lo había de interpretar? A unos cien metros de las brillantes luces del pequeño hotel de Saskatchewan, se detuvo de pronto y rió entre dientes, mientras llenaba su pipa. Súbitamente había desentrañado la significación de por qué Mac Gregor le había elegido a él, en lugar de cualquier otro individuo del servicio, para llevar al preso de Wekusko a Prince Albert. Era porque Mac Gregor sabía que él había hecho estudios universitarios y era hombre de mundo, y razonaría para llegar a descifrar el enigma, mientras el sargento Moody o cualquier otro de su tipo regresaría a Prince Albert para pedir explicaciones. Y el inspector Mac Gregor, que ya llevaba veinte años de servicio y era reconocido como el más hábil policía que había entre las dos costas, no quería dar explicaciones. Un estremecimiento de nueva emoción recorrió su cuerpo, cuando iba comprendiendo vagamente el enorme riesgo que corría el Inspector en el asunto. La publicidad de la nota que él, Felipe, poseía, significaría la deshonra y el retiro forzoso hasta para un hombre de la categoría de Félix Mac Gregor.

Se aseguró de que la carta estaba en el bolsillo y continuó su camino. Las luces de la colonia ya estaban todas encendidas. Desde el borde del río helado llegaron las notas de un acordeón desafinado que alguien tocaba en un café chino, y el aullido de un perro al que debió de pegarle alguien o llevaba la peor parte en una lucha. En el sitio donde una mayor cantidad de luces de la única calle se reflejaban rojas sobre el negro fondo del bosque, cantaba un mestizo borracho, medio en cree, medio en francés, el coro del canto del caribú. Allí también oyó Felipe el ruido distante del chasquido de un látigo, el consecuente aullido de los perros, y un instante más tarde pasó tan cerca de él un trineo tirado por seis canes, que se vio obligado a apartarse de un salto. ¡Aquello era cosa de Le Pas..., de la región selvática! Un poco más allá del lugar extendíase, blanca y silenciosa, la estepa desolada, llena de misterios, con la que Felipe tanto se encariñara; un mundo de densas nieves, de hombres silenciosos, avezados a la lucha por la vida. Nunca latió el corazón de Felipe

Steele tan libre y alegremente como en aquellos momentos en que su fortuna, sus amigos y sus clubs estaban a mil millas de distancia y él se hallaba en el mismo borde del inmenso mundo desconocido del Norte.

Habiendo pasado durmiendo la hora de la comida del personal del tren, Felipe sentía el hambre de un lobo, y no perdió un momento para acomodarse en un rincón abrigado del comedor de techo bajo del hotel. Aunque había llegado con quince minutos de antelación a la hora de la comida, apenas hubo tomado asiento en su mesa, entró otra persona. Casualmente levantó la vista de las dos cartas que había puesto en la mesa. La persona que acababa de entrar era una mujer. Ésta, al verle, se había vuelto con rapidez, y se sentó a la mesa próxima a la suya, pero dándole la espalda, de modo que Felipe apenas pudo verla de perfil.

Lo que vio le bastó para comprender que la mujer era joven y hermosa. Como tocado llevaba una gorra de piel de lince plateado, y debajo de ella, recogida coquetonamente sobre la nuca, se veía su cabellera bruna que lucía como bruñido a la luz de las lámparas; la arrollada trenza reverberaba con cálido espejeo a cada movimiento de la cabeza. Mas ni una vez se volvió tanto que Felipe pudiera ver algo más el encantador color de rosa de su mejilla y el bien formado mentón, el cual, de cuando en cuando, quedaba oculto en una bufanda de piel, de lince plateado también.

El joven comió casi de un modo mecánico, a pesar del hambre que tenía, porque seguía haciendo conjeturas acerca del misterioso problema con el que tenía que habérselas. Varias veces interrumpió sus reflexiones para echar una mirada a la joven que estaba sentada a la otra mesa. Una vez tuvo la impresión de que la joven le había estado mirando y que había vuelto la cabeza justamente a tiempo para que él no viera su rostro. Admiraba Felipe a las mujeres hermosas y constituía para él un gran atractivo una bella cabellera, por lo que miraba cada vez con más frecuencia la brillante abundancia de las trenzas de color cobre bruñido que tan cerca de él estaban. Casi había terminado de comer, cuando un movimiento en la otra mesa llamó su atención y, al mirar, se emocionó. La joven se había levantado. Le miraba de frente y cuando, durante un instante, se encontraron sus miradas y ella vacilaba como si estuviese a punto de dirigirle la palabra, él la reconoció.

Era la joven que había visto en la fotografía, de más edad, más hermosa, pero poseyendo siempre el mismo rostro, los mismos ojos oscuros que le miraron desde la cartulina en el despacho de Mac Gregor, ojos ahora llenos de indescriptible tristeza, en vez de la riente alegría de colegiala. Un momento más, y él hubiera correspondido a la vacilación de ella, al conmovedor

temblor de sus labios, mas antes de que pudiera abrir la boca, la muchacha se había vuelto y se marchó. Y cuando llegó a la puerta, en el momento de desaparecer, Felipe vio que le miraba de nuevo, con mirada suplicante, imploradora, como si ella conociera la misión de él y le enviara una oración silenciosa pidiendo merced.

Felipe se levantó de un salto. Echando atrás la silla, cogió su sombrero de la percha y se fue tras ella. Llegó a tiempo para verla atravesar la puerta baja y penetrar en la noche. Sin vacilación, había llegado a un propósito definitivo. Pensaba seguirla, alcanzarla, presentarse en debida forma y entonces tal vez le sería posible comprender por fin las órdenes desconcertantes del inspector Mac Gregor.

La muchacha bajaba con paso rápido por la única calle de Le Pas, cuando Felipe empezó a seguirla. De pronto dejó la calle y tomó un sendero excavado en la nieve, el cual iba hacia el río. Delante de ella no había sino las tinieblas de la noche, débilmente alumbradas por la luz de las estrellas y la lejana negrura del borde de la selva. Felipe se emocionó. ¡La dama había esperado que él la siguiera, y se dirigía a aquellos lugares desiertos con el exclusivo fin de que pudieran hablar sin ser observados!

No hizo ningún esfuerzo para alcanzarla. Sólo guardaba la misma distancia, silbando con indiferencia, pues sabía que ella, de un momento a otro, se detendría para esperarle. Delante de la joven surgió de la obscuridad un grupo de abetos pequeños y por entre sus sombras desapareció ella.

Una docena de pasos más y Felipe se adentró también en las densas tinieblas. Oyó pasitos rápidos frente a él, sobre la nieve. Luego oyó otro ruido: el de unos pasos, más próximos y acompañados de un temblor de ramas. Resonó una voz que no era de mujer y de súbito, sin que tuviera tiempo para sacar el revólver, dos cuerpos humanos cayeron sobre el de él, haciéndole rodar por la nieve. Unas manos poderosas le sujetaron los brazos en la espalda y otras le taparon la boca con una tela. Con una cuerda fortísima le fueron atadas las muñecas, luego los pies, y sólo entonces sus raptores dejaron de pesar sobre él.

Durante la breve lucha no se había oído una sola palabra. También ahora era completo el silencio y, con Felipe a cuestas, siguieron los pasos de la mujer. Escasamente cien pasos más allá de los abetos se percibía la negra sombra de una cabaña. A ella le trasladaron y le colocaron encima de algo que parecía una caja. Entonces encendieron una luz.

Por primera vez pudo el asombrado Felipe fijarse en sus raptores. Uno de ellos era un anciano, de gigantesca estatura, con larga barba gris y cabellera

de un color amarillo agrisado que le caía sobre los hombros. Su compañero apenas pasaba de ser un muchacho, mas en el cuerpo flexible reconoció Felipe, al observar sus movimientos, la fuerza de los que viven en los bosques. Algunas palabras dichas en voz baja revelaron a Felipe el hecho de que se trataba de padre e hijo. Ambos empezaron a transportar una caja de pino desde la habitación que estaba a espaldas de Felipe, y estando ocupados en ello, se abrió la puerta y entró un tercer personaje. Jamás había visto Felipe un rostro tan poco atractivo como el del tercera, en cuyos pequeños ojos negros pareció relucir un destello de triunfo cuando miró al prisionero. Era corto de estatura, muy ancho de hombros, Ojos, nariz y boca formaban una masa de carne hinchada. Al volverse hacia los otros dos que arrastraban la caja, chasqueó los dedos de un modo peculiar.

—¿Cómo estáis? —preguntó con respiración silbante como si padeciera asma—. ¡Bien! ¡Bien!

Después de pronunciar estas cuatro palabras, guardó silencio lo mismo que los otros.

Cuando la caja estuvo delante de la luz, una mirada de horror llenó los ojos de Felipe. ¡Aquello era un ataúd, rústico, pero un ataúd al fin! Sin proferir una palabra y, aparentemente, sin hacerse señal alguna, los tres rodearon a Steele, lo levantaron y lo metieron dentro de la caja. Con sorpresa notó Felipe que se hallaba echado sobre algo muelle, como si el interior de tan extraña prisión hubiese sido acolchado. Luego le desataron los brazos, que estaban sujetos a su espalda, para volvérselos a atar a ambos lados del cuerpo. Después fijaron otras cuerdas, anchas y fuertes, sobre sus miembros y sobre el cuerpo, de parte a parte de la caja, como si existiese el peligro de que pudiera salir volando de allí. Un momento más y Felipe se vio envuelto en las tinieblas. ¡Acababan de cerrar la tapa del ataúd! Oyó claramente unos rápidos martillazos, el penetrar de los clavos en la madera, y entonces, angustiado, comenzó a forcejear para librar sus manos y sus pies, mas todo fue en vano: no pudo ensanchar ni una pulgada sus ligaduras. Al poco se relajó la tensión de sus músculos y se dedicó a escuchar. Oyó un débil murmullo de voces apagadas y vio un destello de luz, luego otro y otro. Se dio cuenta de que la madera de los dos lados y de la cabecera estaba perforada por media docena de agujeros. Tal descubrimiento le dio una sensación de alivio. Cuando menos, no se trataba de asfixiarlo. Poco después advirtió que en la caja se estaba bastante cómodo, y que sus raptores no sólo le habían dado un colchón para descanso del cuerpo, sino que además habían puesto una almohada debajo de la cabeza.

Capítulo VII

La tragedia de la cabaña.

Pocos momentos después oyó Felipe un ruido de fuertes pisadas, el abrir y cerrar de una puerta, y durante algún tiempo, todo quedó en silencio. Steele se preguntó si Mac Gregor habría previsto este incidente y si éste podría formar parte de los hechos que, según había sospechado el Inspector, habrían de desarrollarse. La idea le acaloró, y con imponente rabia apretó los puños. Luego consideró los hechos con más calma. Sus raptores no le habían quitado las armas. La capa del uniforme estaba también en el ataúd, y además le deshebillaron el cinturón de cartuchos para que él estuviera más cómodo. ¿Qué significaba todo aquello? Steele se hizo la pregunta por centésima vez.

Sus reflexiones fueron interrumpidas por los pasos de los que regresaban. Abrióse la puerta de la cabaña, entraron algunas personas, y de nuevo oyó Felipe un cuchicheo de voces. Aguzó el oído y creyó percibir al principio la suave voz de una mujer, pero ésta, si estaba allí, no seguía hablando. Notó después que fuertes manos asían la caja y la arrastraban por el suelo. Luego la levantaron y, dando unos doce pasos, la colocaron encima de algo que había en la nieve. Aumentó su sorpresa cuando se dio cuenta de lo que pasaba.

La caja en la que estaba preso se hallaba sobre un trineo. A través de los agujeros que servían de respiraderos oyó como sujetaban la caja fuertemente al vehículo, oyó el inquieto movimiento de los perros, el bostezo de uno de ellos, el chasquido de rabia de unas mandíbulas... Luego notó que el trineo empezó a moverse lentamente; sobre él sonó el chasquido de un látigo, una voz fuerte que ordenaba a los perros avanzar al trote. Otra vez llegaron al oído

de Felipe las notas cansinas del acordeón. Haciendo un pequeño esfuerzo, vio que le era posible volver la cabeza de modo que pudiera mirar por uno de los agujeros laterales que se hallaba a la misma altura de sus ojos. Vio que el trineo había dejado la obscura senda para penetrar en la alumbrada calle de Le Pas, deteniéndose por fin ante una casa profusamente iluminada, de cuyo interior salieron voces roncas, risotadas y cantos de borrachos.

Uno de sus raptos penetró en la taberna, mientras los otros se sentaron sobre el ataúd y uno de éstos tapó con la pierna el agujero por el cual estaba Felipe mirando.

—¿Qué pasa, Fingy? —oyó preguntar a alguien.

—Vamos a Wekusko —contestó uno de los que estaban sentados en la caja, y al oír su ronca voz asmática, supo Felipe que quien habló era el último personaje que había entrado en la cabaña.

—Habrá muerto allí arriba, ¿verdad? —insistió la misma voz.

—No. Llevamos mapas y planos para Hogdes, el del campamento. ¿Verdad que debe tener mucha prisa cuando nos manda ir allí caminando de día y de noche? Oiga, dígame a... que se dé prisa en traer la botella, ¿quiere?

Y en lugar de decir el nombre, lo significó con un chasquido del látigo.

—¡Mapas y planos para Hogdes... Wekusko! —exclamó Felipe en voz baja.

Esperaba oír otras informaciones, pero la conversación había cesado y a poco el hombre llamado Fingy saltó de la caja e hizo sonar el látigo para que los perros se levantasen. El trineo continuó el viaje interrumpido.

¿De modo que sus raptos le llevaban a Wekusko? Más aún, a Hogdes, jefe de las construcciones, al que había intentado asesinar el preso que, según órdenes de Mac Gregor, había de llevar Felipe a Prince Albert. ¿Habría dicho Fingy la verdad? Y, si fuese así, ¿formaba aquello parte del misterioso complot previsto por el Inspector?

Durante más de media hora, mientras el trineo avanzaba invariablemente sobre la nieve blanda del sendero del Norte, Felipe se hizo éstas y muchas otras preguntas, cada vez más perplejo. Había llegado ya al convencimiento de que aquella hermosa joven le había llevado intencionadamente a la emboscada. Considerábase prisionero de ella. Mas si era así, ¿por qué lo facturaban como si fuese una mercancía, consignada a Hogdes, el acusador del marido de ella, el hombre que había exigido que cayera todo el peso de la ley sobre el agresor?

Cuanto más aumentaban las preguntas que Felipe se hacía, tanto más perplejo se quedaba. Las órdenes contradictorias, el singular comportamiento

de su jefe, la trágica súplica que viera en los ojos de la joven, la emboscada y, ahora, el inexplicable viaje a Wekusko, encerrado como estaba en un ataúd, todo contribuía a sumirlo en un mar de confusiones del que no lograba salir a pesar de los desesperados esfuerzos que hacía. Sin embargo, de dos cosas estaba cierto: una, que su situación era bastante cómoda; otra, que antes de dos horas llegarían a casa de Hogdes si efectivamente iban al campamento de Wekusko, como había oído decir. Y entonces, forzosamente habría de sobrevenir un nuevo acontecimiento.

Ya no pensaba Felipe que pudiera existir peligro para él en la situación en que se hallaba. Se había dicho que si no fuera así, sus raptores no le habrían dejado las armas. Y si ellos deseaban hacerle daño, ¿se hubiesen acaso tomado la molestia de acolchar la caja y colocar una almohada debajo de su cabeza para que la tela que le amordazaba no le causara tanta molestia? Parecióle a Felipe especialmente significativo el haber salido absolutamente ileso de la rápida lucha con sus raptores y el que después de su captura no le hubiesen dirigido amenazas ni intimidaciones. Así, pues, dio naturalmente en tener por cierto que su captura formaba parte del programa y su creencia se acentuaba por momentos. Una y otra vez pensó en las significativas palabras del Inspector: «Pase lo, que pase». Mac Gregor había pronunciado esta frase con singular énfasis, la había repetido más de una vez. ¿Acaso fue dicha para prevenirle de lo que sucedió, para ponerle en guardia y para tranquilizarle a la vez?

Y del cúmulo de pensamientos que le asaltaban, contradictorios unos, desconcertantes otros, no le fue posible apartar la asociación de ideas acerca de Buck y de la mujer a la que se confesaba con franqueza amar locamente. Si las circunstancias hubiesen sido un poco diferentes, si los incidentes no hubieran ocurrido tal como ocurrieron, Felipe habría sospechado que en el último acontecimiento estaba mezclado Buck Nome. Mas descartó la sospecha tan pronto como se le ocurrió. Lo que no pudo apartar de sí, y lo que se vigorizó más en él durante el transcurso de los minutos, fue la visión de las dos mujeres: de esta que luchaba para salvar a su marido, y de la otra, a la que amaba, y por la cual había luchado él. Con verdadero dolor comparó el cariño, la fe y el honor de esta mujer cuyo marido había cometido un crimen, con la indiscreción en que la señora de Becker incurriera aquella noche. En los ojos de ésta creyó haber visto la pureza de un ángel, y el pensar que al fin y al cabo había sido la mujer de un criminal la que demostraba su cariño, y no la señora de Becker, le traspasó con agudo dolor.

Luchó Felipe por librarse de la angustia de sus reflexiones y volvió la cabeza para mirar por el agujero de la caja. Vio que había salido la luna; de cuando en cuando percibía la blandura de la nieve; lo que, sin embargo, se hallaba casi siempre al alcance de su vista eran las negras sombras del bosque que atravesaba el trineo. Apenas habían transcurrido dos horas desde que salieron de Le Pas, cuando el vehículo volvió a detenerse; Felipe vio algunas luces diseminadas a corta distancia.

«Debemos de hallarnos en Wekusko —pensó Steele ¡Caramba!, ¿qué es eso?».

Al otro lado de la caja sonó una ruda voz.

—¿Es usted, Fingy? —preguntó—. ¿Qué diablos trae ahí?

—Sus mapas y sus planos, señor —contestó Fingy roncamente—. No me hubiera sido posible hacer el viaje mañana y pensé que lo mejor sería traerlos hoy mismo.

Felipe oyó el cerrar de una puerta y a poco el ruido de unos pasos que hicieron crujir la nieve muy cerca de él.

—¡Dios santo! —exclamó la misma voz—. ¿En dónde me los trae usted, Fingy?

—En un ataúd, señor. Sólo aquí los planos y los mapas están bien colocados, y, además, la caja de nada servía desde que trajeron a Mac Vee en ella, Tal vez más tarde pueda usted hallar aplicación para el ataúd —y rió entre dientes—. ¡Oh! ¡Quién sabe!

Un momento después levantaron la caja y Felipe notó que lo introducían por una puerta después de subir un escalón, y de pronto, con una rapidez que le sorprendió, se encontró que habían puesto la caja, y con ella a él, de pie.

—Así no, hombre —protestó Hogdes, pues Felipe creyó estar seguro de que era el ingeniero en jefe quién hablaba—. Echen la caja allí, en aquel rincón.

—De ninguna manera replicó Fingy haciendo sonar fuertemente los nudillos Comprenda usted, señor Hogdes: no es que yo sea cobarde, pero de todos modos creo que debemos ser respetuosos con los muertos y con una caja en la que hubo uno. La etiqueta roja dice: «Cabeza. Esta parte hacia arriba», y, ¡Dios me ayude!, así ha de quedar, a no ser que la tumbe usted mismo. No quiero que se me aparezcan fantasmas de noche —y se acercó a la caja—. Voy a quitar esta etiqueta roja, señor Hogdes. No es natural que quede aquí cuando en el ataúd no hay más que mapas y planos.

Si no hubiese sido por la mordaza, es posible que Felipe no hubiera podido evitar que se oyese la exclamación de sorpresa que articuló cuando vio

lo que sucedió. Arrancaron la etiqueta y un rayo de luz penetró en sus ojos. Advirtió que a través de una estrecha abertura de unas seis pulgadas de largo y sólo un cuarto de pulgada de ancho, podía contemplar la habitación. El gigante de barba gris que le asaltara en la emboscada estaba cerca de la puerta, a punto de salir. Muy cerca de él estaba Fingy. Y a su lado también, como si tuviera prisa de que los dos saliesen, Hogdes, el ingeniero en jefe.

Tan pronto como los dos hombres hubieron salido, Hogdes se dirigió a la mesa que estaba en el centro de la oficina. No le fue difícil a Felipe advertir que el rostro del ingeniero estaba rojo y que parecía muy agitado. Se sentó, tocó nerviosamente unos papeles, volvió a levantarse con rapidez, consultó su reloj y empezó a pasearse por la habitación.

—¡Al fin viene! —exclamó con alegría ¡Al fin viene ella!

Y volvió a consultar el reloj, y delante de un espejo se arregló la corbata, y se frotó las manos riendo en voz baja.

—La hermosa pequeña se rinde —continuó, y por, Mi momento miró en dirección del ataúd—. Y ya pasó la hora..., ya pasó.

En aquel momento sonó un golpe en la puerta y el ingeniero se levantó presuroso para abrirla. Por ella entró una persona y durante un breve instante un rostro bello y blanco se volvió hacia Felipe: el rostro de la joven que viera algunas horas antes en Le Pas, el rostro en cuyos ojos había visto una mirada suplicante y los cuales le habían sonreído desde una fotografía. Aquellas facciones parecían ahora duras, horrorizadas, mientras que de los gloriosos ojos, ardientes como carbones encendidos, partió una mirada que al parecer buscaba a Felipe a través de la estrecha abertura del ataúd.

Hogdes había avanzado, con los brazos abiertos, y la mujer se volvió hacia él, con un sollozo en los labios. Un paso más, y el hombre la hubiese abrazado, pero ella le esquivó con rápido movimiento, y señaló una silla que había al lado de la mesa.

—¡Siéntese! —exclamó suavemente—. ¡Siéntese y... escuche!

¿Era fantasía o, en efecto, miraban sus ojos nuevamente hacia la caja en silenciosa oración? El corazón de Felipe latió fuertemente. Había adivinado que aquella orden de escuchar estaba destinada para él.

—¡Siéntese! —repitió ella, al ver que Hogdes vacilaba Siéntese allí y yo me sentaré aquí. Antes... antes de... eso... quiero que lleguemos a una inteligencia. Usted me dejará hablar y me escuchará.

Otra vez sonó la palabra «escuchar»; ya no le cabía duda a Felipe: era él quien debía escuchar. El ingeniero se había dejado caer en la silla y la mujer se sentó frente a él, en el otro lado de la mesa, cara a Felipe. Echó atrás la

capa de pieles que cubría sus hombros y se quitó también la gorra de piel, de tal modo que la luz de la gran lámpara colgada del techo caía de lleno sobre su maravillosa cabellera, contrastando más vivamente con la palidez de sus mejillas, en las que Felipe viera pocas horas antes los vivos colores de la vida y algo que no era miedo.

—Hemos de llegar a una inteligencia —repitió ella fijando sus ojos con firmeza en el hombre que tenía delante—. Yo sacrificaría mi vida por él..., por mi marido..., y usted me pide algo que es más que la vida. ¡He de estar segura de la compensación!

Hogdes se inclinó ávidamente, como si fuera a hablar, mas la mujer le interrumpió.

—¡Escúcheme! —gritó, y en la blancura de sus mejillas empezó a dibujarse un punto rojo—. Fue usted quien instó a mi marido a que viniésemos aquí cuando por una desgracia perdimos nuestra casa de Marion, Le ofreció usted trabajo y él, creyéndole su amigo, aceptó. Aún siguió pensando que era usted su amigo cuando yo sabía que era un traidor que no tenía más empeño que el de malograr la vida de él y la mía. Él no quiso escucharme cuando le hablé, sin despertar sus sospechas, de mi aversión contra usted. Confiaba en usted. Estaba dispuesto a luchar por usted. Y usted... usted...

En su agitación, la joven se agarró al borde de la mesa; durante breves instantes pareció que se ahogaba, mas, a poco, continuó con voz temblorosa de pasión:

—Y usted... me seguía como una víbora, atormentándome despiadadamente, porque él tenía confianza en usted y yo no me atrevía a decírselo. De aquí que callara hasta aquella noche en que vino usted a nuestra cabaña mientras él estaba ausente, y se atrevió a abrazarme, a besarme. Entonces se lo dije a él, y le persiguió y le hubiese matado si los demás, que estaban cerca, no lo hubieran impedido.

Se detuvo. De su garganta brotó un sollozo. Con rápido movimiento saltó Hogdes de la silla y se acercó a ella, la cara encendida, los labios sonrientes, pero, más rápida que él, la esposa de Thorpe se puso también de pie, y desde su prisión vio Felipe el fuego amenazador de aquellos hermosos ojos al encararse con el ingeniero.

—¡Ah! ¡Qué bella eres! —exclamó éste.

Y con un grito en el que se mezclaban toda la pasión y toda la alegría del triunfo, la cogió Hogdes en sus brazos. Felipe, al ver la acción, sintió como si una ola de fuego invadiera su cuerpo. Vio cómo la joven palideció en la

agonía del terror, vio cómo luchaba para librarse, oyó el grito apagado que brotó de sus labios. Y por primera vez, Felipe hizo un esfuerzo supremo para romper su prisión, para hacer que sus gritos atravesasen la gruesa mordaza de su boca. La caja se movió un poco. En uno de sus últimos desesperados esfuerzos, casi la hizo caer. Impotente, bañado en sudor, cesó de luchar y miró nuevamente por la estrecha abertura. Forcejeando con Hogdes, se había soltado la cabellera de la mujer, y el cabello caía en brillante cascada sobre su espalda. Sus manos apretaban la garganta de Hogdes. De pronto deslizó una mano hacia el pecho y con aquel movimiento coincidió una terrible y sorda detonación. Con un quejido, el ingeniero se echó atrás tambaleándose, y cayó pesadamente al suelo.

Durante un momento, estupefacta por lo que había hecho, la esposa de Thorpe contempló el cuerpo sin vida que yacía a sus pies. Luego, lentamente, como quién se halla ante un terrible acusador, se volvió hacia el ataúd. El arma homicida había caído de su mano al suelo. Sin que se notara en su hermoso rostro el más ligero temblor, se dirigió a un rincón de la oficina, recogió de allí un hacha pequeña y con ella empezó a abrir, usándola como palanca, la tapa de la prisión de Felipe. Su rostro seguía tan impasible, sin que un temblor o el gesto de la vacilación lo turbara, sin que sus manos temblasen, cuando la tapa cedió y apareció Felipe con el rostro tan blanco como el de ella, bañado en sudor por la emoción y el horror. Con calma le quitó la mordaza de la boca, le soltó las ligaduras de las piernas, de los brazos y del cuerpo, y luego se echó atrás sin pronunciar una palabra, con las manos cruzadas sobre el pecho y esperando a que Felipe saliera del ataúd.

El primer movimiento de éste fue arrodillarse al lado de Hogdes. Incluyó la cabeza y escuchó; luego puso una mano sobre el corazón del, ingeniero. Después alzó la vista. La mujer estaba inclinada sobre él y los ojos de uno y otra se encontraron.

—Está muerto dijo Felipe suavemente.

—Sí, hermano mío, está muerto.

El suave y dulce tono de la voz de ella apenas pasó de un murmullo. La significación de sus palabras llegó a Felipe hasta lo más profundo de su alma.

Su voz y la suavidad de su mano le hicieron recordar otro momento trágico en aquella cabaña lejana del Norte, cuando estuvo a punto de matar a un hombre por motivos menos importantes que los que habían ocasionado aquella terrible escena. Parecía, momentáneamente, como si la voz que tan cerca de él hablaba, viniera suplicante y débil de aquella otra mujer de Lac Bain, la que con su proceder casi causara una tragedia similar. Él hubiese

perdonado al coronel Becker si éste hubiera matado a Buck Nome, en defensa de su honra y la de su esposa. Y ahora se hallaba delante de una mujer que había luchado y había matado por su propia honra y para salvar a su marido. Hubiera querido que la señora de Becker, la mujer a la que él amaba, defendiese su honra como esa mujer defendió la suya. ¿No la hubiese amado diez veces, cien veces más de haber obrado así?

Lentamente se levantó, esforzándose por acallar la voz que proclamaba la justicia de lo que había visto, por no ver la gloria del amor, de la feminidad, del triunfo que brillaba en los ojos de ella.

—Ahora lo comprendo todo —dijo—. Usted me hizo traer aquí... de este modo... para que yo oyera lo que se habló aquí y pudiera servir de testimonio. Pero...

—¡Oh! ¡Dios mío! ¡No creí que sucediera esto! —exclamó ella, como si supiese lo que iba a decir Felipe—. Yo creí que si revelaba su vileza delante de usted y luego se daba cuenta de que el mundo conocería por usted cómo había tratado de destruir un hogar y que había ofrecido la libertad de mi marido a cambio de..., mas usted lo vio, usted lo oyó, es forzoso que lo haya comprendido todo. Él no se hubiera atrevido a continuar la causa después de saber que todo lo que sucedió aquí lo sabría la gente. Mi marido hubiera sido puesto en libertad. Mas... ahora...

—Le ha matado usted —dijo Felipe.

Su voz no mostraba simpatía. Revelaba la fría y desapasionada acusación del representante de la ley, y la mujer se cubrió el rostro con las manos. Felipe se puso la capa de uniforme, ajustó el cinturón y tocó suavemente el brazo de la joven.

—¿Sabe usted dónde está confinado su marido? —preguntó La llevaré allí y puede usted permanecer; a su lado esta noche....

—Sí —contestó, animándose súbitamente—. ¡Venga!

Atravesaron la puerta, que cerraron cuidadosamente, y la mujer llevó a Felipe a un edificio oscuro, sin ventanas, que se hallaba a unos cien metros de las oficinas del ingeniero muerto.

—Ésta es la prisión del campamento murmuró ella.

En la puerta había un hombre envuelto en un gran abrigo hecho de piel de oso, montando la guardia. Éste reconoció a la luz de la luna el uniforme de Felipe.

—He aquí las órdenes del Inspector —dijo Steele entregándole la carta de Mac Gregor—. Yo me he de encargar del preso. La señora de Thorpe pasará la noche con él.

Un momento más tarde se abrió la puerta y la mujer entró. Cuando Felipe se dispuso a marchar, oyó un grito ahogado y la voz de sorpresa de un hombre. Luego la puerta giró con un chirrido en sus goznes, y se hizo el silencio.

Cinco minutos después, hallábase Felipe nuevamente inclinado sobre el muerto. Habíase operado en Steele una transformación sorprendente. Tenía el rostro encendido y mostraba los dientes con un rictus de odio despreciativo cuando cubrió el cadáver con una manta. En la pared había un traje de mecánico y un pesado abrigo de obrero. Estas prendas y el sombrero de Hogdes ocuparon pronto el lugar del uniforme de Felipe, y así disfrazado, salió nuevamente.

Se acercó a la prisión por la parte posterior. El centinela estaba paseándose arriba y abajo, y tanto le tapaba el cuello subido las orejas, que no percibió los pasos cautelosos de Felipe.

Cuando dio la vuelta, se halló con la boca del revólver de Steele a poca distancia del rostro.

—¡Manos arriba! —ordenó Felipe.

Asombrado, el hombre obedeció sin hablar.

—Si te mueves o das el más pequeño grito, te mato —dijo Felipe en tono amenazador—. ¡Pon las manos atrás! ¡Así!

Con la rapidez y la habilidad adquiridas bajo las órdenes del sargento Moody, esposó las muñecas del centinela empleando una de las cuerdas del ataúd, y con la misma tela que usaron para él amordazó a su hombre, Felipe había advertido que su prisionero guardaba la llave de la celda en uno de los bolsillos del abrigo, y, después de quitársela, le obligó a sentarse en un rincón donde reinaban profundas sombras, le ató también los tobillos convenientemente y se fue a abrir la celda.

Había luz en ella, y desde el interior los blancos rostros del hombre y de la mujer le miraban sorprendidos. El hombre estaba recostado en su camilla, y Felipe vio que la mujer se había levantado de súbito, porque uno de sus brazos aún rodeaba los hombros de él, y la mano descansaba en su mejilla, como si hubiese estado acariciándolo, cuando Felipe los interrumpió. Los hermosos ojos de ella le miraban sorprendidos y retadores.

Felipe avanzó hacia la luz, se quitó el sombrero y sonrió.

Con un grito, se puso la esposa de Thorpe en pie.

—¡Pst! —avisó Felipe levantando una mano y señalando hacia la puerta.

Thorpe se levantó también, y sin decir una palabra se acercó a Felipe, que le brindaba la mano. No comprendiendo más que a medias, el preso alargó la

suya. Y mientras, durante un breve instante, los dos hombres estuvieron así, el uno sonriendo y el otro transido de estupor, se oyó detrás un sollozo ahogado. Felipe se volvió. A la luz de la lámpara, con los brazos abiertos hacia los dos, estaba la esposa, y nunca —ni siquiera en Lac Bain— había visto una mujer más hermosa que la esposa de Thorpe en aquel momento.

Como si nada hubiese pasado, se dirigió a la mesa donde había pluma, tinta y una carpeta.

—Tal vez su esposa no le ha contado aún todo lo que ha pasado esta noche, Thorpe —dijo—. Si es así, pronto se lo dirá. Y ahora, escúcheme.

Felipe había sacado una pequeña libreta de un bolsillo interior y estaba escribiendo.

—Mi nombre es Steele, Felipe Steele, de la Real Montada. Allá abajo, en Chicago, vive mi padre, Felipe Egbert Steele, un banquero que tiene media docena de millones poco más o menos. Van ustedes a ir allí con toda la rapidez posible, en trineo primero y luego en tren, y entregará usted esta carta a mi padre: le digo en ella que se llama usted Johnson y que le ponga en condiciones de ganarse la vida. De modo que en breve va a estar muy bien, usted y la más noble de las mujeres que he visto. ¿Me comprende, Thorpe?

Y levantó la vista del papel. La esposa de Thorpe estaba al lado de su marido, quien la tenía abrazada, y ella miraba a Felipe. Tal como los vio, la pareja le recordó el final de un drama que un año antes había visto en el teatro.

—Necesito que me haga usted un favor, Thorpe —continuó—. En mi casa soy un hombre rico. Aquí no soy más que Steele, de la Real Montada. Se lo digo para que no crea que me arruino si le obligo a tomar esto. He aquí dinero en billetes y un cheque de mil dólares. Algún día, si usted lo desea, puede devolvérmelo. Y ahora dese prisa para ponerse la ropa. Supongo que sus amigos deben de andar por aquí cerca... con el trineo en que me trajeron a mí desde Le Pas. Mañana, desde luego, me veré obligado a perseguirles. Mas si se dan prisa, no creo que pueda alcanzarles.

Se levantó y se puso el sombrero, dejando la carta, el dinero y el cheque sobre la mesa. La mujer se acercó vacilante; el hombre la siguió aturdido, estupefacto. Vio que otra vez la mujer elevó los brazos hacia él, dirigiéndole una mirada que jamás olvidaría.

Rápidamente abrió la puerta y se marchó.

Capítulo VIII

Otra carta para Felipe.

Desde un oscuro rincón, junto al carcelero maniatado, vio Felipe un momento más tarde como salían Thorpe y su mujer de la celda, desapareciendo rápidamente en la noche. Luego se dirigió al guardián, lo arrastró a la celda, cerró la puerta, dejando la llave en la cerradura, y regresó a la oficina de Hogdes para volverse a poner el uniforme.

Sólo cuando estuvo contemplando de nuevo el cadáver empezó a ver claramente la enormidad de su propio delito, mas ni se asustó, ni se arrepintió de lo que había hecho. Apagó la luz, se sentó, llenó tranquilamente su pipa y comenzó a recordar, uno a uno, todos los hechos. Se dijo que, al menos, había ejecutado el mandato del inspector Mac Gregor, obrando de acuerdo con la conciencia. Hogdes había recibido su merecido, y él había salvado a un hombre y a una mujer.

Mas, a pesar de alegar el mandato, Felipe se daba cuenta de que Mac Gregor no había previsto que pudiera suceder una tragedia como aquella, y también de que él, a los ojos de la ley, era culpable por haber ayudado activamente a que pudiesen huir dos personas, las cuales, de ser habidas, no podrían escapar al castigo. Sin embargo, Felipe estaba seguro de que no los cogerían. De eso se había cuidado él. Nadie en Wekusko sabría explicarse lo que había pasado. Steele creía positivamente que el carcelero no le había reconocido y que pensaría, por el contrario, que los amigos de Thorpe ayudaron a éste en su evasión. En cuanto a Mac Gregor...

Felipe se rió entre dientes cuando pensó en la prueba condenatoria que poseía, el extraño mandato, el cual significaría la dimisión del Inspector y acaso un castigo mayor todavía, si lo divulgara. No importaría, pites, que contara a Mac Gregor algo de lo que había pasado en aquella habitación.

La presencia de la muerte en la estancia donde Felipe se hallaba le sugirió el recuerdo del cráneo de *m'sieur* Janette, de Buck Nome y de la hermosa mujer de Lac Bain. Si la señora de Becker pudiera saber lo que había pasado, y también si Buck Nome, quien a la sazón debía de estar en algún paraje selvático del Norte, pudiera ver a Hogdes muerto en el suelo de la oficina, ¡qué enseñanza para los dos! Para la una significaría aún un castigo más grande, y para el otro un aviso. Y, sin embargo, al recordar el flirt de la esposa del Coronel con Buck Nome, acudió nuevamente a su imaginación aquella visión de su rostro lleno de la maravillosa dulzura, la pureza y el amor que tanto le emocionara en la escena que se desarrolló junto a la hoguera del campamento. En tales momentos, Felipe no lograba convencerse de que ella hubiese olvidado su dignidad de esposa ni por una hora. ¿Era posible que él se hubiese equivocado? ¿Acaso la, había observado entonces con la turbia lente de los celos, nacidos de su amor por ella? Si ella le hubiese sonreído a él en lugar de sonreír a Buck Nome, si sus mejillas se hubiesen ruborizado por las palabras de él, ¿se le hubiese ocurrido pensar que ella hacía un mal? Como si fuese una contestación a sus preguntas, surgió de pronto la visión del rostro pálido, amargado, del Coronel, el esposo de ella, y Felipe se echó a reír con desdén.

Durante muchas horas permaneció Felipe en la oficina de Hogdes, y al despuntar el alba se marchó cautelosamente al bosque. Un poco más tarde volvió a aparecer en Wekusko, afirmando allí que había pasado la noche en Le Pas. Las gentes tardaron todavía una hora en descubrir que Hogdes había muerto, que el carcelero estaba prisionero y que Thorpe y su mujer habían huido. Felipe tomó en seguida cartas en el asunto y dio una muestra de su ciencia policíaca declarando que Thorpe debió de huir sin duda alguna hacia el Norte, y a primera hora de la tarde empezó la persecución.

Recorridas unas doce millas hacia el norte de Wekusko, se dirigió en ángulo recto hacia el Oeste, viajó en aquella dirección hasta avanzar quince millas, y luego se encaminó directamente hacia el Sur. Tres días más tarde apareció en Le Pas y allí se enteró de que nadie había visto a Thorpe ni a su esposa, y que nada sabían de ellos. Dos días después entró Felipe en la oficina de Mac Gregor. El Inspector casi se levantó de un salto para saludarle.

—¿Verdad que los ha cogido, Steele? —exclamó Los cogió usted después del ase... después de la muerte de Hogdes.

Felipe, por toda contestación, le alargó un trozo de papel arrugado.

—Éstas fueron sus últimas instrucciones, señor —respondió suavemente—. Las seguí al pie de la letra.

Mac Gregor leyó el papel y se tomó intensamente pálido.

—¡Dios mío! —exclamó, y se dirigió tambaleándose, más que andando, a su silla y escondió el rostro entre las manos y sus hombros temblaron como los de un muchacho que sollozara. Pasó mucho tiempo hasta que volvió a levantar la cabeza y durante aquel espacio, Felipe, inclinándose sobre la mesa, le contó todo lo que había pasado en la habitación de Wekusko. Mas no dijo que había sido él quien cogió al carcelero por sorpresa y libró a Thorpe y a su esposa.

Por fin miró Mac Gregor a Steele.

—Felipe dijo, tomando la mano del joven entre las suyas desde que era una nena, y yo un hombre de diecinueve años, la amo. Ella es la única mujer a la que he querido. ¿Comprende ahora? Tengo casi edad para ser su padre, y hube de resignarme a perderla. Mas el otro día, cuando vino a verme, casi flaqueé. Por eso le elegí a usted, le avisé...

Se detuvo y de su pecho brotó un sollozo.

—Y por último flaqueó usted —dijo Felipe.

El Inspector miró a Felipe durante un rato en silencio. Después dijo:

—Hace diez años, cuando ella cumplió los diecisiete, le hice un regalo, un álbum de autógrafos, encuadernado en plata. En la primera página del libro escribí las palabras que salvaron al marido de ella... y a ella. ¿Comprende ahora, Felipe? Era su última carta y la jugó bien. —Y sonrió débilmente, exclamando en voz muy baja, Cómo hablando consigo mismo:

—¡Dios la bendiga! Felipe contempló aquella cabeza leonada que de nuevo se había apoyado sobre un brazo, y colocó las manos sobre los hombros del Inspector.

—¡Dios la bendiga! —dijo suavemente Felipe—. Félix Mac Gregor, no es sólo usted el que sufre por un amor perdido, Me preguntó usted si yo estaba a prueba de belleza. Sí, lo estoy. Y por algo semejante a lo suyo, por un rostro que no puedo olvidar, por una mujer que no puede ser mía, por un amor que es eterno y no puede revelarse jamás; por eso no influye en mí la belleza de otras. ¡Dios bendiga a esta mujer valiente, Mac Gregor, y... ni usted ni yo preguntaremos nunca adónde ha ido!

Mac Gregor alargó la mano y estrechó la de Felipe en silencio. En aquel apretón de manos se sellaba un pacto y Felipe regresó a su cuarto para escribir una carta, poniendo al cuidado de su padre al hombre y a la mujer a quienes había ayudado a escapar hacia el Sur. Pasó Felipe la mayor parte del día escribiendo. Muy avanzada ya la tarde, entró Moody con el correo.

—Hay una carta para ti, Felipe —dijo, tirando la carta sobre la mesa de éste—. Parece como si hubiera pasado por un campo de batalla.

Felipe recogió la carta mientras el sargento se marchaba. Dejó caer la pluma, silbando suavemente. Vio en seguida que aquella carta debió de haber hecho un recorrido inusitado. El sobre estaba sucio y arrugado y un poco roto en las puntas. En el dorso leyó, escrito con tinta, «Lac Bain». Tembláronle los dedos al rasgar el sobre. Leyó con rapidez. De sus labios brotó un grito, su rostro se tornó tan blanco como el papel arrugado, y de pronto una oleada de sangre le subió a la cara substituyendo la palidez. Antes de que pudiera concluir la lectura, se le encarnizaron los ojos y su corazón comenzó a latir con tal fuerza que creía ahogarse.

Decía la carta:

Mi querido Felipe:

Recibimos hoy su carta y la calavera. Doy gracias a Dios porque la casualidad me llevara a tiempo a la habitación de Isabel, pues no sé lo que hubiera podido pasar. Fue un castigo terrible, mi querido Steele, para ella... y para mí. Pero yo lo merecí más que ella. Aquella misma noche, poco después que Isabel se marchara de la mesa, insistió en que se lo explicara todo. Cuando regresé al comedor, se habían ustedes marchado. Esperé y luego me fui a su cabaña. Usted sabe por qué no le encontré. Steele, Isabel no es mi esposa. Es mi hija.

Mi mujer había proyectado venir conmigo a Lac Bain desde Fort Churchill y así se lo escribimos al factor. Mas luego cambiamos de parecer. Mi esposa regresó en el mismo barco a Londres, y, en su lugar, me acompañó Isabel. En broma me pidió que durante las primeras horas le permitiera pasar por..., bien, usted me comprende. La broma fue llevada demasiado lejos. Cuando ella le conoció a usted (y a Buck Nome), dejó de ser una broma, y casi se convirtió en tragedia. Durante aquellos breves minutos en que estuvieron ante el fuego, Isabel utilizó el engaño como una prueba. Antes que usted entrara en el salón, ella se acercó a mí y me murmuró al oído diciendo que Nome era un canalla y que pensaba castigarlo antes de la noche. Durante ésta supo que había conocido en Nome al más despreciable de los canallas, y a uno de los hombres más

nobles: usted. Y no lo advirtió todo hasta que vio en el rostro de usted el efecto de lo que ella estaba haciendo.

Usted sabe lo que pasó. Ella se marchó de pronto de la mesa, llena de vergüenza y de miedo. Cuando regresé más tarde y le dije que no había podido hallarle, lloró desconsoladamente. Pasó toda la noche llorando en la cama. Le digo todo esto porque mi hija es para mí una de las dos cosas más preciosas que tengo en el mundo. Es la muchacha más dulce y más pura que pueda existir. No me es posible describirle a usted el efecto que en ella causó el cráneo y la carta. Perdónenos..., perdóneme. Algún día es posible que volvamos a encontrarnos.

SILVESTER BECKEL

Como si estuviera soñando, recogió Felipe el sobre rasgado. De él cayó algo sobre la mesa, un manojito de violetas que fueron prensadas y secadas entre las páginas de un libro, y cuando Felipe las acarició entre sus dedos, halló que sus tallos estaban atados con una hebra de cabello de oro.

Capítulo IX

Felipe sigue la pista.

La carta, las flores, el cabello de oro arrollado cual hebra resplandeciente y sedosa, parecieron transportar a Felipe Steele durante un momento del mundo que lo rodeaba al otro, el que se esbozaba vagamente en su memoria, debido al aturdimiento que le producía el contenido de aquella carta, la cual había llegado inesperadamente, como un rayo, para cambiar en un instante todo el curso de su vida. Al principio no hizo Felipe ningún esfuerzo por penetrar la significación especial de la carta, de las flores, del cabello de oro. Un solo pensamiento se destacó en su mente: la verdad, grande y predominante, que excluía todo lo demás, de saber que la mujer a la que amaba no era la esposa del coronel Becker, sino su hija. Estaba libre. Y para él podía haber, al fin, esperanza. De pronto adivinó lo que significaban aquellas flores. La carta la escribió el Coronel y las flores, con una hebra de su dorada cabellera, las había mandado Isabel. Era el mensaje que ésta le enviaba..., un mensaje mudo, que, sin embargo, tenía un sentido profundo que con palabras no hubiera podido expresar. Con el ímpetu de una ola, aparecieron de nuevo las visiones contra cuyo recuerdo tanto había luchado, y mentalmente vio otra vez la escena junto a la hoguera del campamento, en la cual ella se reveló, gloriosa en su belleza, como el ideal de lo que para él era la mujer.

Felipe se levantó y fue a cerrar la puerta con llave por temor a que alguien entrara. Deseaba estar solo, deseaba comprender plenamente lo que había sucedido, deseaba dominar sus emociones. Si Isabel Becker se hubiese

limitado a escribir un par de líneas disculpándose, como ya lo había hecho su padre, Felipe todavía se hubiera visto separado de ella por un mundo. Mas en lugar de escribir, le había mandado las dulces violetas atadas con una hebra de su dorado cabello.

Durante varios minutos estuvo paseándose arriba y abajo en la estrecha habitación que nunca fue para él tan parecida a una prisión como en aquel momento. Animábale un solo deseo: volver a Lac Bain para humillarse a los pies de la mujer amada, para pedirle perdón por el atroz insulto. Deseaba decirle que él, por ella, había arrojado a Buck Nome hacia el bandidaje, que había luchado por ella y que después huyó también... porque la amaba.

La voz de Moody, áspera como el ruido que produce una lima, le hizo volver a la realidad. Rápidamente escondió las cartas y las flores en el bolsillo, y abrió la puerta.

Moody entró.

—¿Para qué diablos te encierras? —preguntó escudriñando con sus agudos y pequeños ojos la cara febril de Felipe—. ¿Tienes miedo que entren y te roben, Felipe?

—Tengo dolor de cabeza dijo Felipe llevándose la mano a la frente Parece que me perfora una barrena el cerebro.

El sargento puso una mano en el brazo de Steele.

—Vete a dar un paseo, Felipe —dijo con voz más suave Te hará bien. He venido tan sólo para darte la noticia, Han descubierto una pista de Debar, cerca de Lac la Biche. Mas de eso podremos hablar luego. Ahora vete a dar un paseo.

—Gracias por el consejo —contestó Felipe—. Me parece que lo mejor será seguirlo.

Y se marchó en seguida y dejó atrás las barracas, tomando el camino trillado por los trineos que salían de la población. Entregado a sus pensamientos, caminaba cada vez más aprisa. Se dijo que regresaría a Lac Bain. Estaba decidido a ello. Nada podía retenerlo después de lo que había sabido aquella tarde. Si la carta y las violetas hubiesen venido del otro extremo de la tierra, ello no hubiera variado su decisión. Regresaría, pues, a Lac Bain; mas, ¿cómo? La pregunta le dejó perplejo. Todavía le faltaba cumplir trece meses de servicio. No le tocaba aún el licenciamiento. Para obtener con dinero la libertad, necesitaría malgastar cuando menos tres meses con los expedientes. Aquellos hechos se alzaban como barreras infranqueables en su camino. Se le ocurrió que podría confiarse a Mac Gregor y que éste podría buscar una oportunidad para que él volviese inmediatamente

al Norte. Mac Gregor tenía poder para hacerlo. Sin embargo, Felipe vacilaba antes de escoger aquel camino.

Súbitamente recordó las palabras del sargento Moody: «Han descubierto una pista de Debar, cerca de Lac la Biche». La idea que le sugirieron aquellas palabras hizo que detuviera en seguida sus pasos; rápidamente regresó a la población. Había oído hablar mucho de Debat, el criminal más listo de todo el país del Norte y al que ningún policía de la Real Montada, ni ninguna pareja de ella, había logrado dar caza. Y ahora se decía que este hombre estaba cerca de Lac la Biche, en la región de Churchill y Lac Bain. Si él pudiera obtener permiso de Mac Gregor para perseguir a Debar, sus propias dificultades quedarían zanjadas del modo más sencillo. La tarea le llevaría durante un tiempo indefinido hacia el Norte, lo que implicaba que le conduciría hacia Isabel Becker.

Al llegar a las barracas, penetró en seguida en su habitación y dirigió al Inspector una solicitud, la cual mandó con un recluta. Luego esperó.

Hasta la mañana siguiente no le trajo Moody el recado de que apareciese en la oficina de Mac Gregor. Cinco minutos más tarde, el Inspector le saludó alargándole cordialmente la mano, dándole un apretón que le hizo crujir los dedos, y cerró la puerta de la oficina. Había estado leyendo otra vez la solicitud de Felipe cuando éste entró.

—No sé qué decir a eso, Steele —empezó, sentándose a su mesa y señalando a Felipe una silla Para ser franco con usted, esta proposición es absolutamente opuesta a mi criterio.

—Dicho de otro modo, no tiene bastante confianza en mí —contestó Felipe.

—No, no quise decir eso. No hay ninguno en nuestro cuerpo en quién tendría tanta confianza como en usted. Mas si yo fuese jugador, me apostaría diez contra uno a que usted perdería si le mandase a prender a ése. Debar.

—Acepto la apuesta —declaró Felipe con atrevimiento.

—Si hubiera de seguir mi criterio, no mandaré un hombre solo, sino dos —continuó el Inspector—. No es que estime en menos el valor de los nuestros cuando afirmo que el amigo Debar, quien se nos ha escurrido durante años, vale lo menos dos de mis hombres. Yo mismo no quisiera ir detrás de él... yendo solo. Querría llevar conmigo a otro y que este otro fuese un hombre de valía, de mucha sangre fría y muy cauto, y que conociese todas las tretas del juego tan bien como yo. Y ahora... —se interrumpió con una risita—, y ahora viene usted y me pide permiso para perseguirle solo. ¡Pero hombre de Dios, si

eso es pensar en el suicidio como quien dice! Si yo tuviera que mandarle a usted y junto con usted a un hombre entero, como, por ejemplo, Moody...

—Estoy cansado de ir en pareja y prefiero no hacerlo, a no ser que me lo ordenen, señor Mac Gregor —interrumpió Felipe—. Ya me doy cuenta de que Debar será un hombre muy peligroso, mas creo que puedo prenderlo y traerlo aquí. ¿Quiere concederme la oportunidad?

Mac Gregor dejó el cigarro en el borde de la mesa y se inclinó sobre ella hacia Steele, cruzados los largos y blancos dedos de sus grandes manos. Siempre adoptaba aquella posición, dejando el cigarro consumirse a su lado, cuando estaba a punto de decir cosas cuyo recuerdo deseaba que se grabara indeleblemente en la memoria del que le escuchaba.

—Sí, voy a darle la oportunidad —dijo lentamente—, y también le daré permiso para que cambie de opinión cuando haya oído algo de lo que tengo que decirle de Debar, a quien conocemos por el nombre del Séptimo Hermano. Repito que si va usted solo, hay diez probabilidades contra una de que lo prenda. Desde el 99 son cuatro los de la Real Montada que lo han intentado y ninguno de los cuatro ha regresado. Forbes se fue detrás de él en el 99; Bannock siguió la pista suya en 1902; Flisham en 1904, y Gresham en 1907. Desde que desapareció Gresham, hemos perdido de vista a Debar, y sólo recientemente, como usted sabe, se ha vuelto a saber de él. Se halla actualmente en no sé qué punto de la región de las grandes estepas. Por información privada que he tenido, me inclino a creer que el factor de Fond du Lac podría llevarle a usted directamente al sitio donde está.

Mac Gregor separó sus manos para tomar un papel arrugado de un pequeño montón que había encima de su mesa.

—Debar es el último de una familia de siete hermanos —añadió—. Su padre murió en la horca.

—Buen comienzo exclamó Felipe.

—Ahí está el error —dijo rápidamente el Inspector—. Eso no fue un buen comienzo. En el suyo nos hallamos ante uno de esos casos especiales de criminalidad en los que se debe hacer responsable en alto grado a la misma ley. Como decía, el padre murió en la horca. Seis meses después se descubrió de un modo indudable que la ley había quitado la vida a un hombre inocente y que Debar fue a la horca por una combinación de pruebas falsificadas enteramente por un perjurio. La ley debió de vindicarse, mas no lo hizo. Dos de aquellos que se confabularon contra Debar fueron arrestados, juzgados... y absueltos, hecho que comprueba la afirmación de cierto personaje de que la mitad de las veces la ley no administra justicia. No hay necesidad de referir

aquí detalladamente los diferentes juicios que hubo y las demostraciones del sentimiento del pueblo. En el mes de diciembre de 1896, los siete hijos de Debar se tomaron la justicia por su mano. En una sola noche ahorcaron a los tres hombres que fueron culpables de que su padre muriera en la horca, y los siete huyeron al Norte.

—¡Muy bien! —exclamó Felipe.

Pronunció las palabras sin detenerse a reflexionar, y al darse cuenta de lo que acababa de decir, se sonrojó primero, luego se irguió y, sonriendo con franqueza, miró al Inspector para ver el efecto que causaba su indiscreción.

—Así lo pensaron muchos —dijo Mac Gregor fijando en Felipe una mirada de singular agudeza—. Especialmente las mujeres. Éste fue también el motivo de que al prender a tres de ellos, sólo se les condenara por homicidio en lugar de asesinato. Cumplieron su condena, se les rebajó ésta en dos años a cada uno por su buena conducta, y ahora están en algún lugar de América del Sur. El cuarto se suicidó cuando lo prendieron cerca de la factoría Moose y los otros tres se convirtieron realmente en criminales. Henry, el de más edad de los siete, fue más tarde ejecutado. Pablo, el sexto, regresó a su ciudad nativa siete años después de ser ahorcado su padre y fue capturado después de herir a dos oficiales que le perseguían. Ahora está en un manicomio.

El Inspector hizo una pausa ojeando otra nota.

—Y todo —dijo Felipe en voz baja debido a un crimen que la misma ley cometió. Cinco hombres ahorcados, un suicidio, tres en la cárcel y uno en un manicomio... por un error de la justicia.

—El rey no puede equivocarse —afirmó Mac Gregor con suave ironía ni la ley tampoco. Recuérdelo, Felipe, mientras permanezca en el servicio. La ley podrá destrozar hogares, arruinar estados, perseguir a inocentes..., pero no puede equivocarse. Es el Carro de los Dioses, ante el cual todos hemos de inclinar la cabeza, hasta usted y yo. Es el arma más grande de los listos y de los ricos.

—Y Guillermo Debar, el séptimo hijo... empezó Felipe.

—Es tremendamente listo, pero no es rico —terminó el Inspector—. Nos ha causado más tribulaciones que ningún otro hombre del Canadá, Es el más joven de los siete y ya sabe usted que hay curiosas supersticiones sobre los séptimos hermanos. Durante la primera persecución, después de que los siete se tomaron la justicia por su mano, mató a dos hombres con su fusil. Al querer salvar a un hermano, en la factoría Moose, mató a un tercero. Desde entonces han desaparecido Forbes, Gannock, Fleisham y Gresham, y los cuatro le persiguieron a él. Todos eran hombres enteros, muy fuertes, muy

duchos en cuestiones de las selvas y estepas y bravos como tigres. Sin embargo, todos fracasaron. Y no sólo eso, sino que además perdieron la vida, Si fue Debar quien los mató o si sólo los llevó a una muerte de la que sus manos no eran directamente responsables, nunca hemos podido saberlo. El hecho es que marcharon a prender a Debar y que murieron. No soy supersticioso, pero empiezo a creer que Debar es un contrincante demasiado fuerte para un hombre solo. ¿Qué dice usted? ¿Irá con Moody o...?

—Iré solo, con su permiso dijo Felipe.

Sin más preámbulos, la voz del Inspector adoptó el tono acostumbrado de mando.

—Prepárese, pues, a marchar en seguida —dijo—. El factor de Fond du Lac le indicará aproximadamente dónde está Debar. Las demás instrucciones que necesite se las mandaré por escrito hoy mismo.

Felipe dedujo de las palabras del Inspector que la entrevista había terminado, y se levantó.

Aquella noche añadió una nota a la carta que había escrito a los de su casa, en la cual decía que durante un tiempo muy largo no sabrían nada de él. En el tren de medianoche partió hacia Le Pas.

Capítulo X

La desaparición de Isabel.

Cuatrocientas millas en línea recta, quinientas sobre raquetas de nieve o en trineo, separaban a Felipe, no del escondite de Guillermo Debar, sino de Lac Bain, y allí se dirigió caminando velozmente a lo largo del afluente del lago Pelican y del borde norte de las estepas de Geikie, desde Wollaston al Oeste.

En un trineo tirado por seis perros, guiado por un mestizó, viajó desde Le Pas hasta Churchill; acompañado de dos indios crees, penetró caminando sobre raquetas de nieve en la región de Reindeer, y, dos semanas más tarde, compró un trineo y tres perros en un campamento indio en las márgenes de Waterfound. Al segundo día, en las estepas del Oeste, uno de los perros se hirió una pata en un trozo de hielo; al tercer día, los dos perros restantes empezaron a cojear, y Felipe y el guía acamparon junto al afluente principal del Gray Beaver, a sesenta millas de Lac Bain. Al día siguiente los perros no se hallaban aún en disposición de continuar la marcha, por lo que Felipe ordenó al indio que le siguiera más tarde, y emprendió solo la marcha.

Aquel día caminó casi treinta millas a través de una región en la que abundaban las colinas pobladas de bosques, y al caer de la tarde llegó a la pelada planicie que le separaba aún de los bosques de Lac Bain. Muy dura había sido la caminata de aquel día, mas Felipe no se sintió cansado. A las nueve salió la luna llena y el joven aprovechó la luz para prepararse la cena y descansar durante dos horas, al cabo de las cuales reanudó la marcha, decidido a recorrer, antes de acampar, todo el camino posible para poder

llegar a la factoría al día siguiente a mediodía. A medianoche hizo alto, abrió su pequeña tienda, encendió una hoguera y se acostó. Al alba estaba nuevamente de pie, y a las dos de la tarde entró en el claro que había delante de Lac Bain. Al dirigir sus pasos hacia la casa de Breed, se preguntó si el coronel Becker o Isabel le habrían visto desde la ventana de su cuarto. Felipe había notado que la cortina estaba levantada y que de la chimenea que correspondía a aquella habitación se elevaba una delgada columna de humo.

Encontró a Breed, el factor, escudriñando uno de los libros grandes que él y el Coronel habían examinado.

—Pero, ¿dónde diablos ha estado usted? —exclamó al alargarle la mano. He estado buscándole como un loco en esta región y casi llegué a la conclusión de que usted y Buck Nome deberían de estar muertos.

—¿Me ha buscado? —preguntó Felipe—. ¿Para qué?

Breed se encogió de hombros.

—El Coronel y la señorita —dijo mostraban tanto empeño en verle, que mandamos a toda la gente a buscarle durante tres días. No pudimos hallar ni el rastro de usted. Me gustaría saber qué pasó.

Felipe se echó a reír. Le embargaba una gran alegría. Apenas pudo ocultar la ansiedad de su voz cuando dijo:

—Pues ya estoy aquí. Quisiera saber si querrán verme ahora.

—Supongo que sí —respondió Breed encendiendo con calma la pipa—. Pero ha tardado usted demasiado. Ya se han marchado.

—¿Se han marchado? —Felipe miró perplejo al factor—. ¿Se han marchado? —preguntó otra vez.

—Han salido esta mañana... para Churchill —afirmó Breed—. El Coronel y la señorita iban en dos trineos acompañados de dos indios.

Felipe guardó durante algunos momentos silencio, mirando por la ventana, de espaldas al factor.

—¿Dejaron algún recado para mí? —preguntó a poco.

—No...

—Entonces... he de seguirles dijo como para sí.

El factor le miraba sin ocultar su sorpresa, y Felipe, al volverse hacia él, se apresuró a añadir:

—No puedo decirle por qué, Breed, mas es necesario que yo los alcance lo antes posible. No quiero perder ni un día, ni una hora siquiera. ¿Puede prestarme un tiro de perros y un guía?

—Puedo darle unos perros que no valen gran cosa —contestó Breed—, pero no hay en la factoría ningún hombre del que pudiese prescindir. Ahí está

Lecroix, a diez millas al Oeste, si puede usted esperar hasta mañana...

—Es preciso que me marche esta misma tarde..., ahora —interrumpió Felipe—. La pista de ellos será visible aún y podré alcanzarlos durante el día de mañana. Prepáreme los perros y un trineo ligero si es que lo tiene.

A las tres de la tarde hallábase Felipe nuevamente en camino. Breed le había dicho la verdad cuando afirmó que los perros eran malos; entre los cuatro no había uno bueno. Por añadidura, la resistencia de Felipe iba menguando por momentos. En menos de un día y medio había recorrido sesenta millas y empezaba a notar la fatiga en las piernas y en la espalda. A pesar de lo cual se animaba más a cada milla que recorría, porque se dijo que Isabel y su padre no podrían resistir la fatiga de viajar rápida y constantemente. A lo sumo podrían hacer veinte millas en un día, y él haría treinta, con sus malos perros y todo, y así seguramente los alcanzaría por la noche del día siguiente. Y emocionado, se le ocurrió pensar que sería cien veces mejor volver a encontrar a Isabel tal como la había visto por primera vez, junto a una hoguera de un campamento, en Lac Bain. Pensaba acompañarla a ella, y también al Coronel, hasta Churchill; así estarían juntos durante algunos días, y al final de ellos...

Y se echó a reír alegremente, y durante un breve tiempo obligó a los perros a aumentar la velocidad. Dos horas más tarde se convenció de que había calculado correctamente la velocidad de los que pensaba alcanzar, porque llegó al sitio donde se veían los restos de la parada del mediodía, a unas diez millas de Lac Bain. Ya se hacía de noche cuando llegó allí. En las cenizas de la hoguera halló aún trozos encendidos, y los reanimó añadiendo algunas brazadas de leña seca, hasta que las llamas surgieron alegremente. En la nieve halló las huellas de los pequeños pies de Isabel, y la oleada de alegría y esperanza que de pronto le invadió le hizo cantar y silbar y olvidó que se hallaba solo en las tinieblas de la noche desolada, tan desolada que hasta los perros se acercaban temerosamente a la hoguera.

Decidió acampar allí, donde Isabel había estado pocas horas antes, pues, viajando con rapidez, siempre tendría tiempo de hallarla al día siguiente.

Mas no había apreciado bien su cansancio. Después de abrir la tienda delante de la hoguera y prepararse un lecho de ramitas de bálsamo, cayó en sueño tan profundo que no le despertaron ni la luz del nuevo día ni el incesante movimiento de los perros. Cuando por fin abrió los ojos, era ya pleno día. De un salto se puso en pie y consultó su reloj. Eran las nueve de la mañana, y dieron las diez antes de que pudiera ponerse nuevamente en camino. Pasadas algunas horas de rápido avanzar, perdió al fin la esperanza

de alcanzar a Isabel y a su padre tal como lo había proyectado, y se reprochó duramente por haber dormido tanto. Ya muy avanzada la tarde, llegó al sitio donde aquéllos habían acampado la noche anterior. Felipe se dio entonces cuenta de que, debido a la pérdida de tiempo, aún se hallaba a la misma distancia de Isabel que en el momento en que empezó a seguirla desde Lac Bain.

Ganó algo del tiempo perdido siguiendo la pista durante una hora a la luz de la luna, y luego acampó de nuevo. Al día siguiente se levantó antes del alba y apenas había transcurrido una hora, siguiendo la pista de huellas claramente marcadas, cuando de pronto, y con un gran grito de mando y de sorpresa, hizo que los perros se detuviesen. En un pequeño cerro, la pista de los dos trineos se bifurcaba. Una continuaba en línea recta hacia el Este, a Churchill, mientras que la otra pista casi señalaba un ángulo recto hacia el Sur. Durante algunos momentos caviló inútilmente acerca de los motivos de la separación de las dos pistas. Al fin se dijo que en uno de los trineos debió de ir hacia el Sur uno de los dos indios, ya para buscar alguna caza, ya para cumplir otra misión cualquiera, y que más adelante volvería a unirse con el otro trineo. Convencido de que ésta era la solución del enigma, Felipe siguió la pista que iba hacia Churchill. Un poco más tarde, con gran desesperación del joven, empezó a nevar tan copiosamente que la pista que seguía quedó pronto completamente cubierta. No le quedaba, pues, más que una cosa: ir a toda prisa y como mejor pudiera a Churchill, dejando toda esperanza de encontrar a Isabel y al Coronel antes de llegar a la bahía.

Cuatro días más tarde penetró en la factoría de Churchill. La noticia que allí supo le dejó estupefacto. Isabel y su padre, con uno de los indios, había ido en aquel otro trineo hacia el Sur. El indio que había continuado el camino hasta Churchill en el segundo trineo no podía dar más información que la de que el Coronel y su hija habían cambiado de pronto de parecer acerca de su viaje a Churchill. Suponía que tal vez hubiesen ido a Nelson House o a la factoría de York o hasta Le Pas. No lo sabía.

Con el corazón dolorido emprendió Felipe otra vez la marcha hacia Lac Bain. Al pensar en la mala partida que la suerte le había jugado, no pudo reprimir la risa amarga de la decepción. Si no hubiese dormido tanto aquella noche, hubiera podido alcanzar a los dos trineos antes de que se separasen. Y si no hubiese pedido con toda insistencia encargarse él de capturar a Debar, tal vez hubiese visto a Isabel y a su padre en Prince Albert. Ellos sabían que su destacamento estaba allí y como se habían dirigido hacia el Sur... Felipe no dudaba de que el Coronel se había ido a Nelson House, y de allí a las

regiones civilizadas no había más que un camino, aquel que pasaba por Le Pas y Etomani. Y desde Etomani no había sino dos horas en ferrocarril para llegar a Prince Albert.

En el bolsillo de la cartera llevaba Felipe una nota de la información que había obtenido del factor de Churchill, información que en cierto modo le sirvió de alivio en la amarga decepción que había sufrido. Era la dirección de la casa del Coronel, en Londres, y, naturalmente, era también la de Isabel. Fracasados sus recientes planes, Felipe hizo rápidamente nuevos proyectos para el porvenir. Desde Lac Bain escribiría a Mac Gregor rogándole que hiciese lo necesario para que, mediante el pago de la suma prevista por el reglamento, se le concediera la separación del servicio. Tan pronto como estuviera libre, iría a Londres y visitaría a Isabel como un caballero, lo que al fin y al cabo sería seguramente el mejor camino.

Mas antes era preciso capturar a Debar.

Lo mismo que había sentido la febril ansiedad de regresar al Norte, sentía entonces ansiedad por terminar el asunto de Debar con la mayor rapidez posible. No se entretuvo apenas en Lac Bain; escribió el mismo día la carta a Mac Gregor. Sólo dos de los perros que el guía indio había llevado a la factoría estaban en disposición de emprender nuevo viaje, y con ellos y un trineo ligero, en el cual cargó su equipo, Felipe se marchó solo hacia Fond du Lac. Una semana más tarde llegó a dicha factoría y encontró a Hutt, el factor, en cama, con una torcedura en un pie. Los otros tres hombres que había allí eran indios de la tribu *Chippewayan*, que ni hablaban ni entendían el inglés.

—Debar se marchó —dijo Hutt entre quejidos, cuando Felipe se dio a conocer. Un francés, un verdadero canalla, llegó anoche camino del Gran Rápido, y esta mañana echamos de menos a Debar. Mandé comparecer a los tres indios y me dijeron que Debar se marchó anoche con su trineo y un gran perro dogo del que nunca se separa. De buena gana mataría al indio con el que ha venido usted, porque creo que fue él quien dijo al francés que un oficial se dirigía hacia acá.

—¿El francés está aquí aún? —preguntó Felipe.

—¡Se fue! —exclamó Hutt con un quejido al volver la pierna enferma—. Ha salido esta mañana hacia el Gran Rápido y ya no nos quedan ni perros ni trineos en la factoría. Este invierno ha sido fatal para los perros, y los pocos que quedan están con los tramperos. Debar debe saber que usted lo busca, estoy seguro de ello, y se ha dirigido hacia Atabasca. Lo único que puedo hacer por usted es darle un indio para que le acompañe hasta el río Charlot. Allí termina este territorio y sólo Dios sabe lo que le tocará hacer después.

—Correré el albur —contestó Felipe—. Después de comer nos pondremos en camino. Tengo dos perros; van un poco cojeando, pero aun así podremos correr más que Debar.

Antes de dos horas se pusieron Felipe y el Chippe; vayan en camino hacia los bosques del Oeste, el indio delante y Felipe detrás, entre ellos los perros y el trineo. Ambos hombres caminaron ligeros. Felipe había puesto también la carabina y su pequeña equipo de urgencia en el trineo, y no llevaba más peso que el de su revólver en el cinto. Era la una del mediodía y los últimos rayos de aquel sol de invierno, sin calor, agradable sólo a la vista, morían rápidamente ante la aparición del crepúsculo gris que precede a la noche polar. A medida que el negro bosque se hacía cada vez más sombrío, Felipe miraba por encima del lomo sucio de los perros hacia el indio silencioso que caminaba a trancos sobre la pista del perseguido, y tuvo un ligero estremecimiento, que no era ni de frío ni de miedo, y que, sin embargo, iba acompañado de cierta opresión que le fue difícil dominar. En lo más hondo de su corazón se había formado Felipe una idea de Guillermo Debar —del hombre— y como tal le agradaba. Hubiérale gustado conocer a un hombre así y poderle llamar amigo. Mas en aquel momento, el aumento de las tinieblas a su alrededor, la obscuridad creciente del cielo, aquel cuadro gris que formaba el *Chippewayan*, mudo como los árboles, los perros silenciosos como sombras fugitivas, la desolación fantasmagórica que había por todas partes, todo contribuyó a recordarle que Debar era un «fuera de la ley». Imaginóse Felipe que, del mismo modo que él en aquel momento, debieron de empezar Forbes, Bannock, Fleisham y Gresham la partida, y los cuatro la habían perdido.

Debar iba delante de él... Debar, el «fuera de la ley», alerta y vigilante, tal como había ido ante los otros cuatro que quisieron capturarlo. El juego ya era cosa conocida para él; los perseguidores se sucedieron sin tregua y Debar iba siendo cada vez un enemigo más temible. Tal vez en aquel momento se hallaría muy lejos, tal vez estaría esperando mandar a él, a Felipe, por el mismo camino que envió a los demás. La idea dio nueva vida al joven. Rápidamente se adelantó a los perros y detuvo al indio, para examinar la pista. Ésta era vieja. El frío había endurecido las pisadas del gran dogo de Debar y en las anchas huellas de las raquetas de éste, el frío había tejido una especie de telilla de hielo. Mas, ¿qué implicaba esto? ¿No podrían las huellas ser muy antiguas y estar Debar, sin embargo, a cien o doscientos metros de él, esperando, vigilante?

Felipe se fue al trineo y desató la carabina. En un instante había desaparecido la primera impresión de simpatía hacia el hombre. Debar ya no tenía que habérselas tan sólo con el representante de la ley: tendría enfrente al mismo Felipe Steele. El joven caminó delante del indio, alerta, ojo avizor, preparado. El estallido de un árbol agrietado por el frío, el caer de una rama bajo el peso de la nieve, le causaban extraños estremecimientos que casi le hacían sudar. Una y otra vez se repitieron los sonidos mientras iban avanzando, hasta que Felipe llegó a acostumbrarse a ellos, pero sin dejar de cerrar firmemente sus dedos sobre la carabina, mientras su corazón latía apresuradamente cada vez que se producían. Algunas veces habló al indio, pero éste no le entendía, y Felipe terminó por permanecer silencioso. Cuando se hizo demasiado oscuro para seguir la marcha, hicieron una hoguera y se prepararon la cena.

Luego, cuando salió la luna, continuaron el viaje, hora tras hora, durante toda la noche. Al amanecer, la pista de Debar aún seguía siendo antigua. Había en las huellas la misma telilla de hielo, las mismas señales que mostraban que Debar y su dogo pasaron por allí hacía mucho tiempo. Al día siguiente caminaron durante dieciséis horas, tras las cuales el tejido de hielo en las huellas de Debar iba haciéndose más delgado, señal de que eran más recientes. Al otro día anduvieron durante catorce horas, y al siguiente, doce. Las huellas del perseguido iban aclarándose, hallaban rescoldos de recientes hogueras de Debar y migas blandas del pan que comía. Aquel día llegaron a las heladas aguas del río Charlot. El *Chippewayan* regresó a Fond du Lac, y Felipe continuó solo la marcha, seguido de los perros que transportaban el equipo.

Aún era temprano cuando Felipe cruzó el río y penetró en la estepa, y a cada paso que daba, le latía con más fuerza el pulso. Debar no podía estar muy lejos ya. De eso estaba seguro. Muy pronto lo alcanzaría y entonces... empezaría la lucha, En los minutos de intensa atención que siguieron, el recuerdo de Isabel se hacía cada vez más débil.

Por la mente de Felipe cruzaban otros pensamientos, que ponían en tensión sus músculos, que le obligaban a estar sin cesar alerta. Pronto alcanzaría a Debar... y habría de luchar con él.

Al mediodía se detuvo e hizo un pequeño fuego entre dos rocas, en el que hirvió agua para té y calentó un poco de carne. Todos los días había encendido tres veces el fuego, mas al terminar aquél, cuando la obscuridad volvió a detenerle, se le ocurrió pensar en el hecho de que durante toda aquella jornada, sólo había restos de una única hoguera encendida por Debar.

Apenas había nacido la agrisada luz del alba, cuando Felipe se puso nuevamente en camino. El frío era horrible, la estepa era barrida por un viento punzante que venía de los témpanos de hielo del Ártico. El termómetro del bolsillo de Felipe marcaba 33 grados bajo cero cuando lo dejó abierto sobre el trineo. Tan grande era el frío, que el joven encendió, entre el alba y el crepúsculo, seis hogueras. Por segunda vez, Debar solamente había encendido una, y cerca de ella no encontró Felipe migas de pan.

Notó Felipe que la dirección que Debar había tomado durante las últimas veinte millas era la del Norte en línea recta y esta misma dirección, sin desviarse ni una sola vez, continuaba también al día siguiente. El joven examinó repetidas veces el mapa y vio que hacia el Norte no había más que estepas despobladas que se extendían hasta el Great Slave.

Aquel curso de la huida de Debar despertó en él el temor de que aquél le vencería al final. Además, sus piernas empezaban a dolerle de un modo singular y cada vez era más lento su avance. Con frecuencia se detenía para descansar un poco y cuando volvía a levantarse, el dolor era más agudo, obligándole a cojear como cojeaban detrás de él los perros. Felipe había sentido ya aquel extraño dolor una vez, cerca de Lac Bain, y sabía lo que significaba. Era el frío y el cansancio que se concentraban en sus piernas, las cuales pronto no obedecerían a su voluntad y Debar se le escaparía. Esta posibilidad fue de momento un acicate para él; apresuró la marcha y cuando volvió a detenerse, se halló en la orilla de un pequeño lago. Por las huellas se veía que Debar había comenzado a cruzar el lago, retrocediendo luego para proseguir el camino por la orilla. Felipe calculó las distancias y vio que podría ahorrar tiempo cruzando la superficie helada, cubierta de nieve, en sentido diagonal hasta alcanzar nuevamente la pista del perseguido.

Así lo hizo, seguido de los perros y del trineo, sin darse cuenta del sordo rumor que causaban sus pisadas sobre el hielo, lo que para Debar había sido un aviso, haciéndole volver atrás. Ya en el centro del lago, el joven se volvió para obligar a los perros a avanzar con mayor velocidad, y en aquel momento percibió un ruido extraño, acompañado de un ligero temblor de la superficie helada, y el ruido y el temblor fueron aumentando en intensidad mientras el joven vacilaba. Dando un grito estentóreo a los perros, echó Felipe a correr, mas era ya tarde. Detrás de él se rompió el hielo como si fuese frágil cristal, y trineo y perros desaparecieron como tragados por un abismo. Como una exhalación empezó Steele una loca carrera hacia la costa, que se hallaba a treinta metros de distancia. Diez pasos más, y la hubiese alcanzado, si una de las raquetas de nieve no hubiera tropezado con un saliente del hielo. Un solo

instante le detuvo el tropiezo, mas con fatales consecuencias. Antes de poderse echar hacia delante sobre el hielo con un último esfuerzo para salvarse, la superficie cedió y el joven se hundió en el agua. En tan angustiada situación, pensó en Debar, creyó posible la ayuda hasta de un «fuera de la ley», y un grito terrible brotó de sus labios pidiendo socorro. Mas al momento se arrepintió de haber gritado. Notó que se hallaba sumergido hasta, el pecho, pero que sus pies tocaban fondo. Entonces se dio cuenta de lo sucedido: la superficie del agua estaba a treinta centímetros más baja que la capa de hielo y ésta tenía apenas una pulgada de espesor. No le fue difícil quitarse las raquetas, después de lo cual empezó a romper el hielo para abrirse camino hasta la orilla.

Cinco minutos más tarde salió del lago, avanzando penosamente, transido de frío y con las ropas caladas. Su primer pensamiento fue el fuego; tiritando se dirigió a un abedul cuya corteza empezó a arrancar junto al árbol. Sólo cuando había recogido suficiente cantidad de corteza, comprendió todo el horror de su situación. En el trineo iba su equipo, y en él ¡la caja impermeable de fósforos!

Se apresuró a regresar al borde de la superficie rota, sin advertir que casi iba sollozando en su desesperación. No había señales del trineo, ni se oía a los perros, que tal vez luchaban aún debajo del agua. Todo estaba perdido..., todo..., comida, fuego, todo...

De un bolsillo, tieso a causa del agua congelada, extrajo pedernal y acero, y se arrodilló junto al montón de corteza, procurando producir chispas, aunque sabía que sus esfuerzos eran inútiles. Continuó la operación hasta que sus manos estuvieron rojas y ateridas y hasta que el peso de las ropas casi le hacían caer.

—¡Dios mío! —exclamó en voz baja.

Lentamente se levantó, respirando profundamente, temblando al mismo tiempo, y dirigió la vista hacia el sitio donde las huellas del proscrito señalaban que desde el lago había ido en dirección al Norte. Aun en aquel momento en que la sangre parecía helársele en las venas con el frío de la muerte, no dejó de comprender la ironía de la situación.

—Es que la ley se empeñó en luchar contra Dios, Guillermo —dijo dando diente con diente, como si Debar se hallara delante de él—. La ley se negó a la vindicación... hace diez años..., pero me parece que la cumple ahora.

Y tomó la senda marcada por las huellas de Debar, caminando aprisa.

—Cuando menos, parece que el Todopoderoso te protege —continuó—. Pronto lo veremos..., pronto..., Guillermo.

La pista iba en dirección hacia la cima de una colina, cima quebrada, llena de rocas y de árboles achaparrados. Al ver la colina, renació un poco su esperanza, mas pronto la perdió cuando llegó arriba y contempló la estepa inanimada que se extendía al otro lado por espacio de más de una milla.

—No tengo más esperanza que encontrarte, Guillermo dijo temblando — tal vez si supieses lo que ha pasado, volverías para prestarme un fósforo.

Quiso reír el chiste que acababa de hacer, pero no pasó de hacer una mueca. Sus labios amoratados cerráronse con fuerza cuando bajó la colina tambaleándose. Al debilitarse sus piernas y su pulso, pareció que su cerebro trabajaba más aprisa, y el cúmulo de pensamientos que surgió de pronto, lo hizo insensible a las primeras punzadas de un extraño dolor. Tenía delante, no horas, sino minutos de vida, y también lo sabía. Hubieran podido cortarle los brazos desde los hombros y no lo hubiese notado, porque ya no tenía sensibilidad en ellos. Notó que no podía doblar los dedos. A cada paso sus piernas eran más pesadas, parecía, que sus pies eran de plomo en lugar de carne. Con todo, le sorprendió no sentir el primer horror de la situación. No le parecía que la muerte estaba solamente a pocos centenares de metros. Por el contrario, pensó en Mac Gregor primero, luego en su casa, y por último en Isabel. Después se le ocurrió pensar en que si los otros cuatro, sus predecesores, habían jugado y perdido la partida, del mismo modo podía perderla él.

De nuevo se detuvo en una loma nevada. Había recorrido un cuarto de milla, aun cuando le parecía que había andado diez veces más.

—Treinta y tres grados bajo cero..., ¡ésta es la vindicación de la ley!

Su voz apenas pasó de los labios amoratados, y la brisa punzante del viento le hizo vacilar.

Capítulo XI

La ley contra el hambre.

De pronto conmovió a Felipe un gran temblor y durante un momento se mantuvo rígido. ¿Qué era aquello que veía subir de entre la gris y desolada extensión ártica, elevándose cada vez más y difuminándose en espirales fantasmagóricas? Un grito ronco salió de su garganta; avanzó jadeante, lleno de emoción. Aquello que se aproximaba hacía más negro, parecía caldear la atmósfera. Imaginóse Felipe que sentía calor, lo que en realidad no era sino el fuego de una nueva vida que renació en él.

Se encaramó a una duna de nieve que interrumpía su camino y entonces vio claramente que algo iba a su encuentro.

Era un rostro, un rostro fiero, barbudo, que revelaba la inanición en sus hundidos ojos. Parecía la cara de un ogro, terrible, amenazador, y Felipe comprendió que aquél era el rostro de Guillermo Debar, el séptimo hermano.

Precipitáronse uno contra otro y los dos se encontraron en una lucha en la que la debilidad de ambos contendientes ponía una nota dramática. Ambos rodaron, abrazados, al fondo del hoyo que servía a Debar de guarida. Mas la lucha no era menos terrible a causa de la poca fuerza. Era la lucha entre dos últimas chispas de vida, y cuando estas chispas se consumieron, los dos hombres estaban tumbados en el suelo, jadeantes, a poca distancia el uno del otro.

Felipe proyectó los ojos hacia el fuego. Era un fuego débil, mas a él le parecía potentísimo y hubiera querido echarse encima para que sus llamas le

penetrasen en la carne. Había dicho, durante la lucha, algo de la policía, de arresto y de asesinato. Ahora dijo Debar:

—Tiene usted frío.

—Estoy muriéndome de frío —respondió Felipe.

—Y yo... de hambre.

Debar se levantó. Felipe se contrajo como si esperara el ataque, mas, en lugar de ello, Debar le alargó una mano a la que prestaban calor los mitones.

—Es preciso que se quite esa ropa... pronto... Si no, morirá —dijo—. ¡Venga!

Mecánicamente alzó Felipe la mano y Debar le llevó a su trineo, que estaba detrás del fuego, y lo envolvió en una gruesa manta. Luego sacó una navaja y cortó la ropa congelada de las piernas y de los brazos, los cordones de los zapatos y los pesados calcetines, y empezó a frotar los pies, las piernas y los brazos de Felipe Steele hasta que éste sintió una picazón semejante a la que producen las ortigas.

—Diez minutos más y hubiera usted muerto afirmó Debar.

Envolvió a Felipe en una segunda manta y acercó el trineo al fuego. Luego tiró sobre el fuego otra brazada de ramas secas y de un bolsillo extrajo un objeto pequeño, rojo, congelado, que era el cuerpo sin pelaje de un pájaro del tamaño de un petirrojo. Debar lo levantó entre el índice y el pulgar, y al mirar a Felipe, se dibujó por un instante en su rostro agrisado el gesto de una sonrisa.

—La comida —dijo, y Felipe no dejó de comprender el tono irónico de su voz—. Este pajarito, amigo, es la única cosa viviente que he visto durante el camino desde Fond du Lac hasta aquí. Pesa cuando menos cuatro onzas y pronto nos daremos con él un banquete. No he probado bocado desde anteayer por la mañana. Con todo, le invito, si es que tiene bastante hambre para tragarse esto.

—¿Adónde han ido a parar sus provisiones? —preguntó Felipe.

El joven se sintió animado de nuevo calor y vida, mas no fue esto motivo de que se pusiera colorado ante el ofrecimiento del proscrito. Debar le había salvado la vida y ahora, cuando hubiera podido matarlo, le ofrecía comida. El hombre fijó el pájaro en la punta afilada de una rama, y cuando concluyó la operación, señaló al gran perro dogo que estaba atado al tronco quebrado de un árbol muerto.

—Traje harina suficiente para poder llegar hasta *Chippewayan*, mas este pájaro se la comió casi toda. Usted ha perdido sus provisiones en el lago, ¿verdad?

—Perros y todo —dijo Felipe—. Hasta los fósforos.

—Son muy malas aquellas trampas de hielo —respondió amistosamente, dando vuelta al pájaro sobre la rama Aquí, en este país, es siempre necesario probar la superficie helada de los lagos. Muchos de ellos reciben el agua de los pantanos, y cuando la superficie se congela, el agua baja. Supongo que se figura usted que me hubiera cogido pronto si no hubiese sido por el lago, ¿verdad?

Y rió entre dientes. Con gran asombro suyo, Felipe le correspondió con igual gesto.

—Estaba pisándole los talones, Guillermo.

—¡Ya, ya! —rió el proscrito—. ¡Esto suena bien! Claro está que he tomado otro nombre y ésta es la primera vez que me oigo llamar por el mío desde...

De pronto se detuvo, y la risa desapareció de su rostro.

—Suena muy familiar —añadió más suavemente—. ¿Y el suyo cuál es, compañero?

—Steele, Felipe Steele, de la Real Policía Montada del Noroeste —contestó Felipe.

—He conocido a una persona que se llama Steele también —continuó Debar—. Esto fue... cuando sucedió aquello. Era uno de mis amigos.

Momentáneamente, Debar giró la vista hacia Felipe. Eran los suyos unos ojos profundamente grises, muy apropiados a aquel rostro que Felipe hubiera reconocido entre otros cien por la franqueza y el coraje que revelaban. Aunque aquel hombre no tenía mucha más edad que él, parecía, sin embargo, diez años más viejo.

Felipe se incorporó en el trineo, cuando Debar dejó el pajarito para clavar algunas ramas en la nieve, en las que colgó, muy cerca del fuego, la ropa congelada del joven. Después de mirar a Debar, Steele se fijó en el perro. Éste bostezaba al calor de la hoguera, lo que permitió que se viera que le faltaba un colmillo.

—Si se muere usted de hambre, ¿por qué no mata al perro? —preguntó.

Debar giró en redondo, y, a través de su barba, sé ido el brillo de sus blancos dientes.

—Porque es el mejor amigo que tengo en está tierra o casi el mejor —dijo con calor—. Desde hace diez años me acompaña en todas las dificultades. Conmigo pasó hambre, y a mi lado luchó y casi murió, y quiero que viva a mi lado todo el tiempo que yo viva. ¿Comería usted carne de un hermano suyo,

Steele? Es mi hermano..., lo último que la gloriosa ley de usted me ha dejado. ¿Lo mataría usted en mi lugar?

Un sentimiento extraño anudó la garganta de Felipe, quien nada contestó. Debar se acercó con el pájaro asado sobre la punta del palo. Con su cuchillo lo cortó en dos partes iguales y una de estas mitades la dividió nuevamente para dar un pequeño trozo al perro, quien lo devoró ávidamente. La mitad que quedó entera la clavó en la punta del cuchillo y la brindó a su compañero.

—No —dijo Felipe No puedo aceptarlo.

Encontráronse sus ojos. Debar, arrodillado, se echó lentamente hacia atrás, sin dejar de mirar al otro.

—Escúcheme —dijo Debar, a poco—, y no sea tonto, Steele. ¡Olvidemos, por un momento, nuestro antagonismo! Dios sabe lo que nos sucederá a los dos mañana o pasado, y siempre será más consolador morir juntos que solos. ¿No es verdad? Olvidemos que usted representa a la ley y que yo soy el proscrito que ha matado a algunas personas. Los dos nos hallamos en el mismo caso y bien podemos ser amigos durante algunas horas y estrecharnos la mano, para estar unidos y en paz en nuestro último momento. Si salimos de ésta y encontramos comida, lucharemos lealmente, y el que valga más, ganará. Sea usted justo conmigo, camarada, y yo lo seré con usted. ¡Que Dios me ayude!

Y alargó su mano nudosa, llena de callos y de cicatrices. Con un extraño ronquido, la estrechó Felipe firmemente.

—Sí, Guillermo, seré justo —exclamó—. Juro serlo en las condiciones que usted acaba de exponer. Si encontramos comida y salimos con vida de esto, arreglaremos el asunto como es debido. Sin embargo, yo hoy ya he comido y usted está hambriento. Cómase, pues, eso, y aún le llevaré ventaja. ¡Gracias a Dios, tengo mi pipa y mi tabaco!

Ambos se acomodaron a sotavento de la duna y mientras Debar iba comiéndose el pájaro y Felipe fumaba, el viento formaba sobre ellos remolinos de nieve y neblina. A pesar de que la comida de Debar no pasaba de un bocado, nueva vida renació en él. Inmediatamente procedió a recoger brazadas de ramas que iba echando al fuego hasta que éste tomó tanto incremento que a Felipe le ardía la cara y de la ropa suspendida entre dos palos se elevaban nubes de vapor. Estando el proscrito a treinta metros, buscando ramas en el llano, Felipe oyó como prorrumpió en un canto agreste, mientras arrancaba un tronco de un árbol muerto.

—Es muy agradable eso de tener compañía —dijo, cuando regresó con la carga—. ¡Dios mío! ¿Sabe usted que hace, años que no me he sentido tan

alegre y contento como hoy? Tal vez será porque sé que mi fin está próximo.

—Aún hay esperanza respondió Felipe.

—¿Esperanza? —gritó Debar—. Es más que esperanza, amigo. Para mí es una certeza... que llega mi fin, quiero decir. ¿No comprende usted, Felipe?... —Y se acercó, sentándose junto al otro sobre el trineo, y le habló como si lo conociera desde hacía muchos años—. Voy a contárselo todo, si no le importa oírme.

—No sólo eso, sino que deseo escucharle —repuso Felipe.

—Antes he dicho —continuó Debar— que este perro era casi el único amigo que tenía. Tengo otro..., una muchacha que vivió allí, donde pasó aquello hace tantos años. Tiene ahora treinta, y me ha sido fiel, ha rogado a Dios por mí y creyó en mí... casi desde que éramos niños... Durante diez años me ha estado escribiendo todos los meses, a mí, que usaba el nombre de Franck Symmonds. ¡Dios la bendiga! La fe de ella me ha hecho resistirlo todo. En cada una de sus cartas me rogaba que la dejase venir a mi lado, estuviese donde estuviese. Sin embargo..., creo que el diablo aún no me había hecho suyo del todo, porque no cedí, no quise que viniese. Ahora, al fin, he cedido y hemos convenido lo que ha de hacer. En este momento debe de estar camino de América del Sur, pues va a reunirse con mis hermanos, y si gana... en nuestra lucha... iré adonde ella está. De modo que ya ve por qué estoy contento. Es seguro que para mí ha de haber uno u otro fin muy pronto.

Debar escondió su enmarañada cabeza en sus manos y durante un largo rato reinó el silencio entre los dos.

Felipe lo rompió, bajando la voz hasta que parecía sólo un murmullo.

—¿Por qué no me mata usted... aquí... ahora... que estoy indefenso y usted tiene un cuchillo a mano?

Debar alzó lentamente la cabeza y miró a su compañero con ojos de sorpresa.

—¡No soy un asesino! —dijo.

—Sin embargo, mató usted a otros insistió Felipe.

—A tres, además de los que ahorcamos —respondió Debar con calma—. Uno cerca de la factoría Moose, cuando quise ayudar a Juan, y a los otros dos, aquí en el Norte. Vinieron como usted, para prenderme, y los maté en una lucha justa y leal. ¿Puede llamarse a esto asesinato? ¿Acaso me había de estar quieto para que me pegasen un tiro solamente porque es la ley la que manda? ¿Lo haría usted?

Y se levantó sin esperar la contestación para examinar la ropa tendida junto al fuego.

—Está casi seca —dijo—. Póngasela y nos marcharemos.

Felipe se vistió y miró la brújula.

—¿Todavía al Norte? —preguntó—. El *Chippewayan* está al Sudoeste.

—Siempre al Norte —dijo Debar—. Conozco a un mestizo que vive cerca del Red Porcupine, río que desemboca en el Slave. Si podemos hallar su choza, tendremos comida, y si no...

Se echó a reír francamente mirando a Felipe.

—... no lucharemos —dijo éste completando la frase, porque había comprendido lo que el otro quiso decir.

—Eso es, no lucharemos; en cambio, nos abrigaremos con la misma manta y juntos moriremos, mientras que Woonga, mi perro, nos dará su calor hasta el último momento. ¡Eh, Woonga! ¿Lo harás así?

Se volvió alegremente hacia el perro y éste se levantó lentamente. Debar lo enganchó al trineo.

En silencio emprendieron la marcha en medio de la obscuridad de la tarde, que en aquella época avanzada del invierno, al norte del grado sesenta, es la noche. Frente a ellos parecían alzarse, sucediéndose como inmensas olas, grandes montañas de nieve que se convertían en sencillas dunas cuando los caminantes se acercaban; y el cielo y el horizonte hacíanse invisibles a causa de la blanca neblina, intangible, y que sin embargo se elevaba como una muralla delante de ellos. Daba la impresión de que un caos blanco se mezclara con otro, el de la alba tierra, desgarrada por el viento ártico bajo el blanco cielo; y a través de aquella atmósfera revuelta, las ramas de los arbustos, frágiles y delgadas en realidad, adquirían, vistas a la distancia de cincuenta pasos, aspecto de árboles gigantescos, y los dos hombres y el perro semejaban titánicos fantasmas que avanzaban, inclinada la cabeza, por un mundo que dejaba de ser cosa viva, un mundo de desolación y de silencio, y de entre aquella desolación y de aquel horrible silencio elevábase de cuando en cuando la ruda voz de Debar, entonando los cantos salvajes del Norte, cantos de locura, medio en indio, medio en francés, que los cazadores de aquellas selvas vírgenes entonaban alegremente cuando se aproximaban a sus laxes.

Así caminaron, hora tras hora, hasta que la semioscuridad del día se convirtió en noche cerrada y ésta, a su vez, cedió ante el alba grisácea del nuevo día, marchando siempre al Norte, descansando de cuando en cuando, luchando constantemente, milla tras milla, contra los punzantes embates del viento ártico. Y siempre era la voz de Debar la que lo atravesaba todo, para animar al perro que iba detrás de él y para animar al hombre que iba cojeando

detrás del perro, ora cantando, ora con la loca gritería de los guías de trineos, enjuto y demacrado el rostro, mas luciendo en sus ojos hundidos un extraño fuego. Y fue también Debar quien alzó las manos al caos del cielo plomizo cuando llegaron a aquella cinta plateada que era el río Red Porcupine, y dijo, con una voz en la que se percibía la extraña emoción de un sentimiento hondo y fuerte.

—¡Dios del cielo sea loado! ¡Éste es el fin!

Echó a correr, y el perro corrió detrás de él, y detrás del perro, Felipe, preguntándose, como lo hiciera ya muchas veces durante el trayecto, si acaso Debar se había vuelto loco. Después de caminar quinientos metros a lo largo del río, Debar se detuvo, escudriñando un momento la obscuridad de la orilla y volviendo a poco hacia Felipe. Y al hablar, bajó la voz temblorosa como si una fuerte emoción le embargara.

—¡Mire... allí! —murmuró—. ¡Lo he acertado, Felipe Steele! ¿Sabe lo que significa aquello? ¡He recorrido más de setenta millas en la estepa desolada, a través de la noche y del temporal de nieve, y he dado con la cabaña de Pierre Thoreau sin equivocarme! ¡Oh, amigo! ¡Aunque intentara diez mil veces hacerlo, no acertaría ni una sola! —Asió a Felipe del brazo y elevó la voz en la agitación de su triunfo—. ¡Le digo... que esto quiere decir que Dios está conmigo!

—¡Con nosotros! —dijo Felipe mirando fijamente a Debar.

—¡Conmigo! —replicó éste con tanta firmeza que Felipe se sobresaltó—. ¡Ha sido un milagro, es una señal de que yo ganaré! —Sus dedos se clavaron en el brazo del joven, mas continuó dulcemente—: Felipe, he empezado a quererle y si usted cree en Dios, como nosotros los del Norte, si cree usted que Él se nos revela en las estrellas, en los vientos y en todo lo que nos rodea, si teme usted a la muerte, tome algunas provisiones y váyase. Hablo en serio, Felipe; porque si se queda y luchamos, no puede haber más que un solo fin: ¡la muerte de usted!

Capítulo XII

La lucha.

Al oír las palabras de Debar, Felipe se echó a reír y le dijo:

—No temo a la muerte. No me tome por un chiquillo, Guillermo Debar. ¿Desde cuándo ha descubierto usted a ese Dios?

La pregunta fue dicha en un tono un poco insultante, del que Felipe se arrepintió cuando vio que Debar le contestó sin demostrar enojo por el menosprecio:

—Desde que mi madre me enseñó a rezar, Felipe. Es verdad que he matado a tres hombres y ayudé a que ahorcasen a tres más, pero sigo creyendo en Dios y barrunto que Él no me olvida tampoco, a pesar de las leyes que se hacen en Ottawa.

La cabaña de Pierre Thoreau se destacaba como negra sombra entre un bosquecillo de abetos, y cuando los dos hombres subieron la cuesta para llegar a ella, vieron que el viento había ido acumulando la nieve hasta cubrir media puerta y alcanzar el alféizar de la ventana.

—Pierre no está aquí —dijo Debar volviendo un poco la cabeza, mientras apartaba la nieve No ha regresado aún desde Año Nuevo de Fort Smith.

La puerta no estaba cerrada y los dos penetraron en el interior de la cabaña, sumida aún en la obscuridad. Debar encendió un fósforo y, con él, una lámpara de aceite que se hallaba encima de la mesa. Tenía la única habitación de la cabaña unos doce pies cuadrados; había en ella dos literas, varias sillas, una mesa y una estufa de plancha de hierro, detrás de la cual se

veía un montón de leña. Debar señaló un anaquel en que había numerosas latas cuyas tapaderas estaban sujetas por trozos de madera.

—¡Comida! —dijo.

Y Felipe, señalando a la leña, añadió:

—Calor..., calor y comida.

Había en su voz un algo que el otro no podía menos que adivinar, Sucedió un momento de desagradable silencio, mientras Felipe llenó la estufa de leña y Debar examinó las latas.

—Aquí hay galletas y carne cocida... congelada dijo y alubias.

Puso una lata de cada clase encima de la estufa y se sentó junto al fuego chisporroteante que empezaba a irradiar un calor agradable. Alargó las arrugadas y callosas manos, azuladas a causa del frío, y elevó la mirada hacia Felipe, quien se hallaba al otro lado de la estufa, frente a él.

Nada dijo, mas en sus ojos se leía un sentimiento que obligó a Steele a exclamar suavemente, con una emoción que trataba de ocultar:

—Debar, ojalá hubiera acabado ya todo.

—Yo también lo deseo —contestó el proscrito frotándose las manos hasta que le crujieron los dedos No tengo miedo y sé que usted tampoco lo tiene, Felipe— continuó mirando a la estufa —pero, de todos modos, desearía que esto acabase. No sé por qué, mas casi preferiría pasarme oculto aquí, en el Norte, un par de años más... antes que tener que matarle a usted.

—¡Matarme! —exclamó Felipe con sus bríos de siempre.

La voz pausada de Debar, la extraordinaria confianza que tenía en sí mismo, hizo sonrojar a Felipe de coraje.

—Me habla usted otra vez como si fuese un chiquillo, Debar. Las instrucciones que me han dado son de prenderle muerto o vivo... y así lo haré.

—No vamos a enfadarnos por eso, Felipe —replicó el proscrito con tanta calma como antes—. Lo único que desearía es no tener que luchar con usted. Preferiría matar media docena más de hombres como aquellos que maté.

—Ya entiendo dijo Felipe con cierto desprecio. Usted trata de despertar mis simpatías a fin de que siga su consejo y me vaya, ¿verdad?

—Sería usted un cobarde si así lo hiciese —replicó Debar rápidamente—. ¿Cómo vamos a arreglar el asunto, Felipe?

Felipe sacó su revólver, congelado, de la pistolera y lo mantuvo un rato sobre la estufa.

—Si no fuera porque soy tirador habilísimo, y a treinta pasos, de cuatro veces, doy tres en el blanco, diría que a pistola.

—Yo no puedo hacer tanto —admitió Debar sin vacilación pero tirando sobre un lobo, acerté, de cinco tiros, dos. De todos modos, como es un medio rápido y fácil, vamos a hacerlo así. ¿Tirará usted a matar?

—No, si puedo evitarlo. En la agitación es posible que uno de mis tiros mate, pero quiero llevarlo preso con vida, de modo que trataré de inutilizarlo nada más.

—Yo siempre tiro a matar —contestó Debar sin levantar la cabeza—. ¿Tiene usted algún recado para su casa, Felipe?

Y como éste no contestó, Debar alzó los ojos.

—Hablo en serio —dijo gravemente Aun mirando las cosas desde el punto de vista suyo, Felipe, puede ocurrirle una desgracia, y usted debe tener amigos en alguna parte. Si me pasara a mí algo, hallará una carta en uno de mis bolsillos. Quiero que usted escriba... a ella... diciéndole que he muerto... en un accidente. ¿Lo hará?

—Sí —contestó Felipe—. En cuanto a mí, hallará usted varias direcciones en mi bolsillo. ¡Venga esa mano!

Por encima de la estufa se estrecharon los dos la mano.

—Me duelen los ojos —dijo Debar—. Supongo que es a causa del viento y de la nieve. ¿Le sabría mal que durmiéramos un poco... después de comer? No he cerrado los ojos en tres noches.

—Duerma hasta que se encuentre bien —declaró Felipe—. No quiero luchar mientras le duelan los ojos.

Comieron guardando silencio, y cuando hubieron terminado, Felipe limpió cuidadosamente su revólver, engrasándolo con grasa de oso que halló en una botella que había encima del anaquel.

Debar estuvo observándolo mientras limpiaba el arma y vio que Felipe lubricó cada uno de los cinco cartuchos que colocaba en la cámara.

Después, los dos fumaron, y, a poco, Debar se echó en una de las literas; el pesado respirar del proscrito demostró pronto que se había dormido.

Felipe permaneció aún algún tiempo junto a la estufa, sin quitar ojo al durmiente. Luego sintió también sueño y se echó en la otra litera. Algunas horas más tarde, le despertó Debar, el cual estaba echando a la estufa más leña.

—¿Cómo tiene los ojos? —preguntó Felipe incorporándose.

—Muy bien contestó Debar Me alegro de que se haya despertado. Dentro de una hora no tendríamos luz suficiente.

Debar se frotaba las manos para entrar en calor y Felipe se levantó e hizo lo mismo. Un sentimiento inexplicable le impedía mirar cara a cara a Debar y

se dio cuenta de que éste tampoco le miraba a él.

Fue el proscrito quien rompió el silencio.

—He salido antes —dijo en voz baja. Frente a la cabaña hay un claro de unos cien pasos. Creo que no sería mala idea que nos pusiéramos uno en cada lado, frente a frente, y a una señal dada, nos acercáramos, disparando según convenga.

—Me parece excelente la idea contestó Felipe con viveza, y sacó el revólver de la pistolera.

Debar le observaba con mucha ansiedad mientras Felipe abrió la recámara y miró los cartuchos, sin sacarlos, volviéndola a cerrar después.

Sin proferir palabra, se dirigió Debar a la puerta, la abrió y se marchó, péndulo el brazo derecho, en la mano el revólver. Felipe se quedó mirándole perplejo, sintiéndose extrañamente conmovido. Hubiérale gustado estrechar antes la mano de aquel hombre, mas al mismo tiempo se alegraba de que Debar se hubiese marchado de aquel modo. Salió también y vio que Debar le había concedido la parte donde había más luz. Cuando llegó al claro, Debar estaba en su puesto.

—¿Listo? —gritó Debar.

—¡Listo! —repuso Steele.

Debar avanzó, bajando los hombros y la cabeza, el brazo derecho extendido, y Felipe le imitó. A setenta pasos del otro y sin detenerse, el proscrito disparó, y la bala pasó, cual silbante aviso, por encima de la cabeza de Felipe. Éste había pensado no disparar hasta que estuviese seguro de herir al proscrito en un brazo o en un hombro, mas un segundo tiro de éste le pasó rozando, por lo que Felipe detuvo su avance y, a cincuenta pasos, contestó al fuego.

Debar se agachó y Felipe creyó que lo había herido, pero de pronto vio que aquél se levantaba y volvía a disparar profiriendo un grito terrible.

Por segunda y tercera vez disparó Felipe, y al ver que Debar seguía avanzando, brotó de los labios del joven un grito de sorpresa. A cuarenta pasos había perforado siempre tres veces en cinco disparos el centro de un naipe, y ¡ahora no acertaba herir a un hombre!

La bala del cuarto disparo de Debar le pasó también rozando la cabeza. Cuando les quedaba sólo un disparo a cada uno, ambos avanzaron hasta que, hallándose a veinte pasos uno de otro, Debar se detuvo, apuntó y disparó, imitándole Felipe. Las detonaciones resonaron a un mismo tiempo y Felipe, ileso, vio con horror como el proscrito dejaba caer el brazo derecho mientras el arma se desprendía de su mano inerte. De los labios de Felipe brotó un

grito de angustia, pues en aquella actitud de Debar no vio los efectos de una herida, sino la terrible rigidez de la muerte. Dejó caer el arma y corrió hacia Debar, quien, de pronto, se abalanzó sobre él con el ímpetu de una fiera.

Fue aquello un horrible ardid que cogió a Felipe desprevenido. Se apartó ligeramente y, con la habilidad del boxeador entrenado, envió un directo a la cara del proscrito cuando éste llegó. Sin embargo, el golpe careció de fuerza y Felipe se vio dominado por Debar.

La mano del proscrito se cerró sobre la garganta de Felipe y sus dedos se hundieron en la carne como garras de acero. Con un grito sordo, asió el joven las muñecas de Debar, sabiendo que no podría resistir un minuto más aquella presión. Vio el destello del triunfo en los ojos de Debar y haciendo un último y desesperado esfuerzo envió un terrible puñetazo al estómago del enemigo.

Inmediatamente se aflojó la mano que le apretaba el cuello. Después de un segundo, tercer y cuarto golpe, la mirada de triunfo se convirtió en mirada de angustia. Aflojéronse más aún los dedos que asían la garganta de Felipe y éste pudo librarse con un movimiento rápido, para saltar atrás y prepararse para el golpe final.

Mas aquel paso fue fatal. Al retroceder, tropezó con un tronco cubierto de nieve y cayó de espaldas. Debar abalanzóse en el acto sobre él.

Nuevamente se cerraron los dedos del proscrito sobre su garganta, sin que esta vez Felipe mostrara resistencia ninguna. Al cabo de un rato, Debar se levantó y se quedó mirando el rostro blanco, inmóvil, medio cubierto de nieve. Después levantó suavemente la cabeza de Felipe y vio que en la nieve donde descansara había una mancha de sangre y, cerca de ésta, el borde negro de una roca oculta.

Con la mayor rapidez posible llevó Debar a Felipe a la cabaña y le colocó en una de las literas. Luego recogió parte de las provisiones de Pierre Thoreau y con ellas y su equipo fuese hacia la puerta, donde se detuvo. Lo dejó todo en el suelo y se metió la mano en el bolsillo. De él extrajo un papel y leyó con la cabeza baja aquella carta de infinita fe, esperanza y amor. Cuando volvió el rostro hacia donde descansaba Felipe, su cara irradiaba una gran felicidad.

—Tal vez no comprendas lo que hago, Felipe murmuró como si el otro le escuchara Voy a dejarte esto.

Con un pedazo de lápiz escribió unas cuantas palabras al final de la carta arrugada, palabras escritas con letra ruda, que decían:

Usted hubiera ganado a no ser por la roca. Creo que debió de ser Dios quien dispuso las cosas así, Felipe. Mientras usted dormía, saqué las balas

de los pistones poniendo papeles en su lugar. Me tranquiliza que haya sido la roca la que le haya vencido a usted.

Se inclinó sobre la litera para asegurarse de que Felipe iba respirando con más fuerza y regularidad, y después colocó la carta sobre el pecho del joven.

Cinco minutos después avanzaba hacia el Sudoeste.

Más tarde aún, Felipe abrió los ojos y vio que Debar se había marchado. Haciendo un esfuerzo, se sentó en la cama y leyó las palabras escritas por el proscrito.

—Esto es para usted, señor Mac Gregor —exclamó con voz débil, balanceándose sobre el borde de la litera—. Tiene usted razón. Se necesitan dos hombres para prender a Guillermo Debar..., si es que no ha desaparecido para siempre.

Tres días más tarde, siguiendo aún en la cabaña, Felipe se llevó una mano a la vendada cabeza, sonriendo dolorosamente.

—Bien has quedado, Felipe —se dijo paseando por la estrecha cabaña Cuando se trata de hacer el tonto no hay nadie como tú, Felipe Steele. ¡Ahí es nada! Te vas tan tranquilamente al gran jefe Mac Gregor y le dices: «Yo puedo prender a ese hombre», y cuando el gran jefe te dice que no podrás hacerlo, le llamas mentalmente idiota, y arrancas el permiso para probarlo, y también por un motivo sentimental. Persigues a tu hombre, corriendo cuatrocientas millas hacia el Norte y... ¿cuál es el resultado? Has perdido toda esperanza de encontrarla a ella, y tu «hombre» hace precisamente lo que el gran jefe dijo que haría y te deja en ridículo, aunque al fin y al cabo no ha sido tuya la culpa. Después te apoderas de la cabaña de otro cuando éste no está en ella, te comes sus provisiones, te curas la herida cabeza y te preguntas, maravillado, por qué diablos te habrás alistado en la gloriosa Real Montada cuando puedes apalea el dinero. ¡Vaya una inteligencia la tuya, Felipe Steele! Mas algo nuevo has aprendido. Sabes que por bueno que sea un hombre, siempre hay quien lo es más, aunque ese alguien sea un homicida como Guillermo Debar.

Encendió la pipa y se asomó a la puerta. Por primera vez vio cómo el sol, cual disco amarillento, asomábase en el horizonte sudoeste de la estepa, que se extendía en la ilimitada llanura de dunas de nieve, de rocas y de troncos achaparrados, entre los cuales algunas veces suelen poner los indios y los mestizos sus trampas y cebos envenenados para cazar al zorro norteño. A sesenta millas hacia el Oeste se hallaba Fort Smith; a cien millas al Sur estaba la factoría de la Compañía de la bahía de Hudson, en *Chippewayan*, y a ciento cincuenta millas hacia el Sudoeste estaba la factoría de Fond du Lac. Al

Norte... nada. A unas mil millas se hallarían el mar polar y los esquimales, y, pensando en aquel mundo inanimado y misterioso, se volvió Felipe hacia él para mirar la extensión desolada, vacía y sin vida, que desde la puerta de la cabaña llegaba hasta el Polo. Muy lejos, entre la blancura de la nieve, vio moverse un punto negro. Al principio creyó que se trataba de un zorro que a la distancia de un disparo de fusil pasaba por el lomo de una duna de nieve, porque las distancias son inapreciables en aquella región donde la unión grisácea del cielo con la tierra parece siempre estar muy próxima; luego creyó que pudiera tratarse de un carnero almizcleño o de un reno, pero cuanto más miraba, más se convenció de que no era ninguna de las dos cosas, sino... un hombre. Éste avanzaba lentamente, desaparecía de cuando en cuando en una hondonada, y volvía a aparecer más cerca. Por fin vio Felipe claramente que era en efecto un hombre detrás del cual iba un trineo tirado por varios perros.

—Es Pierre Thoreau —se dijo Felipe temblando de frío y, después de cerrar la puerta y sentarse al lado de la estufa, añadió—: Quisiera saber lo que va a decir cuando vea aquí a un desconocido que se ha comido la mitad de sus provisiones.

Poco después oyó el ruido del trineo al deslizarse sobre el hielo cerca de la cabaña, luego la voz del hombre. Este ruido cesó y entonces oyéronse unos golpes dados en la puerta.

—¡Adelante! —exclamó Felipe, y en seguida se dio cuenta de que no podía ser el mestizo quién llegaba, y que debía de tratarse de un personaje muy original y muy especial cuando se entretenía en llamar a la puerta en medio de aquel desierto de nieve.

Abrióse la puerta y entró un hombre. Era de corta estatura y llevaba un gran abrigo de pieles y una gorra de castor, que le tapaba toda la cara menos los ojos, la punta de la nariz y la punta de una barba congelada que asomaba como un cuerno por entre las solapas levantadas del abrigo. Felipe, mudo de sorpresa, se levantó, la pipa entre los dientes, mientras el extraño visitante cerró la puerta y se aproximó a Steele.

—Le ruego me perdone —dijo con voz blanda, andando como si estuviese completamente helado y tuviera miedo de romperse en dos—. Hace un frío tan infernal que me he tomado la libertad de entrar para calentarme un poco.

—Si, hace frío..., un frío infernal —contestó Felipe acentuando las palabras—. Anoche estábamos a treinta y tres grados bajo cero. Quítese el abrigo.

—Vaya un país éste —dijo el hombre temblando al quitarse la ropa—. Prefiero asarme de calor a esto.

Felipe acudió cojeando para ayudarlo y el forastero le contempló entonces con ojos inquisitivos.

—La cojera no es natural —dijo rápidamente, libre ya la boca del alto cuello—. Vendaje un poco encarnado, ojos febriles, labios demasiado pálidos. ¿Está enfermo o herido?

Felipe se echó a reír mientras el otro se dirigía a la estufa y empezaba a frotarse las manos.

—Herido —contestó—. Si no estuviéramos a cuatrocientas millas del mundo civilizado, diría que es usted médico.

—Lo soy, en efecto —contestó el otro—. Eduardo Wallace Boffin, doctor en Medicina. Avenida North Wabash, 900, Chicago.

Capítulo XIII

El gran experimento acerca del amor.

Al escuchar las palabras del doctor, quedó Felipe mudo de sorpresa durante medio minuto. Luego, con un grito de alegría, alargó de pronto la mano por encima de la estufa.

—¡Rayos y centellas! —exclamó—. ¡Usted es de casa!

—¡De casa! —exclamó a su vez el otro, con acento de sorpresa—. ¿Acaso usted... es de Chicago también?

—¿Ha oído hablar de Steele... Felipe Egbert Steele? Soy su hijo.

—¡Dios santo! —dijo el doctor mirándole aún con más fijeza, a la vez que se quitaba el hielo de la barba—. ¿Qué hace usted aquí?

—De hijo pródigo —contestó sonriendo Felipe Estoy esperando que el cordero tradicional se ponga gordito. ¿Y usted?

—Estoy convirtiéndome en el más perfecto idiota —respondió el doctor, sin quitar la vista de la estufa y frotándose las manos hasta hacer crujir los dedos.

Hasta en el Polo Norte, si allí se hubiesen encontrado, Felipe lo hubiera reconocido como un hombre de profesión. El pesado traje de lana que llevaba era hecho a medida. Gastaba cuello duro y una elegante corbata. De la cadena del reloj pendía un sello. Llevaba la blonda barba a lo Van Dyck perfectamente arreglada. Todo en él, desde la cabeza hasta los pies, calzados de zapatos con lazos, revelaba a gritos al hombre profesional, aun allí, en la región ártica. Tampoco era muy difícil adivinar qué profesión desempeñaba a juzgar por sus manos y la gentileza con que se frotaba los largos y blancos

dedos sobre la estufa. Aparentaba tener unos cuarenta años de edad, sus facciones eran correctas, de rasgos más bien fuertes que bellos. Pero lo que más llamaba la atención en aquella fisonomía eran los ojos, unos ojos no muy grandes, pero sí muy vivos y expresivos. Pertenecían a la clase de ojos que Felipe había asociado siempre a una gran fuerza mental.

El doctor cesó de frotarse las manos y se desabrochó la chaqueta, de uno de cuyos bolsillos extrajo una pitillera de plata.

—No contienen veneno —dijo, sonriendo al abrirla y ofreciendo un cigarrillo a Felipe Están hechos especialmente para mí.

De fuera llegó un ruido que le hizo detenerse cuando iba a llevar al cigarro un fósforo encendido.

—Allí fuera están los perros y el indio —dijo—. ¿Permite usted que, entren?

Felipe se dirigió cojeando hacia la puerta.

—La emoción de encontrarme con un paisano me ha hecho olvidarme completamente de ellos —exclamó el doctor, y en cuatro zancadas alcanzó al joven y lo asió por el brazo—. Espere un momento —rogó—. ¿Cuántas millas hay de aquí a Fort Smith?

—Unas sesenta.

—¿Cree usted posible que yo llegue allí sin... el indio?

—Si está usted dispuesto a quedarse aquí durante algunos días, sí, señor —contestó Felipe—. Yo pienso ir a Fort Smith tan pronto como me encuentre bien.

El doctor dio un profundo suspiro de alivio.

—Eso es precisamente lo que yo quería, Steele —exclamó, visiblemente contento por lo que Felipe había dicho—. No estoy muy bien y necesito descanso. ¿Hace el favor de llamar al guía?

Apenas hubo entrado el indio, con gran sorpresa de Felipe, el doctor empezó a hablar rápidamente cree. Los ojos del guía dieron a entender que comprendía y al final contestó con un monosílabo, asintió con un movimiento de cabeza y sonrió. Felipe advirtió que mientras hablaba, las mejillas del doctor se colorearon un poco, y también que, no solamente con la inflexión de la voz, sino con un rápido movimiento de manos, trataba, al parecer, de dar a entender al indio la importancia de lo que decía.

—Regresará esta tarde a *Chippewayan* —explicó luego a Felipe—. Los perros y el trineo son míos y el indio me dice que puede hacer el camino sirviéndose únicamente de las raquetas de nieve.

Y después de encender el cigarrillo, añadió:

—No entiende el inglés.

El indio había advertido el cinturón y la pistolera de Felipe, y murmuró al doctor algunas palabras en voz baja. El doctor iba a llevarse el cigarrillo a la boca, mas se detuvo de pronto y echó una rápida mirada al joven.

—¿Acaso pertenece usted a la Policía Montada del Noroeste? —preguntó.

—Sí.

—¡Cielos! —exclamó el doctor—. ¡Usted, hijo de un banquero millonario! ¿Para qué, se puede saber?

—Por diversión —respondió Felipe, medio en broma—. Y no vaya a creer que me dulcifican la píldora, doctor. He venido aquí para prender a un hombre; lo encontré, en efecto, mas mis fatigas obtuvieron una gloriosa derrota. Sin embargo, no lo siento. Es más, casi me alegro de que se haya escapado.

—¿Por qué? —preguntó el doctor.

A pesar de su breve amistad, Felipe empezaba a sentir cierta camaradería hacia su interlocutor, y no tuvo inconveniente en contestar a la pregunta.

—El caso es —dijo, no sin cierta vacilación que ese hombre es uno de aquellos criminales que lo son por causas ajenas a su voluntad. Había otros responsables de ello... Es el caso corriente del hombre que sufre las consecuencias de los pecados de otro.

Si al doctor le hubiesen pinchado con una aguja, no hubiera podido saltar de la silla con tan sorprendente celeridad como lo hizo al oír las palabras de Felipe.

—¡Eso es! —gritó agitado, y empezó a pasearse de un lado a otro de la habitación—. No es solamente una teoría, sino una gran verdad. Los seres pueden sufrir más a causa de otros que por sí mismos. Es lo de siempre, desde que nacemos no hacemos sino causar penas a otros con fines egoístas y raras veces el verdadero culpable sufre las consecuencias. Mas cuando esto sucede..., cuando el culpable recibe a su vez el golpe...

Y con la misma sorprendente rapidez que empezara a hablar, se detuvo el doctor y se echó a reír con una risa un poco ficticia.

—¡Tonterías! —exclamó—. Veamos ahora esa cabeza, Steele. Hablando de penalidades, he recordado que, siendo yo médico, podré servirle de algo.

Felipe se había dado cuenta de que el doctor tuvo que hacer un gran esfuerzo para dominarse al cambiar de conversación, y cuando su nuevo amigo empezó a deshacer el vendaje, se preguntó qué misteriosa misión pudo llevar a un médico de Chicago a Fort Smith. El doctor interrumpió sus reflexiones diciendo con viveza:

—¡Curioso sitio para recibir un golpe! Nada grave..., herida poco profunda..., algo de fiebre. Pronto le pondremos bien.

Y de uno de los grandes bolsillos de su sobretodo extrajo un estuche de cuero, especie de botiquín.

—¡Curioso sitio, muy curioso! —murmuró entre dientes, volviendo al lado de Felipe con un frasco en la mano—. ¿Corría usted cuando lo recibió?

Felipe se echó a reír y mientras el doctor seguía curando la herida, le contó en breves palabras todo lo que había pasado entre él y Debar. Hasta horas después, cuando el indio ya había emprendido el regreso y los dos se hallaban fumando delante del fuego chisporroteante, una vez hubieron acabado de cenar, no se le ocurrió al joven pensar cuán íntimo se había mostrado con el otro. Muy raras veces había encontrado a hombres que le causaran tanta impresión como el médico aquel. Le gustaba inmensamente; parecía que lo había conocido años en vez de horas, y hablaba con él francamente de sus aventuras y le hacía mil preguntas acerca de los de su casa. Advirtió que el médico conocía su ciudad natal aún muchísimo mejor que él mismo y que estaba relacionado con muchas personas a las que Felipe trataba, y también que el hombrecillo vivía en un sitio aristocrático. Sin embargo, mientras charlaban, reían y fumaban, el uno sus cigarrillos y el otro su pipa, no podía Felipe abstraerse a cierta extrañeza. El doctor no hablaba nunca de sí mismo ni de sus asuntos y siempre que la conversación amenazaba derivar hacia temas personales, cambiaba hábilmente la cuestión.

Ya era muy tarde cuando Felipe se levantó de la silla y propuso que se acostasen. Al mismo tiempo se echó a reír francamente en la cara del otro.

—Boffin... Boffin... Boffin... —musitó—. Es extraño, doctor, que nunca haya oído hablar de usted, cuando estuve en Chicago. ¿Qué diablos habrá venido usted a hacer aquí arriba?

Al oír la pregunta categórica y al ver un destello de reto en los ojos del joven, el doctor se inclinó un poco hacia él, como si fuera a hablar, mas se dominó. Durante varios segundos estuvo mirándole fijamente a los ojos y cuando, al fin, rompió el silencio, sus mejillas se colorearon de nuevo, como ya lo advirtiera Felipe antes.

—Conozco a su padre —dijo en seguida, en voz baja, un poco cohibido—. Lo conozco muy bien. Naturalmente, leí lo que los periódicos decían cuando usted rompió con la sociedad para irse a América del Sur. Creo que usted es honrado y... leal.

Felipe le miró sorprendido.

—Si no lo creyera —continuó el médico frotándose nuevamente las manos encima de la estufa seguiría su consejo y me iría a dormir. No siendo así, voy a contarle ahora por qué me hallo aquí, si me da palabra de honor de guardarme el secreto. El fin que me propongo es un poco egoísta, porque tal vez usted pueda ayudarme. Sin embargo, es absolutamente necesario que todo quede entre nosotros. ¿Lo promete?

—Guardaré su secreto, a no ser que haya asesinado a alguien —dijo riendo Felipe, llenando de nuevo la pipa porque si es así, será mejor que no me diga nada, ya que me vería en la necesidad de arrestarlo y llevarlo a la jefatura.

Aquella vez no vio el joven el intenso rubor en las mejillas del otro.

—Muy bien —contestó el doctor—. Siéntese, Steele. Estoy seguro de que usted me prestará su valiosa ayuda... si es que puede hacer algo. Ante todo, supongo que es preciso confesar que no me llamo Boffin, sino Mac Gill... Dudley Mac Gil, profesor de neurología y especialista en afecciones mentales...

Poco faltó para que a Felipe se le cayera la pipa de la boca.

—¡Santo Dios! ¿Entonces..., usted fue quién escribió...?

—Si, fui yo quien escribió Freda, si se refiere usted a este libro —concluyó el doctor como sabe añadió—, causó bastante sensación, y casi me costó la cátedra de la universidad. Por otra parte, se vendieron aproximadamente doscientos mil ejemplares del libro, de manera que no salí tan mal.

—Se publicó mientras yo me hallaba fuera de los Estados Unidos —dijo Felipe—. Compré un ejemplar en Río de Janeiro y el recuerdo de sus teorías me estuvo obsesionando semanas enteras. No es posible que usted creyera...

—Lo creía —le interrumpió rápidamente el doctor Creía absolutamente en todo lo que escribí. Era la teoría de mi vida.

Y de un salto se puso en pie y comenzó a pasearse de arriba abajo del modo rápido y nervioso que le era peculiar. Había desaparecido el color de sus mejillas, cediendo su puesto a una extraña palidez. Sus labios contrajéronse en un rictus singular, apretaba los puños y, cuando comenzó a hablar, su voz era aguda, cortante.

—Era la teoría de mi vida —repitió casi fieramente y en ella está la causa de mi presencia en estos lugares. Decía en mi teoría que no existía «la chispa divina del amor» entre los hombres y las mujeres que no estuviesen unidos por lazos materiales, que no había aquello de «dos almas que se buscan», que no podía haber ni fe ni pureza ni unión alguna entre los sexos que no pudiera

ser destruido por pasiones bajas. Afirmaba en mi teoría que el hombre y la mujer no eran sino una especie de máquinas y que la pasión, y no el amor que soñamos y leemos, unía a esas máquinas, y que todas las máquinas humanas, tratárase de hombres o mujeres, podrían ser destruidas moralmente por el sexo opuesto... en determinadas ocasiones. ¿Me comprende usted? Mi teoría venía a ser una fuerza destructora de hogares, de la felicidad, de la pureza moral. Era una teoría perniciosa. Argüí acerca de ella en las revistas profesionales, escribí un libro basado en ella, mas me faltaban las pruebas. Necesitaba una prueba basada en la experiencia. Empecé, pues, a preparar los experimentos.

El doctor parecía haber olvidado la presencia de Felipe y continuó hablando con tono amargado, como si se acusara de algo que aún no había revelado.

—A causa de ellos casi me convertí... en criminal. No tenía yo fe en la humanidad, fuera del estrecho campo de mi ciencia experimental. Yo mismo me consideraba como una máquina fría, desapasionada, y me cuidaba poco de las mujeres, con la sinrazón de mi teoría. Tranquilamente y sin pensar en las consecuencias, empecé a preparar las cosas para asentar la veracidad de mis afirmaciones. Cuando lo recuerdo, siento repugnancia por mis acciones. Fue una cosa horrenda, porque la comprobación de mis teorías significaba la miseria y la desgracia para aquellos seres con los que había de hacer la prueba. Decidí, pues, hacer el ensayo con seis «máquinas»..., tres hombres y tres mujeres, jóvenes todos. Mi idea era que cada una de las partes integrantes había de ignorar el papel que le incumbía en mis proyectos, y que las parejas tenían que estar en constante contacto..., pero alejados de la sociedad, porque, como recordará, para que mi teoría se pudiera llevar a la práctica habían de concurrir ciertas circunstancias favorables. Mediante un agente de mucha confianza, y muy bien pagado, alquilé a los hombres. Otro agente, una mujer, me proporcionó las tres mujeres que necesitaba. A una de las jóvenes la mandé a un sitio obscuro, ignorado, a cien millas al interior del Brasil, aparentemente para que actuase de institutriz en una familia norteamericana, la cual no existía. Al mismo sitio, y por distinto conducto, envié a un joven, al que di aparentemente la tarea de obtener informaciones acerca de las condiciones del país para un grupo de capitalistas que trataban de hacer ciertas explotaciones. ¿Empieza a comprender?

—Sí, empiezo a entender contestó Felipe.

—El lugar a que se mandó a ambos lo componía una docena de chozas dijo el doctor, reanudando su paseo por la habitación No había allí nadie que

entendiera el inglés más que aquellas dos personas. Por lo tanto, las condiciones eran favorables, porque no podrían evitar el contacto constante. Era, pues, forzoso que entre los dos confirmasen mi teoría o que le diesen un mentís. Estaba seguro de que permanecerían en aquel lugar los tres meses que mi experimento requería, puesto que pagaba a ambos un salario muy crecido. Cuando la joven llegó y no encontró a la familia americana a cuyos niños había de cuidar, recibió el aviso, ya dispuesto de antemano, de que esperase la llegada de dicha familia. El hombre, naturalmente, tenía trabajos ficticios que le retendrían allí.

—Ya entiendo —repitió Felipe.

—La segunda pareja siguió diciendo el doctor, que hizo un esfuerzo y se sentó enfrente de Felipe —fue enviada en condiciones similares aquí, al Norte, a un puesto alejado cuyo nombre no quiero indicar por varias razones. Y la tercera pareja marchó a un distrito de América Central, donde causan estragos las fiebres.

Nuevamente se levantó de la silla y Felipe guardó silencio mientras el doctor se dirigió al sitio donde había dejado su abrigo de pieles, de uno de cuyos inmensos bolsillos extrajo otro paquete de cigarrillos. Temblábale un poco la mano al encender uno, y la llama del fósforo, al iluminar un instante su rostro, mostraba claramente la tensión nerviosa que sufría.

—Supongo que a usted le ha de parecer todo esto muy extraño —dijo a poco—. Mas, frecuentemente, se hacen en los trabajos científicos cosas extrañas que al parecer no tienen sentido. A locos debemos la actual grandeza de la civilización. Nuestros más grandes inventores, nuestros hombres más preeminentes, de todos los tiempos y de todas las edades, han estado, en cierto modo, locos, puesto que fueron anormales y la anormalidad no es más que una forma de locura.

El hombrecillo miró a Felipe a través del humo del cigarrillo como si esperase una contestación, mas Felipe se limitó a humedecerse los labios, guardando silencio.

—Obtuve seis meses de permiso —resumió Mac Gil—, y me fui a averiguar los resultados de mis experimentos. Primero me embarqué para Río de Janeiro y de allí fui al lugar al que había mandado la primera pareja. Debido a mi viaje, transcurrieron cinco semanas entre la fecha en que recibí la última carta de la pareja y el día en que llegué allí. ¡Dios mío, Steele! Cuando pregunté por ellos, ¿sabe adónde me llevaron?

Dejó caer el cigarrillo a medio consumir y su voz sonó roncamente cuando repitió la pregunta.

—¿Dónde..., dónde cree usted que me llevaron?

—¡Sabe Dios! —exclamó Felipe con voz trémula—. ¿Dónde?

—A las afueras de la villa, junto a dos tumbas recientes —dijo el doctor con acento doloroso—. Poco después supe su historia. La joven, no sabiendo qué hacer, había empezado a enseñar a los niños de los indígenas. Fue un ángel. Las pobres mujeres indígenas, casi desnudas, me lo dijeron así por mediación del intérprete. Los niños la lloraron cuando ella murió. Los hombres habían ido a buscar, a muchas millas de allí, árboles floridos para plantarlos junto a la tumba, a fin de que tuviesen sombra ella y... él. Tal como yo había proyectado, lo dos se hallaron, el hombre y la mujer..., sólo que no resultó como yo había previsto. Según me han dicho, fue el de ellos un amor hermoso, tan dulce y tan puro como no puede haber otro en el mundo. Dijeron que los dos fueron la felicidad del pueblo, y que todos los domingos, el hombre y la mujer cantaban para los indígenas hermosas melodías que éstos no comprendían, pero que alegraban hasta a los enfermos, haciéndolos sonreír de gozo. El sitio en que se hallaba enclavada la villa era muy malo, rodeado casi por el río pantanoso, y el calor terrible de aquel verano trajo consigo una enfermedad extraña. Una enfermedad terrible, fatal, de la que muchos sucumbieron, y tanto el hombre como la mujer trabajaron día y noche para curar a los enfermos y para darles ánimo. ¿Para qué continuar? —exclamó el doctor con un sollozo—. ¿Para qué decir más? Bástele saber que el hombre murió primero y la joven le siguió una semana después, y los enterraron uno al lado del otro, debajo de aquellos árboles exóticos. ¿Para qué decir más... si no es para confesar que yo soy su asesino?

—Muchos errores se han cometido en nombre de la ciencia dijo Felipe, conmovido. Éste ha sido uno de ellos. La teoría de usted era equivocada.

—Sí, era equivocada —dijo el doctor con dulzura—. Me salvé, matándolos a ellos. Con ellos murió mi teoría y con la mayor rapidez encaminé mis pasos hacia aquel otro lugar de la América Central. En aquel momento se dulcificó la mirada del doctor, quien dio la vuelta a la estufa y cogió entre sus manos la derecha de Felipe, mirándole fijamente...

—Nada había sucedido allí —dijo en un susurro—. Mas la encontré a ella, y por ello doy gracias a Dios. La amé, y así mi teoría, mil veces maldita, recibió el golpe definitivo. Ella ahora es mi esposa y yo soy el hombre más feliz de la tierra... Sólo empaña mi felicidad el recuerdo de aquello. Antes de casarnos, se lo conté todo, y ella me perdonó. Juntos hemos tratado de reparar en lo posible lo que llamo, y llamaré siempre, mi crimen. Descubrimos que el hombre que murió en Brasil mantenía a una anciana madre, y que los padres

de la muchacha vivían en una pequeña hacienda hipotecada de Michigan. A la anciana le mandamos diez mil dólares, y a los padres de ella igual suma. En la villa donde los dos murieron mandamos edificar una pequeña iglesia. La tercera pareja continuó, dejando la mano de Felipe vino, como le dije, aquí al Norte. Cuando regresé del Sur, vi que varios de los cheques enviados habían sido devueltos. Escribí una carta tras otra, sin hallar, no obstante, rastro de ninguno de los dos. Envié al Norte a mi agente y éste regresó sin haber sabido nada de ellos. No aparecieron ni siquiera en Fort Smith, que fue donde los mandé. Y ahora... he venido yo para buscarlos personalmente. Tal vez, en las futuras correrías de usted por este país, pueda servirme de algo. Por eso se lo he contado todo... con la esperanza de que usted me ayudará... si puede.

Y con el gesto rápido y seguro de antes, el doctor se fue a una de las dos literas de la cabaña de Pierre Thoreau.

—Ahora —dijo, con risita un tanto forzada voy a seguir su consejo, acostándome. ¡Buenas noches!

Capítulo XIV

El resultado del experimento.

Felipe permaneció todavía una hora despierto, después de acostarse, sumido en profundas reflexiones acerca de la narración del doctor, la cual también le obsesionó durante el sueño. La historia ejercía sobre él, de un modo que no supo explicarse, una extraña influencia, que determinó también el deseo de conocer el fin de ella. Despertóse por la mañana con el vivo anhelo de reanudar la conversación acerca del asunto, mas el doctor le decepcionó. En todo el día no aludió ni una sola vez a la misión que tenía que cumplir en el Norte y cuando, una o dos veces, Felipe volvió sobre el asunto, Mac Gill evadió hábilmente la cuestión, dando a entender, mas sin decirlo expresamente, que consideraba aquello como un incidente terminado en lo que se refería a ellos dos, y que solamente volvería a hablar de él cuando Felipe pudiese serle útil en la busca. Hablaba el doctor, en cambio, francamente de su casa, de la belleza y de la bondad de su esposa, y de otro ser que aumentaría la pequeña familia durante la primavera. Felipe y Mac Gill discutieron los asuntos de la ciudad, hablaban de política, de los clubs y de los deportes. Disgustábale al doctor la sociedad, aun cuando por razones de su profesión se viera obligado a vivir en ella, y en esta aversión hacia la sociedad coincidían los dos hombres. Aumentaba entre ambos la mutua confianza e intimidad en todos los terrenos, menos en uno; pasaron horas enteras jugando a las cartas con una vieja baraja de Pierre Thoreau, y al tercer día de conocerse entonaron juntos viejas canciones de estudiantes, casi olvidadas por los dos. Fue aquella noche precisamente cuando determinaron permanecer

solamente un día más en la cabaña de Pierre Thoreau para dirigirse al siguiente a Fort Smith.

—¿Tiene esperanzas de encontrar algo allí? —preguntó Felipe con indiferencia, mientras se preparaban para irse a dormir.

—Pocas, pero pienso empezar a buscar allí —contestó el doctor—. Tengo más esperanzas de encontrar alguna nueva pista en *Chippewayan*, donde ya hallamos algunos indicios. Precisamente envié al indio allí para que continuase las pesquisas.

Después, acostáronse. No sabía Felipe cuánto tiempo había dormido ya, cuando de pronto le despertó un débil ruido.

De un modo subconsciente, cerrados aún los ojos, permaneció inmóvil y escuchó. Oyó de nuevo el ruido que semejaba pisadas suaves, cantos muy próximos. Sin moverse, abrió los ojos. La lámpara de aceite, que apagara al acostarse, ardía nuevamente. A su débil luz vio al doctor, a medio vestir, en actitud de escuchar.

—¿Qué pasa? —preguntó Felipe.

El doctor tuvo un sobresalto y se volvió hacia la estufa.

—Supongo que estoy nervioso —dijo tristemente—. Temí despertarle. Tres veces en una hora me he levantado para escuchar, porque creía haber oído una voz.

—¿Una voz?

—Si, estando echado en la litera, hubiese jurado que oí llamar a alguien que está allí fuera, en la noche. Mas cuando me levanto, no, no la oigo ya. He estado en la puerta hasta quedarme helado.

—Es el viento —afirmó Felipe Muchas veces me ha sobresaltado a mí también. El viento ha llegado a parecer, a veces, el quejido de un niño, y, otras veces, el sollozo de una mujer o los gritos de un hombre. Más vale que vuelva a acostarse.

—¡Escuche!

El doctor se irguió, volviendo el pálido rostro hacia la puerta.

—¡Dios mío! ¿Esto puede haber sido el viento? —preguntó.

Felipe se había levantado y estaba vistiéndose.

—Vístase y saldremos para verlo —avisó.

Juntos se fueron a la puerta, la abrieron y salieron afuera. El cielo estaba cubierto, pesado, no había sino una mancha blanca que indicaba el sitio de la luna. A cincuenta metros el color gris de la atmósfera se tornaba opaco. Pasando por mil millas de dunas de nieve, llegaba a ellos el viento del Norte con un débil silbido, elevándose a veces a rachas de fina nieve, y a intervalos

muriendo hasta convertirse en un susurro. En uno de aquellos intervalos, ambos retuvieron de pronto el aliento. De alguna parte de la noche, sin que fuera posible definir la procedencia, llegó una voz humana:

—¡Pier-r-r-e Tho-reau, Pier-r-r-e Tho-reau..., oiga-a-a, Pierre Tho-reau-u-u!

—¡Allí! —exclamó estremeciéndose el doctor.

—¡No, allí! —dijo Felipe.

Y elevó también su voz en un grito estentóreo para contestar al que llamaba, y, como respuesta, se oyó nuevamente llamar a Pierre Thoreau.

—¡Venga! —exclamó el doctor.

Y se alejó corriendo, formando su abrigo de pieles una mancha oscura sobre el gris de la noche. Felipe volvió a elevar de nuevo la voz, formando una bocina con las manos, mas no obtuvo respuesta esta vez. Llamó por segunda vez y por tercera y tampoco oyó nada. «Es extraño —pensó—. ¿Qué diablos puede significar?».

El doctor había desaparecido y Felipe le siguió en la dirección que aquél había tomado. Después de andar unos cien metros, volvió a ver delante la mancha oscura del abrigo, mas esta vez cerca del suelo. El doctor se hallaba inclinado sobre una forma humana que yacía en la nieve.

—No hay tiempo que perder —dijo a Felipe cuando vio llegar a éste. De su voz había desaparecido la agitación. Hablaba a su compañero de un modo frío y profesional, casi de mando—. Usted es más fuerte que yo. Cójalo por los hombros y manténgale la cabeza en alto. No creo que esté inconsciente a causa de la nieve, porque el cuerpo tiene su calor normal. Lo que noto es algo húmedo en la camisa. Es posible que sea sangre. Téngale, pues, la cabeza en alto.

Entre los dos llevaron al herido a la cabaña, y con la rapidez del hombre acostumbrado a tales menesteres, el doctor se quitó el abrigo y la americana, mientras Felipe contemplaba el rostro del hombre. Felipe estaba familiarizado con las desgracias y el derrame de sangre, mas, a pesar de ello, se estremeció ligeramente ante el aspecto de aquel hombre inconsciente. Aparentaba ser joven. Poseía fuerte musculatura y anchos hombros; tenía el rostro afeitado, cabello castaño y bien cortado. Por lo demás, no era posible saber si era de tez blanca o morena, porque desde el mentón hasta la cabeza, toda la cara estaba cubierta de sangre.

—Mal aspecto, ¿verdad? —dijo el doctor en tono animado Ya me figuré que no fue el frío lo que le causó el desmayo. El corazón le late con demasiada violencia, el pulso es demasiado rápido. ¡Haga el favor, Felipe: un

puchero de agua caliente! El doctor desabrochó la americana y la camisa del enfermo y pocos momentos después, cuando Felipe trajo toalla y una jofaina de agua, se levantó, habiendo terminado el examen.

—Llegamos justamente a tiempo, como ya le dije antes —exclamó con satisfacción—. No hubiéramos podido oír otro grito de él, Felipe —añadió, pronunciando el nombre del joven con la soltura del que está acostumbrado a tratar familiarmente a las personas—. La herida está en la cabeza, pero los huesos del cráneo no están rotos; la pérdida de sangre y el cansancio motivaron el desmayo. Dentro de una hora estará tomando una buena taza de café, si usted quiere hacerlo.

Mac Gill se remangó y empezó a lavar el rostro del herido.

—Es un guapo mozo —dijo a poco sin volverse—. Líneas bien trazadas, boca firme, frente ancha detrás de la cual ha de haber substancia gris, mentón bien... —Se interrumpió para preguntar—. ¿Qué supone usted que puede haberle pasado?

—No tengo la más mínima idea —contestó Felipe, a la vez que colocó la cafetera sobre la estufa—. Habrá recibido un golpe, ¿no es eso?

Estaba Felipe después subiendo la mecha de la lámpara cuando oyó un grito como de sorpresa que venía del lado de la cama. El tono de aquella voz le hizo volverse con tal rapidez que, debido a un movimiento falso de sus dedos, se apagó la lámpara. Volvió a encenderla y miró al doctor. Éste se hallaba arrodillado al lado del enfermo, terriblemente pálido.

—¡Válgame Dios! —exclamó—. ¿Qué ha sido eso?

—Nada, nada, Felipe; ha sido el enfermo. Pero el grito sonó tan de súbito que me cogió de sorpresa.

—Creía que era usted quien había gritado dijo Felipe.

—No, no; ha sido él. ¡Vea! Ahora parece que vuelve en sí.

El herido abrió lentamente los ojos y los volvió a cerrar inmediatamente. Dio un gran suspiro y estiró los brazos como si acabara de despertar de un largo sueño. El doctor se puso en pie de un salto.

—Necesitamos hielo, Felipe, un buen pedazo de hielo puro del riachuelo. ¿Quiere usted coger el hacha y aquellos dos cubos y traerlos llenos de hielo? No es que haya mucha prisa; basta que esté aquí dentro de una hora.

Felipe volvió a arrojarse con su gabán y salió con el hacha y los dos cubos.

—¡Hielo! —murmuró—. ¿Para qué querrá ahora el hielo?

Quitó la capa de nieve que tenía tres pies de alto y estuvo partiendo hielo durante media hora. Cuando regresó a la cabaña, vio que el herido se hallaba

sentado en la litera sostenido por algunas almohadas. El doctor, presa de gran agitación, estaba paseándose por la estancia.

—¡Asesinato..., robo..., asalto! ¡Y, como quien dice, en nuestras propias barbas! —gritó cuando vio a Steele—. Pierre Thoreau está muerto... Fue asesinado por los que han creído matar también a este hombre. Lo asaltaron ayer por la tarde cuando Pierre y su socio regresaron, para robarles la caza y el equipo. Los asesinos, que son un mestizo y un trampero blanco, han ido, al parecer, a la choza suya, que se halla a unas seis millas río arriba. ¡Aquí, señor Steele de la Real Montada, tiene usted una pequeña tarea!

Jamás orden alguna de su jefe, Mac Gregor, animó tanto a Felipe como aquellas frases inesperadas del doctor. Sin embargo, los dos hombres que le observaban no pudieron advertir esta animación en el rostro del joven. Dejó los cubos de hielo en el suelo y se quitó el abrigo con mucha calma. Luego se dirigió al lado de la litera en que estaba el herido.

—Me complace que se encuentre usted mejor dijo, y miró atentamente al rostro pálido del otro ¡De buena se ha escapado usted! Supongo que desvariaba un poco, ¿verdad?

Por un instante los ojos del herido se apartaron de Felipe para mirar hacia el doctor.

—Sí, así debe haber sido. Dice el médico que yo llamé a Pierre, cuando Pierre está muerto. Le dejé a diez millas de aquí, en la nieve. —Sus párpados se cerraron durante un momento y de su garganta escapó un quejido de dolor, mas continuó en seguida Pierre y yo habíamos ido a cazar zorros con trampas. Regresábamos con las provisiones que nos habían de durar hasta la primavera, cuando... sobrevino aquello. El blanco se llama Dobson y con él va un mestizo. La choza de ellos está a unas seis o siete millas de aquí, río arriba.

Felipe observó que el doctor estaba examinando un revólver que acababa de sacar de un bolsillo de su abrigo. Se acercó a la cama con el arma en la mano.

—Basta, Felipe —dijo suavemente—. Es preciso evitar que hable más, cuando menos en una o dos horas, porque de lo contrario subirá la fiebre. Póngase el abrigo, que yo me voy con usted a esa otra choza.

—Iré solo —respondió Felipe secamente—. Usted atienda a su paciente.

Con los primeros albos de la mañana, después de beber una taza de café y comer un pedazo de galleta tostada, se puso Steele en camino hacia la choza, calzado de unas viejas raquetas de nieve que habían pertenecido a

Pierre. El doctor le siguió hasta el riachuelo, y sólo cuando lo hubo perdido de vista regresó a la cabaña.

El herido estaba sentado al borde de la litera cuando Mac Gill volvió a entrar. El esfuerzo que para ello realizó le había devuelto un poco de calor al rostro, y cuando el otro entró, se sonrió levemente.

—De buena me he librado, gracias a usted dijo, repitiendo lo que antes había dicho Felipe.

—Eso mismo —respondió el doctor.

Encima de la mesa había colocado Mac Gill un par de revólveres y de ellos ofreció uno a su compañero.

—Sin embargo, todavía no ha terminado todo, Falkner —añadió.

Los dos hombres se pusieron a almorzar, teniendo cada uno su revólver preparado junto al plato. De cuando en cuando, el doctor interrumpía la colación para ir a la puerta y mirar hacia la ancha estepa. Casi habían concluido de almorzar cuando volvió de una de sus salidas, los labios un poco apretados, y con un ligero temblor en la voz.

—¡Vienen, Falkner!

Ambos se armaron de sus revólveres, y el doctor se subió el cuello del abrigo, que ajustó sobre la garganta. Durante diez minutos estuvieron en silencio, escuchando. Sólo cuando oyeron el ruido de las zancadas de las raquetas se levantó Mac Gill. Poniéndose el revólver en el bolsillo, se dirigió a la puerta. Falkner le siguió, mas se ocultó detrás de la puerta cuando el doctor la abrió. El trineo se acercaba a través del llano. Los perros de Mac Gill se hallaban debajo de un cobertizo junto a la cabaña y cuando los del trineo se dieron cuenta de la presencia de otros perros, empezaron a ladrar furiosamente en son de lucha. Entonces el trineo se detuvo y uno de los desconocidos se aproximó a la cabaña. Al ver a aquel hombrecillo de aspecto aristocrático que le esperaba a la puerta de la cabaña, el desconocido se quedó sorprendido.

—¿Está Pierre Thoreau? —preguntó.

—Soy forastero también, de modo que no sabría decírselo —respondió el doctor contemplando a su interlocutor con manifiesta calma—. Es posible que sí que esté, porque recogí anoche a un hombre medio muerto en la nieve y estoy esperando que vuelva en sí. Se trata de un joven de semblante dulce y pelo castaño, que tiene un corte en la cabeza. Puede que sea Pierre Thoreau.

Apenas había pronunciado estas palabras, el otro se quitó rápidamente las raquetas de nieve y, haciendo una señal con una mano a su compañero, que

estaba junto a los perros, se metió corriendo en la cabaña, exclamando al mismo tiempo en voz baja:

—¡Es él..., el hombre que deseo! Soy Dobson, de la...

No tuvo tiempo de concluir la frase. Falkner le había rodeado el cuello con sus poderosos brazos, apretando tanto que no pudo articular palabra. Tres minutos más tarde, cuando el acompañante de Dobson entró a su vez en la cabaña, encontró a su amigo fuertemente atado, echado cara arriba en el suelo, y se vio frente a las bocas amenazadoras de dos revólveres que le apuntaban al corazón. Era el compañero del prisionero un mestizo de escasa talla, casi de la misma altura que el doctor, y la única demostración de protesta que hizo cuando le ataron las manos a la espalda, consistió en que comenzó a exclamar nerviosamente palabras dichas en mal francés, protesta que el doctor interrumpió acercándole el arma al rostro.

—Así estará bien dijo Mac Gill apartándose un poco para contemplar al mestizo Creo que es usted bastante inofensivo para permitirle que ande y hable. —Y con una reverencia un tanto cómica, añadió—: Señor, voy a rogarle que tenga a bien llevarnos a Fort Smith. Mas tenga presente que si hace un gesto que no me agrade, le levantaré la tapa de los sesos. Usted y su amigo han de responder de la muerte de Pierre Thoreau y de la tentativa de asesinar a este joven, quien nos seguirá en breve para declarar contra los dos.

Era evidente que el mestizo no había comprendido nada de lo dicho por el profesor, por lo que éste añadió algunas palabras en francés.

El hombre que yacía maniatado y amordazado en el suelo comenzó a revolcarse y a gemir hasta que se congestionó su rostro.

—¡Cálmese! ¡Cálmese! —exclamó el doctor Ya sé que las cosas van mal para usted, Dobson, mas es preciso tener paciencia. Ha tenido usted mala suerte, ¡qué le vamos a hacer! Falkner, si usted quiere ayudarme, no perderé tiempo en ponerme en camino hacia Fort Smith.

Media hora más tarde, un extraño equipo se puso en marcha desde la cabaña de Pierre Thoreau. Al frente de los perros y del trineo que había llegado aquella misma mañana iba el mestizo, atado el brazo izquierdo con una correa *babiche*. En el trineo, detrás de él, yacía Dobson, como inanimado bulto, envuelto en una manta, y como retaguardia, junto al trineo, iba, sin el abrigo, Dudley Mac Gill, profesor de neurología y especialista en enfermedades mentales, con un buen revólver en la *enmitonada* mano.

Desde la puerta, Falkner los vio marchar.

Seis horas más tarde regresó Felipe de su expedición.

Falkner le vio venir por el río helado y se apresuró a ir a su encuentro.

—He encontrado la choza, pero no había nadie en ella —dijo Felipe—. Hace tiempo que está abandonada. No había huella alguna en la nieve, y dentro de ella todo estaba congelado. Los rastros que hallé fueron las señales de que allí había estado una mujer.

Los músculos del rostro de Falkner se contrajeron instantáneamente.

—¡Una mujer! —exclamó.

—Sí, una mujer replicó Felipe es más, había una fotografía de ella en una mesa. ¿Acaso ese Dobson estaba casado?

Falkner se había quedado un poco atrás cuando penetraron en la cabaña.

—Hace mucho tiempo... había allí, en efecto, una mujer —dijo—. Era muy joven y... casi hermosa. Mas no era esposa de Dobson.

—Era hermosa —respondió Felipe— tanto que he traído la fotografía de ella para unirla a la colección que tengo en casa. —En aquel momento advirtió que no estaba Mac Gin—. ¿Dónde está el doctor?

El rostro de Falkner estaba cubierto de mortal palidez, mientras revelaba a Steele lo que había ocurrido durante su ausencia:

—Dijo que pensaba acampar muy temprano esta tarde, a fin de que usted pudiese darle alcance —dijo, terminando el relato de la captura y de la partida del doctor con sus prisioneros—. El profesor creyó que a usted no le convendría perder un minuto en llevarlos a Fort Smith y que por lo tanto le parecía conveniente adelantar todo lo posible. Mañana o pasado, seguiré con el otro trineo, el del doctor; iría con usted si no fuese porque él me mandó que me quedara aquí para curarme la herida cuando menos veinticuatro horas más.

Felipe alzó los hombros aparentando indiferencia, y durante la comida poco se dijeron los dos hombres. Después de una hora de descanso, se preparó Felipe un pequeño equipo y marchó para dar alcance al doctor. En su fuero interno estaba furioso por la acción que cometió el profesor al ausentarse de la cabaña con los prisioneros, mas esperaba confiadamente que Mac Gill le aguardaría en algún punto del camino, como había indicado a Falkner. Sin embargo, a la caída de la tarde aún no había alcanzado a su nuevo amigo. Un poco antes de hacerse de noche, se subió a un árbol muerto que se hallaba en la cima de una colina, desde donde pudo alcanzar con la vista una extensión de doce millas de llano estepario. A las seis, ya de noche, se detuvo para encender fuego y prepararse un poco de té, para calentar carne y tostar galleta. Después de la frugal cena, reanudó la marcha, caminando hasta las diez de la noche, hora en que se detuvo de nuevo, encendió una gran hoguera y se echó cerca de ella, para continuar la persecución a la mañana siguiente. Al alba se

puso nuevamente en camino y sólo a media mañana encontró el lugar donde el doctor había acampado el día anterior.

En la hoguera aún había rescoldos, y alrededor de ella la nieve se hallaba fuertemente apisonada. Hacia el Norte amontonábanse en el cielo negros nubarrones, aviso de un fuerte temporal, al que Felipe no se atrevió a afrontar por el gran cansancio que sentía. El viento traía ya algunos presagios de la ventisca que amagaba. A pesar de que se dijo que hubiera sido más conveniente descansar en aquel lugar junto a un buen fuego, Felipe continuó en la esperanza de encontrar pronto a Mac Gill. Afortunadamente, la ventisca no llegó a estallar y al cabo de dos horas amainó también el fuerte viento. Sin embargo, no pudo dar alcance al doctor, y se vio obligado a acampar de nuevo para descansar durante la noche, maldiciendo interiormente al pequeño doctor que le precedía con tanta celeridad.

Al mediodía siguiente divisó desde lejos las pocas cabañas, hechas de troncos de madera, que formaban el lugar de Fort Smith, situado en un llano nevado, desprovisto de árboles, en la orilla opuesta del río Slave. Rápidamente cruzó el río helado y traspasó la hilera de cabañas para llegar a la factoría. Frente a las oficinas de la Compañía había un grupo de hombres, mujeres y niños. Se abrió camino por entre el grupo y se detuvo al pie de los escalones de madera que conducían a la puerta.

Por ella salía en aquel momento el profesor Mac Gill, el cual miró a Felipe con ojos vidriosos. Luego descendió lentamente los escalones, andando como un sonámbulo.

—¡Válgame Dios! —exclamó roncamente, con voz que sólo Felipe pudiera oír—. ¿Sabe usted lo que he hecho?

—¿Qué? —preguntó Steele, mientras Mac Gill bajaba el último peldaño.

—Felipe —murmuró aquel hombre que encontramos en la nieve con una herida en la cabeza me ha jugado una mala partida. Era un criminal y yo, creyéndole a él la víctima, he arrestado y traído aquí, a Fort Smith, nada menos que al hombre que partió para capturarlo, al cabo Dobson, de la Real Montada, y a su guía, François no sé qué. ¿Verdad que es divertido el caso?

La misma tarde, el cabo Dobson y su guía volvieron a partir en busca de Falkner, y esta vez iban acompañados de Pierre Thoreau, quien hasta entonces no se enteró de todo lo que había sucedido en su cabaña. Steele no volvió a ver al doctor en todo el día, mas, a la mañana siguiente, el mismo Mac Gill fue en su busca y se lo llevó a una cabaña que había a media milla de distancia, río abajo. En la puerta de ella hallábanse dos indios con un equipo numeroso de fuertes perros y un trineo de gran tamaño.

—Lo compré todo anoche —explicó el doctor—. Voy a partir hacia el Sur hoy mismo.

—¿Entonces no continúa la busca? —preguntó Felipe.

—No, porque ya se acabó —respondió Mac Gil—. Terminó en la cabaña de Pierre Thoreau. Falkner es el tercer hombre de mi experimento.

—Pero... si el tercero... —empezó Felipe.

El pequeño doctor siguió sonriendo.

—¡Hay tantas cosas en el cielo y en la tierra, Felipe, que ni remotamente pueden adivinar los filósofos! Este experimento del amor me ha fracasado en lo que concierne a las teorías, mas cuando pienso en la significación más amplia, más profunda de todo esto, no puedo menos de..., no, alegrarme no es la palabra...

—Lo que yo no entiendo es... —exclamó Felipe, pero fue interrumpido por un gesto del doctor.

—Escúcheme, Felipe, y tenga entendido que fío en su palabra de honor —empezó a decir, a la vez que sonreía ante el asombro que se reflejaba en el rostro del otro—. Todo ello es tan maravilloso, que, quiero que conozca usted el final, y sepa cómo todo ha resultado bien para mí... y para la mujercita que me aguarda en mi casa. Fui yo, y no Falkner, el que dio aquel grito un poco antes de que apagara usted la luz. Había caído de su bolsillo una carta y la reconocí como una de las que envié al Norte por mediación de mi agente, ¿entiende? Le mandé a usted a buscar hielo, y durante su ausencia le conté a Falkner quién era yo, y él me explicó por qué no había sabido nunca nada de él y por qué se hallaba en la cabaña de Pierre Thoreau. Mi agente lo envió con quinientos dólares al Norte, como primer pago, y para ser breve, se puso a jugar a las cartas en Prince Albert..., cosa que puede ocurrir a cualquiera de nosotros..., y el resultado fue que se enredó en una riña, en la que por poco mata a un hombre. Desde entonces están persiguiéndolo y poco ha faltado para que lo cogiesen, cuando usted y yo lo encontramos en la nieve, herido de un golpe que se causó en una caída desgraciada aquella misma noche, en su huida. El caso de Falkner es la confirmación total y absoluta de la falsedad de mi teoría.

—Pero... ¿y la muchacha? —preguntó Felipe.

—Ahora la veremos personalmente y ella le contará toda la historia como me la contó a mí —siguió diciendo el doctor, sin perder la calma—. ¡Qué maravilloso es el amor, el gran amor humano que llena la tierra!... Los dos se encontraron en Fort Nelson, tal como yo había proyectado que sucediese, y cuatro meses más tarde hicieron cisco mi teoría casándose en la pequeña

iglesia de la factoría de York. Quiero decir que destruyeron la parte mala de mi teoría, Felipe, pues, en verdad, las tres parejas confirmaron la parte buena de ella, esto es que, realmente, no puede haber predestinación de almas, sino que hombres y mujeres normales, cuando se encuentran en ciertas favorables circunstancias, se enamoran de un modo natural, y se defienden mutuamente hasta morir. Puede que no haya una persona entre mil que lo crea así, pero yo sigo creyéndolo. En cuanto a Falkner, el último, la honradez que había en él supo dominar su amor, contándole a la muchacha su condición; que, hasta verla, había estado bebiendo y jugando y que por el tiro que pegó a aquel hombre de Prince Albert iría más tarde o más temprano a la cárcel. ¿Y ella? ¡Ésta sí que destruyó hasta los últimos vestigios de mi teoría! Ella amaba a Falkner tal como ahora creo que toda mujer es capaz de amar, y se casó con él y arrojó a su lado todas las dificultades, huyendo con él cuando se vio precisado a huir. La fe que tiene en él es sencillamente algo maravilloso. Durante algún tiempo vivieron en aquella choza de las cercanías de la cabaña de Fierre Thoreau, y tal vez jamás los hubieran encontrado si no hubiesen cometido la tontería de tomarse un día de asueto yendo a Fort Smith. Falkner me dijo que era seguro que sus perseguidores se detuvieron en la cabaña de Pierre y entonces convinimos aquella treta para desembarazarnos de usted a fin de que nadie pudiera reprocharle nada por lo que sucedió después. Falkner me dijo dónde encontraría yo a su mujer. Y a estas horas ya se halla muy adelantado en su camino hacia los Estados Unidos y para cuando yo lleve a su mujer allí, ya habrá llegado sano y salvo.

Felipe, casi de un modo inconsciente, extrajo de su bolsillo la fotografía.

—Y ésta... dijo.

—Ésta es la esposa de Guillermo Falkner, Felipe. Entre, que siento impaciencia por presentársela.

Capítulo XV

La última tarea de Felipe.

Felipe, en lugar de seguir al doctor, detuvo a éste cogiéndole por el brazo.
—¡Espere! —dijo.

La voz y los ademanes serios del joven causaron a Mac Gill un pequeño sobresalto que se reveló en la ansiedad de su mirada.

—Deseo hablar con usted —continuó Felipe—. Para hacerlo con entera libertad, podemos alejarnos de aquí paseando.

El doctor, mientras juntos emprendían el paseo, le miró con cierta prevención y cuando ya no podían ser oídos de nadie, le dijo con cierta rudeza:

—Oiga usted, Felipe Steele, muy grande ha sido la confianza que he depositado en usted y tal vez le haya contado más de lo debido. Espero que ahora no se le vaya a ocurrir delatarme. ¿Qué dice?

—No es eso, doctor —respondió Felipe, riendo nerviosamente—. Si, al fin y al cabo, yo me alegro de que haya podido ayudar a Falkner a que se pusiera a salvo y por mí nadie sabrá nunca lo que ha pasado. No se trata ahora de esto, sino de que yo quisiera a mi vez depositar en usted mi confianza, relatándole algo que me atañe muy íntimamente, para ver si usted por casualidad puede ayudarme. La verdad es que yo no sé qué hacer. Se trata de una situación análoga a la de sus protegidos, y esta semejanza nos une a usted y a mí en una especie de hermandad.

Y contó a Mac Gill en breves palabras el caso de Isabel y cómo había perdido todo rastro de la mujer amada.

—En la senda que va de Lac Bain a Fort Churchill perdí el rastro — terminó—. Allí, en un punto determinado, los trineos que los llevaban se separaron; uno continuó en dirección a Churchill y el otro hacia el Sur. Yo, creyendo que padre e hija irían a Churchill, seguí hasta allí..., y me equivoqué. Cuando volví al lugar de la bifurcación, las recientes nevadas habían borrado todo rastro.

El pequeño profesor se había quedado sorprendido ante las palabras de Felipe y detuvo de pronto sus pasos.

—¡Es increíble, Felipe! —exclamó—. ¡Qué pequeño es este mundo! — añadió, sonriendo de un modo singular—. ¡Qué mundo tan maravilloso, pero qué pequeño! Al fin y al cabo, no es más que un campo de juego, y lo curioso del caso es que no es ni siquiera suficientemente grande para poder jugar al escondite con probabilidad de éxito. ¿De modo que... usted...?

—¿Qué? —preguntó Felipe con ansiedad, estupefacto ante la actitud del doctor.

—Bien, me explicaré para que entienda usted el caso —dijo Mac Gil—. Cuando vine al Norte en busca de Falkner y de la que ahora es su mujer, pasé por Nelson House y de allí me dirigí, diciendo que buscaba a un hombre y a una mujer, hacia la factoría del río Cochrane. Allí me dijo un francés que en Lac Bain había una pareja extraña y, creyendo que pudiesen ser los que yo, buscaba, me fui a Lac Bain. Eso debió ser poco más o menos durante los días en que usted salió para Churchill, porque el tercer día encontré un trineo que me desvió de la senda de Lac Bain, pues tomé luego la de *Chippewayan*, que es más corta. En aquel trineo iban, procedentes de Lac Bain, el coronel Becker y su hija.

Felipe se quedó mudo durante un momento y asió al doctor de la mano, muy emocionado.

—¿Usted... sabe adónde iban? —preguntó cuando vio que Mac Gill no seguía hablando.

—Sí. Aquel día comimos juntos y el Coronel me informó durante la colación de que se dirigía con su hija a Nelson House y que de allí probablemente irían, a Winnipeg. Sin embargo, no pregunté qué camino tomarían.

—Desde Nelson House a lo largo del Saskatchewan y luego por la senda de Le Pas —exclamó Felipe, y al mismo tiempo miraba por encima de la cabeza del doctor, hacia el horizonte—. Si no fuera por ese dichoso Debar, al que debería continuar persiguiendo...

—Deje a Debar —le interrumpió Mac Gill serenamente—. De todos modos ya le lleva demasiada delantera..., ¿para qué, pues, empeñarse en lo inútil? Déjele, como yo he dejado un sinfín de cosas cuando vine aquí.

—Pero... la ley...

—¡Al infierno con la ley! —gritó el doctor con vehemencia inesperada—. A veces se me figura que el mundo sería tan feliz sin ella...

Sus miradas se encontraron en mutua comprensión.

—Usted es catedrático —dijo Felipe riendo—, usted debe de saberlo mejor que yo. ¿Qué haría en mi lugar?

—Me compraría un par de alas y emprendería el vuelo —respondió el hombrecillo con presteza—. ¡Válgame Dios, Felipe! Si se tratase de mi mujer..., no descansaría hasta que hubiese recorrido la tierra de un extremo a otro para encontrarla. ¿Qué significa una cosa tan pequeña como el deber, al lado de aquella joven que está dirigiéndose hacia Winnipeg? Aparte mi esposa, no he visto en el mundo una muchacha tan linda como la hija del coronel Becker.

Felipe se echó a reír a carcajadas.

—Gracias, Mac Gill, muchas gracias. ¡Vaya si seguiré sus consejos! No deseo otra cosa. ¿Cuándo se pone usted en marcha?

—Los perros están listos y también lo está la señora, de Guillermo Falkner..., de manera que... ahora mismo.

Felipe se volvió rápidamente.

—Voy corriendo a despedirme de mis compañeros —dijo—, y recogeré mi equipo. Dentro de media hora estaré de regreso.

El viaje hacia el Sur fue bastante lento. Cuando llegaron a Lac la Crosse, la nieve empezaba a derretirse al suave calor del sol primaveral. Dos días antes de llegar a la factoría de Montreal Lake, Felipe sintió los primeros avisos de una extraña enfermedad, mas nada dijo a su compañero. Sin embargo, el doctor se dio cuenta de que algo le pasaba, y antes de llegar a la factoría advirtió que Felipe tenía fiebre.

—Se ha fatigado usted demasiado durante todo este tiempo —dijo—. Añada a esto el golpe que recibió en la lucha con Debar, y tendrá la explicación de su estado. Es absolutamente necesario que guarde cama durante algún tiempo.

A pesar de sus protestas, el doctor le obligó a meterse en cama tan pronto como llegaron a la factoría. Felipe empeoró rápidamente y, durante cinco semanas, el doctor y la esposa de Falkner cuidaron al pobre enfermo, atacado de virulenta fiebre. Cuando, a fines de mayo, salieron el doctor y la señora de

Falkner de la factoría Montreal Lake, Felipe estaba todavía demasiado débil para poder viajar. Sólo un mes más tarde se presentó pálido y demacrado al inspector Mac Gregor, y éste le informó, con gran decepción por parte del joven, que había habido un retraso en el expediente acerca de su licenciamiento del servicio. Era preciso esperar hasta agosto, en vista de lo cual y del estado convaleciente de Felipe, Mac Gregor dio a éste un permiso de tres semanas. Steele se dirigió inmediatamente a Etomani y Le Pas, donde supo que el coronel Becker y su hija habían estado allí seis semanas antes. Tampoco tuvo más suerte en Prince Albert, donde tomó el tren para Winnipeg y pasó varios días en averiguar el paradero de las personas a las que buscaba, para convencerse al fin de que sería inútil seguirlos buscando en el Canadá. Se dijo Felipe que seguramente a aquellas horas ya se hallarían Isabel y su padre en Londres, y determinó marcharse a Inglaterra tan pronto como estuviera libre; esperaba el joven que le licenciaran sobre el 10 de agosto, y en el entretanto, acabado ya el permiso, volvió a Prince Albert.

Al llegar allí fue destacado para hacer servicio de vigilancia en una región de praderas apenas pobladas. El día 1.º de agosto hallábase Felipe en Hymers, cuando el transcontinental descarriló y cayó al río Blind Indian. La primera noticia la recibieron por telégrafo desde el apeadero de Bleak House, un poco antes de medianoche, mientras el encargado y Felipe estaban jugando a las cartas. El pequeño Gunn, de mejillas sonrosadas, quien era a la vez encargado del apeadero, telegrafista y una de las tres personas que formaban la población de Hymers, estaba precisamente repartiendo las cartas, cuando de pronto se detuvo y, horrorizado, se puso en pie.

El aparato de Morse, en la pequeña mesa próxima a la ventana, tecleaba incesantemente. Era Billinger, de Bleak House, que pedía comunicación libre con la estación principal, porque el tren transcontinental, máquina, tender, furgón, dos coches y un cochecama, se habían ido al diablo. Éstas fueron, en su agitación, las primeras palabras que iba telegrafizando. Había un centenar de muertos. Gunn, al transmitir las siguientes palabras de Billinger, pronunció más de una maldición. ¡No había sido un accidente! Manos criminales habían levantado los raíles y habían colocado en la vía una roca de dos toneladas de peso. No sabía Billinger si el furgón, o lo que quedaba de él, había sido saqueado.

Desde medianoche hasta las dos de la madrugada, las líneas telegráficas no cesaban de transmitir mensajes. Un tren de socorro llegaba del Oeste. Sin descanso pedían desde la estación principal nuevos detalles y poco a poco iba sabiéndose la terrible tragedia, mientras seguían falleciendo las víctimas, y las

pocas personas que había en el apeadero luchaban para salvar algunas vidas humanas. De pronto, el telégrafo trajo un nuevo mensaje. Llamaban a Felipe Steele en Hymers. Se le mandó, en nombre del inspector Mac Gregor de la Real Montada, que se personara inmediatamente en el apeadero Bleak y que allí, en el escenario del descarrilamiento, hiciese lo que las circunstancias aconsejaran.

El telegrama de Mac Gregor sacó a Felipe del estupor en que el horror de la tragedia lo había sumido. El rostro de Gunn estaba más blanco que el yeso.

—Tenemos aquí una vagoneta automática —dijo a Felipe—; con ella puede usted recorrer en tres horas las cuarenta millas que nos separan de Bleak House. Hasta las seis de la mañana no pasa por aquí otro tren.

Felipe escribió unas cuantas palabras para que Gunn las transmitiese al Inspector y entregó el telegrama a su compañero, a quien le temblaba la mano cuando tomó el papel. Mientras Gunn despachaba lo escrito, Felipe lió un pitillo, lo encendió y se ató la pistolera al cinto. Gunn, transmitido ya el mensaje, acompañó a Felipe hasta la vía, en la que colocaron la vagoneta automática y sobre la cual el joven emprendió veloz carrera.

—Telegráfíe a Billinger que estoy en camino —gritó Felipe aún a Gunn cuando éste empujaba la vagoneta para ponerla en marcha.

Capítulo XVI

Un bñcle de oro.

Cuando el cálido sol de agosto se asomó por el borde de la seca pradera, divisó Felipe el caserón de madera que se llamaba apeadero de Bleak House, y pocos momentos más tarde vio correr por la vía a un hombre que se detuvo para, formando pantalla con las manos, fijarse en quién venía. Era Billinger, el encargado de la estación, y su rostro, ordinariamente muy encarnado, estaba tan blanco como el de Gunn. Iba en mangas de camisa. Ésta estaba destrozada y llevaba los brazos al aire, y sus grandes bigotes rubios aparecían chamuscados por el fuego. Junto al apeadero, sujetos a un poste, había dos caballos ensillados. A la distancia de una milla, una delgada columna de humo iba nublando el cielo.

Al detenerse la vagoneta, Felipe bajó de un salto y alargó una de sus manos.

—Soy Felipe Steele, de la Real Montada.

—Yo, Billinger, encargado de este apeadero —dijo el otro, y Felipe advirtió que la mano que estrechaba la suya estaba llena de heridas. Recibí su telegrama y también recibí instrucciones de mis jefes para ponerme a sus órdenes. Mi mujer está atendiendo al aparato. He descubierto la pista y dispongo de dos buenos caballos. De los que trabajan allí arriba, no hay nadie que, ni por dinero, nos acompañe. ¡Es horroroso! Hace dos horas, aún hubiese oído usted aquí los gritos de dolor y de angustia de los heridos. Ninguno de los hombres que están allí ayudando dejarán la tarea, de modo que hemos de ponernos en marcha usted y yo solos para perseguir a los criminales.

En aquel momento salía de la casa una mujer joven y Billinger corrió hacia ella.

—¡Adiós! —dijo, tomándola en sus enormes brazos—. Cuídate del aparato. ¡Adiós!

Y mientras Felipe y Billinger montaban en sus caballos, el encargado iba hablando.

—Fue un acto criminal, un robo. En el furgón había doscientos mil dólares en billetes de Banco y no queda ni uno. Esta madrugada encontré la pista de los bandidos; se dirigen al Norte, hacia la parte que llamamos aquí «mal terreno», al otro lado del río Coyote, a veinte millas de aquí. No creo que tengamos mucho tiempo que perder...

—En efecto, es preciso apresurarse —dijo Felipe—. ¿Cuántos calcula usted que había?

—Cuatro..., tal vez más.

Billinger espoleó a su caballo para que avanzara al galope, y Felipe se quedó intencionadamente atrás para observar al otro. La primera regla de las enseñanzas de Mac Gregor decía que era preciso estudiar a los hombres y sospechar. Era la primera regla del espléndido servicio del que formaba parte y, por lo tanto, así lo cumplió, observando atentamente a Billinger. Éste, que era inglés, no llevaba sombrero. Su pelo, color calabaza, estaba casi cortado al rape, y a ambos lados de la cabeza se veían las puntas de sus grandes bigotes flotando como cornamenta flexible. Llevaba la camisa destrozada, y en un sitio donde quedaba el hombro izquierdo al descubierto, aparecía la piel amoratada por una contusión. Sabía Felipe que aquéllas eran las señales del trabajo de Billinger durante el salvamento de los heridos. Ahora se hallaba equipado para una labor diferente. Un enorme pistolón asomaba por el cinto, una carabina estaba sujeta a la silla del caballo; y, en toda la actitud del hombre, en su manera de cabalgar, en el alzamiento de sus grandes hombros, en sus ademanes, había algo que dio a Felipe la impresión de la seguridad de que Billinger le ayudaría eficazmente en la persecución de los criminales. Con nueva confianza se acercó cabalgando al lado del otro. En aquel momento llegaron a la cima de un otero donde Billinger detuvo el caballo y señaló hacia la hondonada que se hallaba a la distancia de un cuarto de milla.

—Será perder el tiempo bajar hasta allí —dijo y tampoco adelantaremos nada con ello. ¿Ve aquello que parece un gran tronco en el río? Es el techo de un vagón. Se internó en el río sin volcar, y el conductor, que salió milagrosamente ileso, dijo que en él había una veintena de personas. Desde la orilla vimos como el coche afondó, quedando el techo al descubierto, y nada

pudimos hacer..., mientras en él los seres morían como ratones en una trampa. ¡Fue horrible! El otro coche se quemó, y aquel montón informe que se ve allí es lo que queda del *pull-man*^[2] y del furgón. Cuando me ausenté del lugar, ya había veintiséis muertos alineados en la vía, y no sé cuántos heridos. ¡Válgame Dios, escuche eso!

Se estremeció de horror y Felipe se conmovió también al oír los quejidos de dolor y de pena que desde el lugar de la desgracia llegaron al otero.

—Sería perder el tiempo... bajar hasta allí —repitió el encargado del apeadero.

—Sí, en efecto, perderíamos un tiempo precioso —asintió Felipe.

Ardíale la sangre cuando desvió la mirada del lugar del accidente y miró a Billinger. Anhelaba con todas las fibras de su cuerpo entrar en rápida e inmediata acción contra los criminales, y al ver la mirada comprensiva de Billinger, a quien animaba igual ardor, Felipe alargó la mano.

—¡Los alcanzaremos, Billinger! —exclamó ¡Los alcanzaremos! Y ¡ay de ellos!

En el apretón del otro había algo feroz, un gesto de decisión. Los dientes del inglés brillaron por un instante por entre los bigotes chamuscados, mientras espoleaba furiosamente el caballo para que bajase al galope la vertiente de la colina.

Cinco minutos más tarde penetraron de nuevo en la planicie y allí, al comenzar la pradera, se detuvo Billinger para señalar nuevas huellas de herraduras en el suelo. Felipe bajó del caballo y examinó las impresiones.

—Hay cinco en la banda, Billinger —dijo brevemente. Todos iban al galope, menos uno.

Al decirlo levantó la cabeza y vio que su compañero estaba mirando fijamente un objeto que se hallaba debajo de las patas de su caballo.

—¿Qué es eso? —preguntó—. ¿Un pañuelo de bolsillo?

Felipe lo recogió... Era un pedacito de sutil lienzo húmedo por el rocío...

—Sí, y por añadidura el pañuelo de una mujer. ¡Qué diablos podrá...!

Al ver una mirada de estupor en el rostro de Billinger, quien alargaba la mano para tomar el pañuelo, Felipe se interrumpió. Las anchas mandíbulas del otro tenían tensión de muelles de acero, mas su mano temblaba ligeramente.

—¡Una mujer entre los bandidos! —dijo riendo, mientras Felipe volvió a montar.

Obligaron a los caballos a andar a medio galope. Billinger seguía estudiando el trozo de lienzo y al poco lo devolvió a Felipe, quien cabalgaba a

su lado.

—Anoche pasó algo dijo, mirando fijo mente hacia el horizonte de la pradera —que no he podido explicarme. No se lo he dicho a mi mujer ni a nadie; sin embargo, creo que usted tiene derecho a saberlo. Fuese lo que fuese, es un detalle interesante y me ha emocionado tanto que desde entonces mis nervios no andan muy bien.

Se secó el rostro con un trapo ennegrecido de humo, que le dejó la cara tiznada.

—Sobre mí, entre la masa de acero retorcido y madera rota, había una mujer —continuó—. Era la cosa más bella que he visto en todos los días de mi vida. Sus brazos colgaban como si quisiesen alcanzarme; su rostro, un poco ladeado, miraba también hacia abajo y todo hallábase medio vuelto en una masa de cabellera de color de oro que caía encima de mis hombros. Hubiera jurado en aquel momento que la mujer vivía. Sus labios eran rojos y parecíame como si fuesen a hablarme. Hubiera jurado también que en sus mejillas había el dulce color de la vida, pero debió ser el efecto de la luz de la linterna que se reflejaba en el oro de aquella cabellera, porque cuando le hablé y levanté los brazos, estaba fría como la muerte.

Billinger tuvo un estremecimiento e involuntariamente espoleó a su caballo.

—Salí de allí muy impresionado, y me fui a ayudar otra vez a los demás en el salvamento de los heridos. Creo que fue cosa de dos horas más tarde cuando regresé a aquel lugar para sacar el cadáver. Cuál sería mi asombro cuando vi que el sitio estaba vacío. La mujer había desaparecido. Al principio creí que otros la hubiesen recogido ya antes y miré a ver si la hallaba entre los muertos o entre los heridos, con el mismo resultado. Nadie la había visto. Ha desaparecido por completo y eso que, excepto el caserón del apeadero donde vivo, no hay una casa en diez millas a la redonda adonde hubieran podido llevarla. ¿Qué le parece a usted todo este misterio, Steele?

Felipe había escuchado el relato de su compañero con creciente interés.

—Se me figura que no debió usted de volver al mismo sitio, y aún puede hallarse la mujer entre el montón de hierros y astillas.

Billinger le miró y se echó a reír nerviosamente.

—Imposible dijo —no me equivoqué en el sitio, porque esta joven sin duda no se había acostado al ocurrir el accidente, pues iba vestida. Cuando regresé al sitio, encontré parte de su falda entre las astillas y, ¡fíjese!, una trenza de su cabellera se había enganchado entre dos hierros, y allí se veía un trozo de trenza cortada por una tijera o una navaja. Es, pues, cierto que

alguien, durante mi ausencia, ha estado allí y se ha llevado el cuerpo de la mujer. Ahora casi estoy por creer que me equivoqué al pensar que estaba muerta. Debe de estar viva. No hallé allí nada en absoluto que fuera una prueba de su muerte, ni una mancha de sangre siquiera.

—Entonces es posible que... —empezó Felipe sacando aquel sutil pañuelo que antes hallaran.

No fue preciso que dijera más, porque Billinger le había entendido y asintió con un movimiento de cabeza.

—También lo pensaba yo dijo —y me preguntó si será posible. ¿Qué querrán de ella, a no ser que...?

—A no ser que esté viva —añadió Felipe—. A no ser que alguno de esos bandidos que se aprovechan de la agitación para robar joyas, la viera y se la llevara con el botín. Nos toca a nosotros salvarla, Billinger.

Billinger había metido la mano por entre su camisa, de donde extrajo un pequeño paquete envuelto en papel.

—No sé qué me indujo a ello, el caso es que guardé la trenza aquélla —dijo—. Aquí la tiene...

Al volverse hacia Felipe, desbordó de entre sus manos una trenza sedosa de maravilloso color de oro que resplandecía al sol, y en el mismo instante brotó de los labios de Steele un grito tan emocionante como Billinger no lo había oído ni siquiera en los heridos. Antes de que pudiera salir de su asombro, Steele le había arrancado de entre las manos la trenza de oro y la contemplaba con desvarío.

Capítulo XVII

Una víctima del descarrilamiento.

En el momento de la terrible conmoción..., en aquel instante en que le parecía que ninguna mujer del mundo más que Isabel pudo haber llevado aquella dorada trenza, Felipe detuvo su caballo y se tornó lívido como la muerte. Haciendo un tremendo esfuerzo logró, a poco, dominarse y vio que Billinger le miraba estupefacto y aturrullado, como si creyera que el calor del sol había cegado a Felipe, anublado su entendimiento. Mas en seguida se convenció éste de que no era así, de que la trenza seguía brillando ante sus ojos. Felipe sólo recordaba haber visto dos cabelleras iguales a la trenza que sostenía en sus manos..., aquella trenza de un cambiante color rojizo. La había visto en Isabel, y la había visto embelleciendo aquel otro rostro de la hermosa dama de Chicago, la muchacha de la carta perfumada de jacinto. Ante la mirada interrogadora de Billinger, luchó Felipe por dominar sus emociones. Se echó a reír, arrolló la trenza y la colocó cuidadosamente en un bolsillo.

—Me ha dado usted un buen susto dijo, esforzándose para que la voz fuese serena Me alegro de que tuviera usted la precaución de guardar la trenza, Billinger. Al principio, llegué precipitadamente a una conclusión un poco absurda, porque no puede haber más que una probabilidad entre cien de que sea verdad lo que pienso. Si lo fuese..., conozco a la joven. ¿Comprende ahora por qué me emocioné? Ahora, Billinger, a la caza de los bandidos. ¡Adelante!

Inclinándose sobre los caballos, dieron principio a una desenfrenada carrera hacia el Norte, que pudieron mantener durante mucho rato, porque la pista de los cinco bandidos destacábase claramente en el suelo. Pronto cruzaron la extensión de la pradera, que estaba cubierta de hierba de poca altura, quebradiza y reseca por la acción del sol; y penetraron, galopando siempre, en el llano donde la hierba era alta y por encima de la cual se veía de vez en vez el lomo amarillo de los coyotes cuando éstos saltaban rápidamente los pequeños obstáculos. En aquel mar pardo de altas hierbas no era posible descubrir las huellas de los bandidos desde la silla de los caballos, por cuyo motivo los dos hombres desmontaron y paso a paso siguieron la débil marca de la pista, mientras sobre ellos iba elevándose el sol y arreciando el calor tórrido que convirtió aquellas praderas en estepas quemadas. Tan lento era su avance, que al cabo de cierto rato Billinger se incorporó con una maldición. Corríale el sudor por la frente dejándole rayas sucias en toda la cara, y antes de que pudiera hablar, Felipe leyó en su mirada el temor que reflejaban sus ojos, temor que el joven trataba de ocultar, aunque le acometiera igualmente. Hacía demasiado calor para poder fumar; sin embargo, sacó Steele la pitillera y ofreció un pitillo a Billinger. Éste lo aceptó ávidamente y ambos lo encendieron en silencio, mirando por encima del fósforo.

—Así no podemos seguir —dijo Billinger, mientras apagaba con saliva el fósforo antes de tirarlo a la hierba—. Hay diez millas de terreno de esta maldita hierba y difícilmente las haremos en el resto del día. Tengo una idea. A ver qué le parece. Usted sabe descubrir las huellas mejor que yo, de modo que podría continuar en esta tarea. Yo volvería a montar avanzando rápidamente para ver si puedo descubrir la continuación de las huellas al borde de la pradera que empieza más allá de las diez millas. ¿Qué dice a eso?

—Que me parece una excelente idea —contestó Felipe—. Creo que en efecto podrá usted descubrir las huellas y así nos ahorraremos mucho trabajo.

Billinger montó rápidamente en su caballo y desapareció galopando. Felipe había deseado ansiosamente aquella oportunidad de estar solo, y apenas hablase ido el otro, sacó el pañuelo y la trenza, y, con ellos en la mano, contempló alejarse a Billinger. Luego se llevó lentamente el pañuelo al rostro y estuvo aspirando su perfume durante largo rato. Antes, cuando por primera vez había tenido entre sus manos aquel pañuelo de lienzo, sólo había sido un vago temor lo que ahora era una seguridad. Muy débil, pero claramente, se desprendía del tejido el dulce perfume de jacinto. Brillaban sus pupilas, bañadas en la claridad áurea, como dos botones de fuego mientras veía desaparecer en el horizonte a Billinger.

—Estás haciendo tonterías, Felipe —murmuró el joven, mientras arrollaba la trenza dorada a su mano Convéncete de que hay otras mujeres en el mundo que usan este perfume además de ella, y que hay también otras que tienen cabellera dorada y que son tan bonitas como dijo Billinger que era la que él vio. ¡Convéncete de una vez, Felipe!

El joven se echó a reír, mas había en su risa algo intranquilo y anormal. A pesar de sus esfuerzos mentales para convencerse de lo absurdo de sus pensamientos, no taba que estaba temblando de pies a cabeza. Y una y otra vez se llevó el pañuelo a la cara para aspirar el perfume, antes de que llegara a la ondulación del terreno por donde Billinger había desaparecido. Pasó una hora desde que su compañero se fue, cuando llegó Felipe a un otero, desde cuya cima miró hacia el Norte.

Se dio cuenta de que un jinete se acercaba al galope. Al ver que era Billinger, se puso de pie en los estribos para que el otro le viera bien. A media milla se detuvo el jinete, moviendo enérgicamente los brazos. Felipe partió al galope en aquella dirección y cinco minutos más tarde estuvo a su lado. El caballo de Billinger estaba resollando y en el rostro del hombre se notaba viva agitación.

—Hay alguien en la pradera —gritó, cuando Felipe estaba cerca de él—. No sé si va a caballo, pero lo cierto es que hay un hombre en la pista más allá de la segunda colina. Me figuro que los bandidos se han detenido para abreviar a sus caballos junto a un pequeño lago que hay antes de penetrar en la región selvática.

Billinger tenía en sus manos la carabina y estaba examinándola, y después miró con aprensión a la silla vacía del caballo de Felipe.

—Si aquéllos disponen de fusiles, será cuestión de disparar a bastante distancia —dijo—. Siento, pues, que no haya podido procurarle ningún rifle.

Felipe sacó uno de los revólveres de servicio, de cañón largo, y apuntó con sonrisa confiada a un coyote que estaba a alguna distancia.

—En el servicio de la Real Montada no nos consideran aptos si no podemos dar en el blanco a doscientos metros con estos revólveres, Billinger —respondió, volviendo a colocar el arma en la pistolera.

—Si hemos de luchar yendo a galope en nuestros caballos, prefiero mi revólver, y si los bandidos se detienen, también, porque no yerro ningún tiro.

Mientras iban avanzando, Felipe miraba a Billinger y éste le miraba a él, y en el rostro de ambos había una expresión de serenidad frente al peligro que a ambos dio la certeza de que en el momento culminante podrían fiar mutuamente en su valor. Por primera vez se le ocurrió pensar a Felipe que su

compañero tenía aspecto de ser algo más que un simple encargado de un apeadero y de un aparato telegráfico. Era un luchador en toda la extensión de la palabra. Era uno de esos hombres de temple que se necesitan en la Real Montada y se prometió Steele hablar de él a la primera oportunidad. Entregábase Felipe a estos pensamientos, cuando llegaron a la segunda colina.

Desde la cima pudieron ver, al Norte y al Oeste, la línea que era el margen de la región montañosa. Para un bisoño, la distancia que les separaba de ella no hubiera parecido mayor de una milla. En medio de la pradera se veía andar con dificultad a una figura humana. Aun a la distancia en que se hallaban, Billinger y Felipe veían claramente que la figura se movía, aunque con tal lentitud que los dos se sorprendieron. Durante algunos minutos permanecieron quietos mientras sus caballos resollaban; los dos hombres escudriñaban tenazmente. Dos veces en el espacio de cien metros vieron a la persona tambalearse y caer. Steele escudriñó con tal fuerza que el vivo resplandor de la pradera soleada le obligó a cerrar los ojos. Sin embargo, no vio que la persona se levantara al caer la segunda vez. Parpadeando fuertemente, miró a Billinger y en la sudorosa cara del compañero leyó la misma pregunta que iba a hacer él. Nada dijo y espoleó al caballo. Billinger le siguió para dirigirse en seguida a la derecha, mientras Felipe iba hacia la izquierda, la cabeza inclinada, escudriñando en la hierba corta de la pradera.

El otro la vio primero, a cien metros a la derecha. Había desmontado del caballo, cuando Felipe, oyendo el grito de Billinger, acudió a galope tendido:

—Es ella..., la joven que encontré entre las astillas del tren —dijo. Su voz sonaba ronca por la emoción que le embargaba. Los músculos de su cuello vibraban, y se clavaba las uñas en la palma de las manos.

Rápidamente desmontó Felipe. No pudo ver el rostro de la joven, que estaba escondido debajo de la masa de su cabellera, en la que los rayos del sol se reflejaban con vivas llamas. No vio más que la figura exánime, medio acurrucada, medio oculta por la brillante masa, y, sin embargo, apenas la vio, la conoció. Con un grito de dolor que brotó de lo más hondo de su alma, se dejó caer de rodillas a su lado y apartó el cabello, revelando así el hermoso rostro lleno de mortal palidez y quietud, y mientras Billinger le miraba estupefacto, Felipe acercó aquella linda cabeza a su pecho y le hablaba desesperadamente.

—¡Isabel... Isabel... Isabel! —gimió ¡Dios mío! ¡Isabel de mi vida!

Cien veces repitió aquel nombre adorado, hasta que Billinger, quien por fin comprendió la tragedia, puso una mano en el hombro de Felipe y le ofreció la cantimplora.

—¡No se ponga así, Steele, que no está muerta! —dijo cuando los ojos encarnizados le miraban como atontados ¡Tome y déle agua!

—¡Dios mío... qué misterio...! —gimió Felipe—. Billinger..., comprenda usted...; ella ha de ser mi esposa... si vive... No dijo más de toda la larga historia de sus amores; sin embargo, Billinger sabía lo que aquellas palabras significaban.

—Ella vivirá —repitió—. Fíjese..., ya vuelve el color a su rostro..., respira... —Y decidido le bañó la frente con agua y aplicó la cantimplora a sus labios.

Un momento más tarde, Felipe se inclinó sobre ella y la besó.

—Isabel, adorada mía —murmuró.

—Es precio que la llevemos rápidamente al manantial —dijo Billinger colocando de nuevo la mano amiga sobre el hombro de Felipe—. Ha sido el sol, Steele. Gracias a Dios nada grave le ha sucedido. Es el sol, este terrible calor...

Casi a la fuerza, hizo que Felipe se pusiera de pie y le obligó a montar a caballo; después tomó Billinger suavemente a la joven en sus fuertes brazos y se la entregó a Felipe.

Empezaron a cabalgar, Billinger delante, guiándoles por la pista de los malhechores hacia la aguada próxima al borde de la selva, a través del sol tórrido de la pradera.

Capítulo XVIII

La lucha en el barranco.

Inclinado hacia delante, la cabeza de Isabel apoyada contra su pecho, cabalgaba Felipe a doce pasos de Billinger. Parecía como si el sol se hubiese licuado sobre su espalda y su cuello, y durante largo tiempo el joven estuvo como amodorrado. Las riendas pendían sin tensión sobre el lomo del caballo y Felipe no hacía ningún esfuerzo para guiarle, dejando que siguiese al de Billinger.

Fue su compañero quien le despertó de la modorra. Billinger les esperaba y cuando se inclinó sobre un estribo para mirar mejor a la joven, fue el gesto duro de su rostro y no de sus palabras lo que tornó a Felipe a la realidad.

—Vuelve en sí —dijo, esforzándose en reprimir el temblor de su voz—. No creo que esté herida. Tome, sin embargo, esta cantimplora mientras yo me adelanto.

Entregó a Felipe el recipiente con agua y volvió a inclinarse sobre la muchacha.

—No creo que esté herida —repitió con voz ronca, reseca—. Puede usted dejarla junto al manantial que está al otro lado de aquella colina... Luego, sígame.

Felipe estrechó a la joven con más fuerza, mientras el otro se iba alejando. Vio cómo poco a poco volvía el color a sus mejillas y a sus labios, produciéndose un temblor en sus párpados y en sus pestañas sedosas, y, olvidándose de todo menos de ella, pronunció su nombre y reveló a gritos su amor una y otra vez. La joven abrió lentamente los ojos y contempló el rostro

de aquel hombre que conociera en Lac Bain. Durante breves momentos la maravilla de aquella realidad la hizo permanecer muda y casi inanimada, a pesar de que su razón volvía rápidamente, Felipe no había visto que ella abriera los ojos y no sabía que escuchaba las ardientes palabras de amor que murmuraba. Cuando alzó un poco la cabeza, vio que Isabel le miraba con los ojos muy abiertos.

Hubo un momento de silencio. Steele sintió como si se le paralizasen los latidos del corazón, y sus brazos se aflojaron un poco. Se irguió y la joven levantó la cabeza de modo que sus miradas se encontraron y en un instante se cruzaron entre ellos mil preguntas mudas, llenas de comprensión.

Encendiéronse las mejillas de Isabel de vivo rubor, que desapareció rápidamente como había venido y Felipe exclamó angustiada:

—Estuvo usted herida..., herida en el descarrilamiento. Mas ahora está a salvo. Una cuadrilla de bandidos hizo descarrilar el tren. Nosotros estábamos persiguiendo a los malhechores... y la encontré allí en la pradera... Ahora está usted salvada.

Nuevamente la estrechó con más fuerza entre sus brazos.

—Ahora está usted salvada —repitió dulcemente, sin darse cuenta del sollozo que temblaba en su voz ni del amor tierno que así revelaba. Felipe se esforzaba para hablar serenamente No ha pasado nada malo..., el calor la sofocó a usted. Mas ahora ya está bien...

En aquel instante se oyó desde el otro lado de la colina un ruido que interrumpió rápidamente a Felipe, haciéndole detener el aliento. Había oído la detonación aguda de la carabina de Billinger. Dos, tres veces más se oyeron las detonaciones y luego disparos a mayor distancia.

—¡Billinger ha dado ya con ellos! —gritó Felipe. El fuego de la lucha, el deseo de la venganza, llameó de nuevo en su rostro, y sus brazos estrecharon a la joven con más fuerza—. ¿Se siente usted bien..., lo bastante para cabalgar rápidamente? —preguntó él—. No me acompaña más que un hombre y hay cinco bandidos contra él. Sería un asesinato permitir que luchara solo contra ellos.

—Sí..., sí... —murmuró Isabel—. Vaya aprisa...

Era la primera vez que Felipe oyó su voz después de aquella memorable noche en Lac Bain, hacía tantos meses, y el sonido de ella le emocionó.

—¡Cójase bien! —le ordenó.

Y con la velocidad del viento cruzó la pradera, subió la vertiente de la colina y se detuvo en la cima. A unos cuatrocientos metros había un grupo de álamos y a un kilómetro de distancia las primeras escarpaduras de la región

selvática. Por el espacio libre galopaba furiosamente hacia el Oeste un jinete que no era Billinger. Con rápido movimiento dejó Felipe deslizarse la joven al suelo y cuando ella se echó un paso atrás, mirándole pálida de terror, él había sacado uno de sus grandes revólveres.

—Hay un pequeño claro entre aquellos árboles —dijo Steele—. Vaya allí y espéreme... hasta que yo vuelva.

Y al galope bajó la colina, no para cortar el paso al jinete que huía, sino para dirigirse al grupo de álamos, pues no pensaba en los bandidos, sino en Billinger. Éste había disparado tres tiros, a los que siguieron otros que no eran de la carabina de Billinger, que permaneció silenciosa. Billinger estaría, pues, entre los álamos, muerto o herido.

Atravesaba el bosquecillo de la pradera una senda bien marcada por el paso de innúmeros peatones, y Felipe la recorrió sin refrenar la velocidad del caballo. A cien pasos se ensanchaba el camino del bosquecillo en una hondonada arenosa en cuyo centro estaba el manantial. La hondonada no tenía, más de un acre de extensión. El caballo de Billinger estaba hasta las rodillas en el agua, y un poco más allá, en la arena, hallábase Billinger, apoyado sobre sus codos, cerca de dos objetos negros, en los que Felipe reconoció inmediatamente dos hombres, colocados en la misma forma que los muertos del descarrilamiento. Cuando Felipe cruzó galopando el claro y desmontó, la cara pálida y dolorida de Billinger le miró por encima de los cadáveres. Con un gesto de dolor se puso Billinger de rodillas, y antes de que Felipe pudiera pronunciar la pregunta que asomaba a sus labios, exclamó:

—No es nada peligroso, Steele. Uno de esos bandidos me hirió en la pierna. Debió de romperla, pero no es peligroso, aunque duele mucho. ¡Mire usted a esos dos!

Y señaló con un movimiento de cabeza a los dos hombres que yacían en decúbito supino, los rostros expuestos al terrible calor del sol. Una mirada le bastó a Felipe para saber que estaban muertos y que no había sido Billinger quien los mató. Los rostros barbudos estaban contraídos por la reciente agonía. Sus pechos se hallaban empapados en sangre.

Al mirar, le sorprendió a Felipe el reflejo de una hebilla de metal en el cinto del muerto más próximo a él. Steele se acercó para examinarlo e inmediatamente se echó atrás. Aquel trozo de latón revelaba toda una historia..., llevaba las letras R. P. M. N. O.^[3]

—Me lo figuré —murmuró Felipe con ligera emoción—. No quisiste seguir mis buenos consejos, Buck Nome, y ahora has cosechado el fruto de tu locura. Acabas de pagar la deuda que tenías contraída con *m'sieur* Janette.

Y sin más, Felipe se volvió a Billinger para prestarle la ayuda que hubiese menester. Su compañero tenía en la mano un paquete que acababa de abrir. En la arena, a su lado, había otro paquete similar.

—¡Billetes de Banco! —exclamó Billinger—. Es parte del dinero robado en el furgón. Los doscientos mil dólares estaban divididos en cinco paquetes y aquí hay dos de ellos. Esos hombres ya estaban muertos cuando yo llegué y cada uno tenía encima del pecho un paquete. El bandido que me hirió salía en aquel instante de la hondonada.

Después dejó caer el paquete de billetes y empezó a cortarse el pantalón con una navaja para poner al descubierto la herida. Felipe se arrodilló a su lado, mas Billinger le dijo por señas que no era necesario.

—No hace más que sangrar —dijo—. Yo mismo me curaré.

—¿De verdad, Billinger?

—¡De verdad! —dijo éste tendiendo la mano, aunque se mordiera los labios de dolor—. No malgaste el tiempo permaneciendo aquí.

Felipe estrechó rápidamente la mano de su compañero.

—No es posible que ahora sepamos lo que significa todo lo que ha sucedido: el descarrilamiento provocado, el robo del dinero..., el rapto de Isabel... Pero pronto lo sabremos.

—Por Dios, no se lleve esta maldita carabina —exclamó Billinger cuando vio que Steele la iba a coger—. No pude hacer nada bueno con ella, y el bandido me hirió con su pistola, lo que también es causa de que la herida no tenga tanta importancia.

Cuando Felipe salió al galope de la hondonada y penetró en el llano, el bandido ya había desaparecido en la zona montañosa. No había más que un camino para penetrar en ella y hacia él se dirigió Felipe. A la entrada del barranco había otra hondonada de arena, pero sin manantial, y a través de ella iban las huellas de los caballos de los tres bandidos. Dos de éstos habían ido en rápida ojeada. En tiempos muy remotos, aquel barranco fue lecho de un río turbulento que penetraba en aquel lugar en el llano, y que procedía de aquellas altísimas montañas. Desaparecido el río, quedaba el lecho lleno de masas de rocas quebradas por la acción de siglos de tórrido sol.

Al espolear el caballo para que penetrara en el barranco, el corazón le latió un poco más aprisa, porque esperaba a cada instante hallarse delante de los bandidos. Ni un solo momento bajó el revólver, que tenía amartillado. Sabía Steele que si lograba alcanzar a los bandidos mientras huían, llevaría ventaja a pesar de ser tres contra él. Lo que temía era una emboscada. Comprendió que si los malhechores se detenían y lo esperaban, él estaría en

terrible desventaja. Mas tenía confianza en que la lucha se efectuaría durante la huida. El caballo que montaba, avezado a la pradera, tomaba el rudo camino del barranco con facilidad y evitaba las piedras y rocas traidoras con la misma ligereza con que antes salvara los mil obstáculos de la asolada pradera. Por dos veces, en los diez minutos que siguieron a su entrada en aquel barranco, Felipe percibió un movimiento frente a él, por lo que se dispuso a disparar. Una vez era un águila que se elevaba de las rocas, y la otra, un lobo que huía. Cada vez que se acercaba Felipe a alguna roca, detrás de la cual pudiera resguardarse un enemigo, se echaba el joven a un lado de la silla del caballo, de modo que por él sólo asomaba el cañón de la pistola.

Un rápido recodo del barranco donde las paredes roqueñas se estrechaban mucho, hizo que su caballo se detuviera de pronto y por poco se cayó Felipe de la silla. El caballo se había detenido ante un obstáculo que Felipe no había visto. Precisamente delante de ellos, un caballo sin jinete hacía esfuerzos para ponerse en pie. A doscientos metros más allá corría un hombre barranco arriba y a la distancia de un tiro de pistola había otros dos hombres, montados en sendos caballos, que esperaban su llegada.

—¡Oh si tuviera ahora la carabina de Billinger! —exclamó Felipe.

Al ruido de su voz y a la presión de las espuelas, el caballo de Felipe venció el obstáculo de un salto y continuó galopando. El repiqueteo de las herraduras en las rocas detuvo por un instante al que corría, y en el mismo momento contuvo Felipe a su caballo y empezó a disparar. También oyó entonces el lejano galopar de otro jinete que iba detrás de él. ¡Era Billinger... Billinger con su carabina, a pesar de tener una pierna rota! De buena gana hubiese gritado de alegría mientras disparaba; ya no tendría que luchar solo contra tres. A pesar de los tiros, el bandido seguía corriendo. Después de un tercer tiro, el hombre se tambaleó y desapareció detrás de una roca. En los dos bandidos que disponían de caballos no se advertía movimiento alguno que pudiera ser indicio de que pensaban ocultarse. Felipe escuchaba mientras cargaba de nuevo su revólver. Su caballo resollaba fuertemente, a él mismo le latía el corazón con violencia, pero a sus oídos llegaba aún con más fuerza el raudo galopar del jinete que se aproximaba a retaguardia. Billinger, se decía Steele, estaría pronto a su lado, a tiempo para poder emplear su carabina de largo alcance, mientras él, Felipe, se aproximaría velozmente para atacar a los bandidos con el revólver. ¡Dios bendiga a Billinger... y su pierna rota!

Sentíase Felipe en aquel momento poseído de un ardor bélico, al que dio rienda suelta, prorrumpiendo en gritos de reto, mientras avanzaba decidido hacia los bandidos. Éstos no huían; al contrario, le esperaban. Vio el joven el

reflejo de los ardientes rayos del sol en sus revólveres y comprendió que la cosa iba en serio, porque los dos se apartaban un poco para que el policía tuviera que atender a dos sitios a la vez. Hallábase a cien metros y aún tenía Felipe quieta el arma. A los sesenta metros, detuvo el caballo, se echó a un lado, resguardóse como un indio detrás del cuerpo del animal, y su brazo derecho se movía libremente por encima del cuello del bruto. Era aquélla una de las más grandes habilidades de los individuos de la Real Montada, en la que se ensayaban concienzudamente. Coincidió su movimiento rápido con el de los dos bandidos, que apercibieron también sus armas. Dos balas pasaron silbando sobre la cabeza de Steele, tan certeramente disparadas que, a no ser porque hurtó el cuerpo a tiempo, su muerte hubiera sido segura. Felipe volvió a disparar e insistieron los bandidos repitiéndose fuertemente el eco de los disparos simultáneos entre las paredes del barranco. Mirando por encima del cuello del caballo, vio Felipe como uno de los malhechores, el de la derecha, se inclinaba sobre la silla, y, mortalmente herido, se desplomaba al suelo. Entonces envió el último tiro al hombre de la izquierda, y sacó el segundo revólver. Antes de que pudiera disparar de nuevo, el caballo dio un tremendo salto y, tambaleándose, rodó por el suelo y con él Felipe, quien, atento sólo a la lucha, no se había fijado en el obstáculo.

En los pocos y terribles momentos que siguieron se dio Felipe cuenta exacta de dos cosas: una, que la muerte estaba muy próxima; y otra, que Billinger llegaba tarde. A menos de diez pasos, el bandido le apuntaba tranquilamente mientras que él tenía sujeto el brazo debajo del caballo herido. Durante unos segundos estuvo mirando con suprema calma al enemigo, el cual tenía el dedo en el gatillo para disparar. De pronto sonó un disparo que Felipe creyó destinado a él. Mas no vio movimiento alguno en el brazo del bandido, no vio salir humo de su pistola, sino que, por el contrario, el enemigo permaneció inmóvil un instante, y, dejando que el revólver se deslizara de su mano, acabó por desplomarse sobre las rocas.

—¡Billinger... Billinger...! —exclamó Felipe con un sollozo de alegría.

Billinger había llegado a tiempo..., justamente a tiempo para salvarle de una muerte segura, se esforzó por volver la cabeza para mirar barranco abajo y pudo ver que, en efecto, a unos cien metros de distancia estaba...

Un grito brotó de la garganta de Steele, un grito de asombro, y, con rápido movimiento, se tiró del caballo y se puso en pie. ¡Dios Santo, no era Billinger aquél! ¡Era Isabel! Bajó la joven del caballo y después de dar, vacilante, unos pasos entre las rocas, se dejó caer al suelo. Con la pistola aún en la mano, corrió Steele hacia ella. La joven se hallaba acurrucada junto a una roca, la

cabeza escondida entre los brazos... y lloraba. Sin vacilar, acudió a su lado, la levantó y la estrechó fuertemente entre sus brazos, diciéndole al mismo tiempo todo lo que de ella había soñado, y se dio cuenta de que ella también le abrazaba, de que unía su rostro al de él, de que, sollozando, murmuraba algo de aquellos lejanos días de Lac Bain..., de que le amaba con amor inmenso.

Luego dirigió Felipe los ojos barranco arriba y, lo que viera allí, le hizo resguardarse con Isabel detrás de la roca. Al hablar, su voz temblaba de singular emoción.

—Isabel mía, espérame aquí —murmuró, y pasó la mano por la sedosa cabellera de la joven. Había en sus palabras un tono dulcemente imperativo—. He de ir allí arriba un momento. No temas, porque ahora ya no hay peligro.

Se inclinó para recoger la carabina que había caído de la mano de ella, después de salvarle a él de un disparo certero. Había aún un cartucho en la recámara. Colocando su revólver en la pistolera, se asomó Steele por la parte superior de la roca, pronto a llevarse el fusil a la cara. Allí arriba, donde yacían los dos bandidos, había un hombre de pie en la senda. No hacía esfuerzo alguno para resguardarse y no vio a Felipe hasta que éste estuvo a cincuenta pasos de él. Ni aun entonces mostró sorpresa alguna. Aparentemente iba desarmado, por lo que Felipe bajó el cañón de la carabina. El hombre le dijo por señas que se aproximara, quedándose luego con los brazos en jarras. No llevaba ni sombrero ni americana. Su cabello era largo. Poseía una crecida y enmarañada barba roja. Podría tomársele por un hombre medio muerto de inanición, y, sin embargo, en su huesudo cuerpo se advertía fortaleza y sus ojos brillaban vivamente.

—Al fin llegué tarde para ver el divertido espectáculo —dijo tranquilamente—. Curioso juego, ¿verdad? Fui delante de usted hasta el manantial. ¿Vio lo que sucedió allí?

Felipe alargó la mano hacia la pistolera.

—¿Quién es usted? —preguntó secamente.

—¿Yo? Pues... soy Blackstone... Jaime Blackstone, de allá, de la montaña. Supongo que en cincuenta millas a la redonda todos me conocen. Y supongo también que soy el único que sabe lo que pasó... y por qué pasó. —Dicho esto se puso detrás de una roca que había en el camino y Felipe le siguió.

—Los dos están muertos —añadió el desconocido señalando hacia el sitio donde yacían los dos malhechores—. Uno de ellos vivía aún cuando llegué y

acabo de introducirle el cuchillo entre las costillas, rematándolo.

—¿Quién diablos le da...? —exclamó Felipe, y se dispuso a sacar el revólver al ver el gesto feroz del otro.

—¡Espere! —dijo éste—, y verá como tenía motivos. El causante del descarrilamiento ha sido el más mortal de mis enemigos..., lo fue durante muchos años, y ahora he ajustado las cuentas con él... Supongo que aun ante la ley tengo derecho a ello. ¿Qué dice?

—Siga —contestó Felipe.

Los ojos de serpiente del hombre ardían con sorda llama, y, sin embargo, continuó con mucha calma:

—Ese enemigo mío vino aquí de Inglaterra hace cuatro años. Se vio obligado a venir. ¿Entiende usted? Llevaba una vida tan desordenada que los suyos se vieron obligados a mandarlo a este país, con la promesa de enviarle mensualmente fondos para que pudiera vivir. Más tarde, su padre contrajo segundas nupcias y entonces cesaron los envíos de cheques. El hombre era ya malo, muy malo, pero se tornó peor en este país. Jugó, luchó, robó y se puso al frente de una banda de malhechores tan peligrosos como él mismo. Tanto caviló acerca de lo que consideraba injusticias que habían cometido con él, que se volvió un poco loco. Desde entonces no vivió más que para vengarse. A la primera oportunidad quería matar a su padre y a su madrastra. Luego, hace pocas semanas, supo que estos dos se hallaban en camino hacia el Canadá y averiguó que en su camino para Vancouver pasarían por el apeadero de Bleak House. Entonces perdió completamente la razón, y en su locura ideó el descarrilamiento y el robo del tren, para que aquellos dos seres muriesen en la catástrofe. Ya sabe usted cómo él y su banda realizaron la hazaña. Después de coger el botín, indicó a los de su cuadrilla que se adelantasen en la fuga. Él volvió junto al cochecama para cerciorarse de que aquellos dos seres odiados habían muerto. ¿Va comprendiendo?

—Sí, continúe —dijo Felipe secamente.

—Y cuando llegó a los restos del coche —siguió diciendo Blackstone mientras llenaba tranquilamente la pipa—, encontró otra cosa. Es muy extraño... y tal vez se preguntará usted cómo es posible que yo sepa todo esto. Mas es la verdad. Allá en Inglaterra había amado a una joven y, como todos, ella le odiaba también. Sin embargo, él seguía amándola y hubiera sacrificado su vida por ella. Bien, pues entre los restos del cochecama la halló a ella a la vez que a su padre, muertos los dos. La sacó de entre el montón de hierro y astillas, y cuando nadie podía verlo la llevó hacia su caballo. El conocimiento de que había matado a la única persona del mundo a quien

amaba... le devolvió la razón y le llenó de un nuevo deseo de venganza, de una venganza diferente. Para cumplir esta venganza, se vio obligado a dejar el cuerpo muerto en la pradera, a muchas millas del lugar de la catástrofe. Luego corrió para dar alcance a sus camaradas. Como cabecilla que era, había retenido todo el dinero que robaron del furgón para hacer el reparto después. Una vez lo hubieron hecho, dos de ellos siguieron adelante. Los otros dos habían de tomar una dirección diferente para dividir a los perseguidores. El cabecilla se quedó al lado de los últimos, a los que dio muerte cuando ya los otros estaban a distancia. Estaba en su sano juicio y vengaba la muerte de ella, ¿comprende ahora?

Había cometido un crimen horrendo y quería remediar el mal en lo posible.

La voz del hombre se rompió. Un sollozo estremeció su cuerpo. Cuando levantó la cabeza, Felipe había sacado su revólver.

—¿Y el cabecilla...? —preguntó.

—Soy yo mismo... Jaime Blackstone... a sus órdenes.

Dio la espalda a Felipe y bajó la cabeza, como si una gran pena le conmoviera. Así estuvo un momento. De pronto sonó un disparo de revólver, y cuando Felipe se abalanzó para sostener el cuerpo vacilante de Blackstone, en los ojos de éste había un destello de agonía.

—Así... iba a hacerlo..., allá..., al lado de ella... —pudo articular aún. Siguió un estremecimiento, y su cabeza cayó exánime.

Felipe colocó el cadáver en el suelo, con la cabeza hacia la roca, y luego salió al camino. La joven había oído la detonación y llegaba corriendo.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó, cuando Felipe, a su vez, corrió al encuentro de ella.

—El último disparo, amada mía —contestó dulcemente, tomándola en sus brazos Ahora vamos a regresar adonde está el pobre Billinger, y luego... a ser felices, muy felices.



JAMES OLIVER CURWOOD, nació en Owosso en 1878. Dejó la escuela secundaria antes de graduarse, pero pasó el examen de ingreso a la Universidad de Michigan, donde se matriculó en el departamento de Inglés y estudió periodismo. Después de dos años, dejó la universidad para trabajar de reportero en el *Detroit News-Tribune*. En 1900, Curwood publicó su primer relato y pasaría a convertirse en uno de los escritores más populares de Estados Unidos de la década de 1920. En 1909 había ahorrado suficiente dinero para viajar a Canadá del noroeste donde comenzó a escribir novelas de aventuras sobre la región y se convirtió en un ferviente defensor de la naturaleza. El éxito de sus novelas le dio la oportunidad para volver a Yukon y Alaska durante varios meses cada año que le permitieron escribir más de treinta libros de este tipo. Curwood murió en 1927 de peritonitis, que se dice haber sido causada por una picadura de araña.

Como amigo de los animales, Curwood no se limita a observar a las bestias como lo haría un naturalista, sino que pone en juego recursos de psicólogo. Pocos como él conocen las costumbres y los hábitos de la innumerable fauna de los países septentrionales: los astutos castores, los hábiles zorros, los tenaces búhos, las circunspectas nutrias, los crueles armiños, los osos glotones están estudiados con amor en sus relatos y Curwood se complace en definir su inteligencia y en adivinar un sentido en su destino.

Entre sus obras más celebradas destacan *El valor del Capitán Plum* (1908), *Los buscadores de oro* (1909), *El valle de los hombres silenciosos* (1911), *Kazán, perro lobo* (1914), *El bosque en llamas* (1921), *El cazador negro* (1926) y *Las llanuras de Abraham* (1928 póstuma). Al menos dieciocho películas se han basado o inspirado directamente por sus novelas, entre ellas *El Oso* (1988) dirigida por Jean-Jacques Annaud.

Notas

[1] *babiche*: tiras de cuero retorcido (*N. del Ed.*). <<

[2] *pull-man*: Vagones para ferrocarriles. (*N. del Ed.*). <<

[3] Real Policía Montada del Noroeste. <<